

diciembre aprovechó la llegada de George Washington a la ciudad para ofrecer una fiesta en su honor y celebrar el nuevo año. A la cena asistieron, además del matrimonio Washington, otras personalidades como el general francés de origen bávaro Johann von Robais o el oficial de estado mayor prusiano, ahora al servicio del Ejército Continental, Friedrich Wilhelm von Steuben, así como numerosos miembros de la alta sociedad local.

Fue todo un éxito que le abrió las pocas puertas que le faltaban, y pronto las cenas ofrecidas por el español, a las que asistían habitualmente Washington y su esposa, se convirtieron en algo frecuente. En esos contactos se forjó una solida relación entre Miralles y Washington, que se había dado a conocer al general la primera noche de una forma un tanto peculiar: con una carta de presentación redactada por Navarro, como capitán general, en la que se alababan sus «cualidades especiales» de servicio a la Corona. Todo estaba preparado.

## 2.3 EL MOMENTO DE LAS DECISIONES

AL COMENZAR EL AÑO 1779, la situación parecía clara. Francia, que mediante Gerard había reconocido virtualmente la independencia de los Estados Unidos de América del Norte a mediados del año anterior, se dirigía inexorablemente hacia la guerra. Su gobierno sufría una fuerte presión de los intelectuales y enciclopedistas, favorables en su práctica totalidad a la causa americana, y de una parte de la oficialidad del ejército que, aún resentida de la derrota de 1763, buscaba revancha. Además, ya participaban en los combates decenas de soldados franceses que, como el joven marqués de La Fayette, de 21 años, habían ido de forma voluntaria, sin obedecer las órdenes de su rey, a luchar en el Ejército Continental.

De nada sirvió que la mayor parte de los ministros franceses se esforzaran en desaconsejar a Luis XVI la ruptura con los ingleses. Ni que le explicaran que la hacienda del reino no pasaba por su mejor momento, o que intentaran hacerle ver que tampoco estaban claras las ganancias que se obtendrían de tratar con una nación norteamericana libre. A pesar de todas esas reticencias, quizá presionado por una opinión pública dirigida por el bando pronorteamericano, el rey firmó el 6 de febrero un tratado con los Estados Unidos en el que reconocía el derecho a los norteamericanos a ser independientes. En la práctica, eso suponía declararles la guerra a los británicos.

Por el contrario, España, donde el conde de Floridablanca se mostraba radicalmente opuesto a la guerra, intentó mantenerse neutral. Floridablanca alegaba que Francia no la había consultado antes de provocar a los ingleses, pero la realidad era que no existía en el país un núcleo de intelectuales del

estilo de los franceses y, los que había, no tenían capacidad de ejercer ninguna presión, por lo que apoyar a los colonos americanos —clase baja, al fin y al cabo— no era del agrado de la mayoría dirigente. Aunque acabase de adquirir su nobleza. Además, y eso era lo principal, Floridablanca, temía el contagio de las ideas norteamericanas en las posesiones españolas, lo que acabaría por ocurrir.

El problema era que Floridablanca no estaba solo, y su opositor era el conde de Aranda, embajador en París, que apoyaba sin reservas a los franceses. Él consideraba que una sólida alianza entre las dos coronas era la única forma de oponerse con éxito a Inglaterra, y la experiencia de lo sucedido desde 1700, parecía darle la razón. Muy consciente de su criterio, Francia le presionó todo lo que pudo pero, a pesar de estar en desacuerdo, siguió fiel a las instrucciones de Floridablanca y mantuvo firmemente la no beligerancia de España.

En cuanto a Gran Bretaña, la verdad es que *lord* North hizo esfuerzos diplomáticos para mantener a España fuera de la guerra —de ahí que demos por hecho que las fortificaciones de la Florida Occidental fueran defensivas—, pero la agresividad y altanería desplegada por sus marinos cuando, en marzo, Floridablanca envió a Londres una propuesta de mediación en el conflicto inspirada en la esperanza de recuperar Gibraltar, le impidió actuar con la prudencia que requería la situación. En consecuencia, el ministro envió el 3 de abril un ultimátum que los ingleses rechazaron con mayor dignidad que sentido común.

En vista del cariz que tomaba la situación, y puesto que tampoco cesaba el acoso de la *Royal Navy* a los buques españoles, Floridablanca decidió estudiar la propuesta de alianza con la que le instigaba el ministro de exteriores Charles Gavrier, conde de Vergennes. El día 12, tras llegar a un acuerdo previo entre las Cortes de Madrid y París, los representantes de Carlos III y Luis XVI firmaron en Aranjuez un tratado secreto —una especie de extensión del Tercer Pacto de Familia—, por el que Francia prometía a España, a cambio de su entrada en la guerra, su apoyo para la reconquista de Gibraltar y Pensacola, con toda la costa de la Florida correspondiente al canal de Bahama; la expulsión de los británicos de Honduras; la revocación del privilegio de corte del palo en Campeche y la restitución de la isla de Menorca.

Estaba claro que si norteamericanos y franceses querían triunfar en América del Norte —de ahí su insistencia—, debían de contar con el apoyo financiero, material y naval de España, que por su parte, precisaba del apoyo francés en el Mediterráneo y en Gibraltar. Si las dos potencias borbónicas se coordinaban bien, sería factible amenazar las islas británicas, lo que obligaría a su gobierno a desatender otros escenarios de guerra y mejoraría las posibilidades de éxito de España en el Caribe, y de Francia en la India.

El 18 de mayo, el gobierno impartió desde Madrid instrucciones para la defensa de todos los territorios de Ultramar, ante la previsión de la inminente entrada en guerra y, el 16 de junio, se la declaró oficialmente a Inglaterra.



*Gilbert du Motier, marqués de La Fayette, retratado en 1780, cuando contaba con 23 años, con el uniforme de general del Ejército Continental. Subteniente de los mosqueteros del rey a los 14 años y casado a los 17 con María Adrián de Noailles, la hija del 5.º duque de Noailles, ostentaba desde entonces el mando de una compañía del regimiento de dragones del duque. En febrero de 1778 se incorporó al ejército de Washington. Obra de Charles Willson Peale. Universidad de Lexington, Virginia.*

España era aliada de Francia, pero entraba en el conflicto solo en su propio interés. Ni enviaba ningún cuerpo expedicionario a combatir por las libertades de los colonos, ni reconocía su independencia. Eso es indiscutible. Todos combatirían conjuntamente a los británicos, pero en calidad de cobeligerantes, no de aliados.

Con su participación España aportaba también su flota, la tercera del mundo, y extendía mucho más el teatro de operaciones. Ahora quedaba dividido en dos frentes claramente delimitados: Europa y América, unidos por el océano Atlántico.

El cuartel general para llevar a cabo los planes en América se situó en La Habana, sede del Ejército de Operaciones, donde llegó la noticia del inicio de la guerra el 17 de julio. Se le dio prioridad a defender Cuba, Puerto Rico,

Nueva España, Luisiana y Honduras que se consideraban los territorios más amenazados —puesto que dada su vecindad con los británicos allí podían comenzar los choques armados de inmediato—, y a tomar la Florida, para controlar todo el Golfo de México desde allí hasta Costa Firme o Centroamérica.

*Luis XVI, rey de Francia desde 1774 hasta su arresto durante el asalto al palacio de las Tullerías el 20 de agosto de 1792. Puesto a disposición de la Convención Nacional Republicana, heredera de los revolucionarios que habían triunfado en el país en 1789, fue procesado y condenado a morir en la guillotina el 21 de enero de 1793. Obra de Antoine François Callet realizada en 1786. Museo Carnavalet, París.*



Así, además de recuperar lo perdido, se privaría a Inglaterra de un punto de apoyo desde donde poder lanzar una contraofensiva en tenaza contra las colonias rebeldes, que quedarían obligadas a recibir todos sus refuerzos solo por el Norte.

La lucha comenzó en Europa el 11 de julio, en el lugar del mundo en que españoles y británicas estaban más cerca: Gibraltar. Las tropas españolas bloquearon la Roca nada más iniciarse las hostilidades y una fuerza naval atacó el puerto. También comenzaron de inmediato las conversaciones con Francia acerca de cuál debía ser la estrategia a seguir.

Se pusieron en marcha unos hipotéticos planes de invasión de Inglaterra, si bien no quedó claro si el esfuerzo principal debía de ir encaminado con-

tra Inglaterra o contra Irlanda, donde se presumía que la población apoyaría a las dos potencias católicas. España carecía de las fuerzas terrestres que exigiría una invasión del suelo inglés, pero confiaba que la presión obligaría a los británicos a alojar en la defensa de Gibraltar. Floridablanca estaba dispuesto para ello a comprometerse con dinero y medios materiales y esperaba que Francia pusiera las tropas.

El único problema estratégico que veían los altos mandos de los ejércitos borbónicos con respecto a un ataque a las islas, era que naciones neutrales de Europa, como Prusia, acabasen combatiendo del lado inglés para guardar el equilibrio continental. En cualquier caso, aparte de esas consideraciones de tipo político, había que tener en cuenta otros factores militares, como el estado deplorable de una parte importante de la flota francesa o la escasez habitual de tropas españolas.

El plan o mejor, planes de invasión, nunca se abandonaron del todo pero estuvieron en realidad más bien orientados a distraer a las tropas británicas de los frentes de batalla que a invadir las islas. Respecto a Gibraltar, el sitio duraría hasta el final de la guerra, y Menorca no sería reconquistada totalmente hasta el 4 de febrero de 1782. En América, la guerra afectó a Campeche, Yucatán, Honduras y, en la parte que le corresponde a nuestro protagonista, a la lucha por mantener a salvo Luisiana, intentar reconquistar las dos Floridas y dominar el Caribe.

En aguas del canal de la Mancha, a las órdenes del almirante Louis Guillouet, conde de Orvilliers, y del teniente general Luis de Córdoba, se desplegó una escuadra francoespañola de 76 navíos —40 franceses y 36 españoles— bajo la atenta mirada de una británica de 35, dirigida por el almirante de la escuadra blanca Charles Hardy.

El 14 de agosto, la flota, incrementada por 8 navíos y 2 fragatas de la escuadra de Ferrol al mando del teniente general Antonio Arce, avistó las costas de Inglaterra, se aproximó a Plymouth y apresó un navío de 64 cañones. La alarma se extendió como la pólvora. Las poblaciones costeras se despoblaron y la Bolsa de Londres cerró sus puertas, pero no pasó nada más. Vientos adversos comenzaron a soplar en el Canal y, los aliados, obligados a esperar, se vieron arrastrados fuera. Luego, comenzó el escorbuto.

El día 25, un consejo de guerra a bordo del navío *Bretagne*, decidió que había que retirarse para, de camino a Brest, buscar la escuadra de Hardy. La descubrieron la mañana del 31 y, el 1 de septiembre, los cañones disparaban ya sobre su retaguardia. Eran 36 navíos, 8 fragatas y algunos buques ligeros. La flota aliada estaba concentrada en la persecución cuando los barcos de cola comenzaron a izar las señales de convoy a sotavento. Era lo que esperaban, un magnífico botín que venía de América. Probablemente el que esperaban desde hacía días los comerciantes ingleses, cargado de objetos de valor. Guillouet no

lo dudó, ordenó virar a toda la flota y salió tras él abandonando la persecución. Se equivocó. Al llegar a su altura se encontró con una flota holandesa que se dirigía a puerto. Muy atrás se alejaba la escuadra británica, ya sin posibilidad alguna de alcanzarla y destrozarla.

Mientras, como lo que había comenzado en Gibraltar como un sitio estaba convertido en un simple bloqueo, Floridablanca decidió atacar Menorca, y le encargó al marqués de Solleric, que preparase un plan de campaña. Abrir un segundo frente en el Mediterráneo, además de útil para recuperar la isla, no dejaba también de ser una forma indirecta de ayudar a los rebeldes y perjudicar a Gran Bretaña.

Los británicos tampoco estaban inactivos en su guerra personal contra España. El 3 de febrero de 1780 partió de Jamaica una expedición, idea de John Dalling, gobernador y comandante en jefe de la isla. Su objetivo era capturar Granada, en Nicaragua, una de las provincias pertenecientes a la Real Audiencia de Guatemala, que recordemos presidía ahora Matías de Gálvez. La incursión pretendía cortar las posesiones españolas y conseguir un acceso directo al Pacífico. Entraría navegando por el río San Juan y continuaría por su cauce hasta el lago Cocibolca. El mando de las unidades terrestres, que suponían 300 o 400 soldados regulares de los regimientos de infantería 60.º y 79.º, 300 hombres del Cuerpo Leal Irlandés levantado por Dalling en Jamaica, y varios cientos de reclutas locales, mulatos, negros e indios miskitos, se le entregó el capitán John Polson del regimiento 60.º, y el de las operaciones navales a un jovencísimo Horacio Nelson, capitán del *Hinchinbroke*.

A mediados de marzo llegaron a la desembocadura del San Juan y, el día 17, comenzaron a navegar aguas arriba. El primer contacto con las sorprendidas tropas españolas lo tuvieron el 9 de abril, en la isla de Bartola, cuando tomaron la batería que la defendía y, cuatro días después, pusieron sitio a la fortaleza de San Juan, con una guarnición de 236 hombres.

San Juan, sin posibilidad de recibir refuerzos, resistió hasta el día 27. Pero para entonces, los combates y las enfermedades tropicales habían diezmado a la fuerza atacante, que se encontraba ya sin municiones ni pertrechos. De nada sirvió que el 15 de mayo llegaran 450 soldados británicos de refuerzo; los indios, los mulatos y los negros abandonaron la expedición y dejaron solos a los ingleses. Aguantaron en San Juan sin hacer ningún avance seis meses. El 8 de noviembre recogieron lo poco que les quedaba, volaron la fortaleza y se marcharon. Dejaban atrás 2500 muertos sin haber conseguido nada, probablemente el mayor desastre británico en toda la campaña.

Solo una cosa queda por aclarar antes de sumergirnos por completo en el conflicto: su financiación. Durante el primer semestre de 1779, mientras los ministros discutían, Miralles, del que no nos hemos olvidado, además de las grandes sumas económicas que llegaban desde España para sufragar la rebe-



lión, aportó entre otros prestamos personales unos 35 000 pesos a Carolina del Sur, 15 000 a la flota rebelde y otros 140 000 al comandante de Charleston. Ahora, una vez declarada la guerra, también eso sería distinto: el 17 de agosto de 1780, apenas un año después de iniciadas las operaciones, el rey y José de Gálvez firmaron en el Palacio Real de San Ildefonso el documento que dejaba bien claro quién iba a hacer frente a sus costes económicos:



*José Moñino y Redondo. Nacido en Murcia en 1728, fue uno de los hombres que introdujeron en la monarquía española el reformismo ilustrado que por entonces recorría Europa. Destinado como embajador español en Roma, desde allí gestionó en 1772, junto al conde de Aranda y Campomanes, la disolución de la Compañía de Jesús, lo que le valió al año siguiente el título de conde de Floridablanca. El 19 de febrero de 1777, tras el desastre de Argel, Moñino sucedió en la Secretaría de Estado a Jerónimo Grimaldi, cargo en el que se mantuvo hasta 1792 cuando, ya con Carlos IV en el trono, fue cesado en beneficio del conde de Aranda. Obra de Pompeo Girolamo Batoni realizada hacia 1776. Instituto de Arte de Chicago.*

La tiranía insultante de la nación inglesa me ha precipitado en una guerra. El costo exorbitante de ella me ha obligado, por culpa de un tercero, a aumentar los ingresos exigido a las provincias de nuestra patria española. Tenía la esperanza de no tener que extender esta carga a mis súbditos leales de América, a pesar de que parecen ser el objetivo principal de la avaricia de mis enemigos. Sin embargo, siempre he podido contar con la generosidad de las contribuciones voluntarias de aquellas vastas y ricas colonias. Para hacer esta carga lo más ligera posible, he decidido pedir un donativo de un peso a todo hombre libre, indio o mestizo, y

solicitar dos pesos de todos los españoles y los de la clase superior. Estos últimos también pueden pagar por sus funcionarios y los trabajadores y posteriormente descontar el monto de sus salarios o jornales.

Por tanto, ordeno a todos mis funcionarios reales en las Indias que anuncien y expliquen mi real decreto para que todos los habitantes de las Indias vuelvan a tener la oportunidad de mostrarme su amor y gratitud por los beneficios que he derramado sobre ellos. También exhorto a todos mis funcionarios de la iglesia que agilicen este proyecto con su persuasión y buen ejemplo, porque esta es mi voluntad.

## 2.4 OFENSIVA EN EL NORTE

NO CABE NINGUNA DUDA DE QUE LOS PROBLEMAS de Bernardo de Gálvez una vez declarada la guerra eran considerables. Casi todas las obras modernas que tratan su campaña contra los británicos se centran solo en las acciones militares que llevó a cabo el gobernador de Luisiana, y olvidan que la guerra no se limitaba al bajo Misisipi y al Golfo de México, sino que se extendía hasta Canadá por un territorio donde, durante la primera mitad del siglo XVIII, audaces viajeros y exploradores, militares, comerciantes, tramperos y religiosos, franceses o españoles, habían abierto una importante vía de comunicación que rodeaba las colonias británicas y terminaba en Nueva Orleans.

Una omisión que convierte a las operaciones en el Norte de los dominios españoles en algo prácticamente desconocido, cuando allí, los escasos soldados españoles que defendían la inmensa frontera y los colonos franceses de la Alta Luisiana, también se enfrentaron a los británicos y sus indios aliados en los desolados bosques y ríos alrededor de los Grandes Lagos. Una guerra ignorada y salvaje, llevada a cabo por patrullas de largo alcance, que en marchas de centenares de kilómetros entre la nieve, el hielo, la lluvia y el barro, atacaban fuertes y puestos comerciales lejanos. Sitios en los que el enemigo surgía de improviso, de la forma más insospechada.

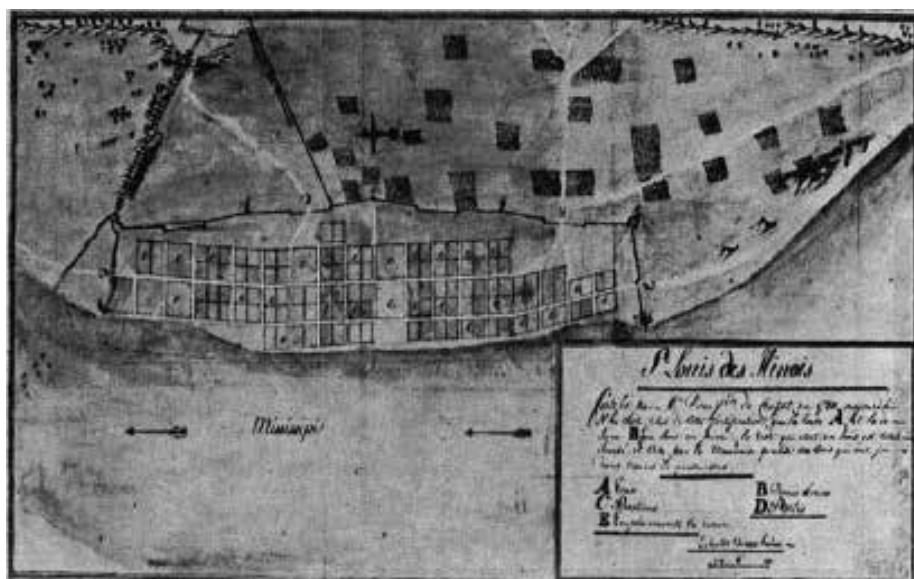
En esos combates, que se extendieron por un gigantesco arco que va desde Arkansas hasta Michigan, en lugares que sorprenden cuando se localizan en un mapa, las tropas españolas se enfrentarían a tribus como los sioux y los fox, con las que jamás habían luchado, pero cuyo eco nos resuena muy próximo gracias al cine y la televisión.

A principios de 1778, San Luis, una villa escasamente fortificada, que ejercía como capital de la Alta Luisiana, construida por los franceses al poco tiempo de acabar la Guerra de los Siete Años, no era una ciudad grande. Rondaba los 900 habitantes y su guarnición era de apenas una treintena de sol-



dados veteranos del batallón fijo. Gálvez había designado como gobernador al capitán Fernando de Leyva<sup>53</sup>. Sustituía a Francisco Cruzat, depuesto por haber enviado agentes a los indios del territorio británico sin órdenes de Nueva Orleans.

Leyva, que se mostró mucho más firme en la regulación del comercio que su antecesor y abordó nada más llegar los trabajos para fortificar la ciudad, no gozó inicialmente de mucha popularidad. Sus subordinados no veían la necesidad de tanto preparativo. Pensaban que nunca llegaría a atacarse San Luis y que la guerra que mantenían los rebeldes se decidiría en otra parte. Máxime desde que, como ya comentamos, Clark había capturado los puestos británicos del Ohio y el Misisipi.



*El diseño que Pierre de Laclede de Liguist utilizó en 1764 para la ciudad de San Luis —el mismo que se empleaba en Aquitania— fue inusualmente complejo: calles rectas e idénticos bloques de viviendas establecidos en ángulos rectos exactos. El mapa, de 1780, muestra un plan urbano ortogonal a lo largo de un eje longitudinal paralelo al río, con una sola plaza central abierta al Misisipi y un muro perimetral de frente para defender la ciudad fronteriza. Museo de Historia de Misuri.*

Clark, que tenía su cuartel general en Cahokia, al otro lado del río, a unos 6 o 7 kilómetros de San Luis, acudió a Leyva para abastecerse de suministros y poder combatir a británicos y shawnee y, en gran parte, mantuvo sus

<sup>53</sup> Leyva, nacido en Barcelona, había llegado a Nueva Orleans en 1769 con Luis de Unzaga. Estaba casado con María de la Concepción y Zesar y tenían dos hijas, Josefa y Margarita. Les había acompañado en el viaje su hermana Teresa, de la que se dijo que mantuvo un idilio con Clark.

posiciones gracias a la ayuda que Gálvez le hacía llegar por el Misisipi desde Nueva Orleans. En verano de 1778 realizó una visita de cortesía a San Luis y fue recibido con salvas de artillería por la guarnición española. Por la noche, se celebró un baile en su honor al que asistieron una treintena de personas y posteriormente se alojó en casa de Leyva. El coronel, que tenía 25 años y prácticamente no había salido hasta entonces de la inmensa plantación de más de 2000 acres —810 hectáreas— que tenía su familia en la frontera de Virginia, nunca se había relacionado con españoles. Se sorprendió del trato recibido y describió a su anfitrión como un hombre que hacía mucho a favor de la causa americana.

Evidentemente, ese escenario tan bucólico cambió con la entrada de España en la guerra. Los británicos, que a pesar de la rebelión de sus colonias ya habían visto la posibilidad de ampliar su influencia a ambos lados de la cuenca alta del Misisipi y liberar así extensos espacios en beneficio de sus traficantes de pieles, contaban con ventajas estratégicas a su favor. La más importante, sin duda, su capacidad para atacar las posiciones españolas de la Alta Luisiana, e incluso intentar desde allí descender el río hasta Nueva Orleans, para ocuparla y dominar el Golfo. Era una oportunidad única para acabar también con la principal vía de suministros del ejército norteamericano, y no pensaban desperdiciarla.

Un día después de que España y Gran Bretaña iniciaran las hostilidades, *lord* Germain envió instrucciones al general Frederick Haldimand, gobernador de Quebec, para comenzar una campaña contra los puestos españoles en Ilinueses. Si el plan tenía éxito, lograrían expulsar a los españoles de la orilla occidental del Misisipi, luego harían lo mismo con los estadounidenses de la orilla oriental, y podrían establecer una sólida base en las tierras al oeste de los Apalaches desde donde organizar futuras incursiones río abajo. A partir de ese momento, el capitán Patrick Sinclair, gobernador adjunto del fuerte de Michilimackinac, situado muy al Norte, en el estrecho que separa los lagos Michigan y Hurón, empezó a planear un ataque directo contra San Luis.

Leyva supo de todos esos preparativos a finales de marzo de 1780 gracias un comerciante de pieles que bajaba por el Misisipi. Había solicitado varias veces refuerzos, pero Gálvez no había atendido ninguna de sus peticiones alegando que necesitaba todas las tropas en el sur, en espera de los refuerzos que debían llegar de Cuba o la Península.

A pesar de la falta de medios, en buena parte debido a la ayuda proporcionada a las tropas de Clark, Leyva se apresuró en agilizar los trabajos de fortificación que ya había iniciado a su llegada, para dar alguna consistencia defensiva a la población. El plan consistía en construir cuatro torres de piedra que protegieran los tres costados del pueblo que no daban al río, comenzando por la del lado occidental —él más vulnerable— y cavar una gran zanja por

todo el perímetro del aposentamiento que las conectara. Eso entendía que sería más que suficiente.

El 17 de abril se inició la construcción de la torre occidental, que dominaba la mayor parte del Oeste de la ciudad y los terrenos circundantes. Una fortaleza cilíndrica de 12 metros de altura y 10 de diámetro que se denominó Fuerte San Carlos, en homenaje a Carlos III. Pero el gobernador subestimó el coste de los trabajos. Los fondos se acabaron antes siquiera de poder replantear el resto de las fortificaciones.



*Sir Frederick Haldimand, nacido en el cantón de Neuchâtel, Suiza, en octubre de 1718. Llevaba en el regimiento británico formado con suizos y alemanes creado para servir expresamente en América del Norte —los Royal Americans—, desde su creación en 1756. Conocía bien a los españoles. En marzo de 1767 recibió el mando del Departamento Sur, con sede en Pensacola, donde permaneció hasta la primavera de 1773, con la excepción de un año —entre abril de 1769 y abril de 1770— que estuvo en San Agustín. Ese periodo en un territorio que le resultaba insostenible y odioso fue «la experiencia más terrible de su vida». Obra anónima realizada en 1780. Biblioteca y Archivos de Canadá.*

Leyva, que ya había aportado de su propio bolsillo aproximadamente un tercio del coste, expuso a los habitantes de San Luis la necesidad de prepararse para la defensa y les invitó a cooperar con sus caudales y mano de obra según las posibilidades de cada uno. Se empezaron las tareas de cimentación de la segunda torre, que debía erigirse al Norte. Sin embargo, al poco de iniciarse los trabajos, se consideró que era imposible asumir los gastos, dada la extrema pobreza de los habitantes de la ciudad<sup>54</sup>.

<sup>54</sup> Carta de Leyva a Gálvez. San Luis, 8 de junio de 1780: «...he colectado 1000 piastras. De esta cantidad he puesto 400 de mi propio bolsillo para aligerar la carga de esta pobre gente. Mis propios medios no me permiten hacer un esfuerzo mayor porque tengo dos hijas. Estas buenas gentes se han consumido y han hecho lo imposible para conseguir entre ellos las 600 piastras y además cerca de 400 jornadas de trabajo». AGI. Papeles de Cuba.

Las obras se dieron por finalizadas con una estacada y más de un kilómetro de trincheras que impedían el acceso por tierra. A la torre se trasladaron las 5 piezas de artillería del fuerte que los españoles tenían a la entrada del Misuri —también se llamaba San Carlos—, que había sido abandonado meses atrás debido a su ruinoso estado.

*Wanata —«El cargador»—, gran jefe de los sioux yanktona, que vivían junto al río San Pedro, uno de los afluentes del Misisipi. Wanata combatió en su juventud, a favor de los británicos, contra los rebeldes americanos del coronel William Crawford durante la campaña del río Sandusky, que se inició en el país de Ohio, para terminar con las incursiones indias contra los colonos de Pensilvania. Crawford, cuyos milicianos habían asesinado a 100 indios pacíficos, era buen amigo de George Washington. Fue capturado por los sioux, brutalmente torturado hasta la muerte y posteriormente quemado. Obra de Charles Bird King realizada en 1826. Museo de Arte de Tacoma.*



El caso de los británicos era muy distinto. Gozaban de una inmensa ventaja material y militar, sólidas posiciones en Canadá y en los Grande Lagos y la habitual alianza con los indios, a los que suministraban armas de fuego a cambio de pieles, para que pudieran enfrentarse con otras tribus, por lo que no es de extrañar que Haldimand recibiese esa orden para destruir todos los asentamientos españoles y de los insurgentes americanos en el río Misisipi.

Sinclair, que debía de dirigir sus tropas regulares hacia el sur, unirse a sus aliados indios y, desde la desembocadura del Wisconsin avanzar hacia San Luis, animó también a los comerciantes de pieles a unirse a la expedición. Les

ofreció como incentivo la oportunidad de controlar todo el comercio de la Alta Luisiana, un bocado muy apetecible.

Según algunos autores, por supuesto estadounidenses, los británicos barajaban como objetivo principal el puesto de Clark, en Cahokia. Para ellos, el ataque a San Luis no tuvo ninguna importancia, fue solo producto de un acto de venganza promovido por Jean Marie Ducharme, un antiguo habitante francés de San Luis, traficante de pieles, que había visto cómo su negocio era desmantelado en 1773 por el capitán Pedro Piernas —el predecesor de Cruzat— al aplicar las medidas comerciales españolas. Es una pena que todos ellos —con la notable excepción de Thomas E. Chávez—, que se ocupan ahora tanto de la campaña de Gálvez, ignoren o dan escasa importancia a esta parte importantísima de la guerra, pues si los ingleses hubiesen tenido éxito en conquistar San Luis y los puestos españoles en la Alta Luisiana, habrían puesto en peligro todo el dispositivo español y tomado a las tropas de Gálvez por la espalda. En cualquier caso, habrían desbaratado todo su plan ofensivo, al obligarlo a defender la capital de Luisiana y el delta del Misisipi, haciendo imposible el ataque sobre Pensacola y comprometiendo el éxito final tanto de la campaña española como de la revolución americana, cogida entre dos fuegos.

Lo único que jugaba en este caso a favor de los españoles era el gran trabajo realizado por Clark, que había conquistado para los rebeldes la mayor parte del territorio al Oeste de los Apalaches, por lo que Leyva, en caso necesario podía disponer de un buen apoyo por parte de los norteamericanos.

Pero sigamos con la expedición que habían puesto en marcha los británicos. El 17 de febrero, Sinclair ordenó al capitán Charles Emmanuel de Hesse-Rheinfels-Rotenburg<sup>55</sup>, un singular noble germano de 34 años, *landgrave* —señor feudal— de su región de origen, que había llegado a América con las tropas alquiladas a Federico de Prusia para luego incorporarse al *Royal Americans*, congregar en Prairie du Chien todas las fuerzas disponibles. Se reunieron 300 soldados regulares, cerca de 1 000 indios chippewa, otawa, outgami, wyandot, menominee, winnebago y sioux, deseosos de armas botín y prisioneros, y una centena de codiciosos traficantes de pieles canadienses, seguros del éxito de la empresa y ávidos de hacerse con el comercio exclusivo en Misuri.

Las instrucciones de Hesse, que puso al mando de todos los indios al jefe chippewa Matchekewis<sup>56</sup>, eran muy concisas: capturar San Luis, permanecer allí al mando y enviar a los cerca de 200 guerreros de Wabasha, el jefe sioux, sobre Santa Genoveva y Fuerte Gage, en Kaskaskia.

<sup>55</sup> Emmanuel de Hesse, nacido en Rotemburgo en 1746, se casó con Leopoldina Maria Anna Francisca de Paula Adelgunda von Liechtenstein, princesa de Liechtenstein, en 1771. Tuvieron 2 hijos. Falleció en 1812, a la edad de 65 años.

<sup>56</sup> Los chippewa y los sioux estaban enemistados, pero Hesse logró ponerlos de acuerdo.

El movimiento de ese enorme contingente, Misisipi abajo, no pasó desapercibido para los españoles ni para los norteamericanos. Menos aún cuando en Rock Island se unieron al grupo unos 250 indios sauk y fox, que normalmente eran aliados de los españoles. Se mostraron reacios a atacar a San Luis, pero Hesse les convenció al garantizarles grandes regalos.

El 9 de mayo, cuando la expedición británica se encontraba a 400 kilómetros de su objetivo, Leyva recibió una información más precisa de sus fuerzas, y ordenó al teniente de la milicia, Silvio Francisco de Cartabona, ir a buscar a Santa Genoveva 60 hombres de refuerzo. Mientras, los exploradores españoles y franceses recorrieron el territorio para conminar a la población a refugiarse tras las defensas de la ciudad, que fue reforzada con los últimos 150 milicianos disponibles.

Los colonos de la región y los exploradores enviados al Norte localizaron las avanzadas enemigas el día 23, a 58 kilómetros, cuando ya habían abandonado sus canoas y marchaban rápido por el agreste territorio para caer sobre San Luis. Informaron con rapidez a las autoridades españolas. Aunque los esperaban, cundió la alarma.

A estas alturas Hesse ya tenía muy claro que, como muchos de los diversos planes que trazaban en Londres o en Madrid hombres que no tenían una idea real de lo que era América del Norte, la campaña no iba poderse llevar adelante con la estrategia prevista. Se había pensado organizar tres frentes, pero era imposible. Había que limitarse a dividir en dos el grupo de ataque. El más pequeño, de unos 300 hombres, encomendado a Ducharme, marcharía contra Cahokia, al Este, y el mayor, de uno 750, a sus órdenes, continuaría su avance sobre San Luis.

El día 26, sobre la una de la tarde, varios cientos de indios ansiosos de cautivos y cabelleras cayeron sobre las casas situadas a las afueras de la ciudad, desde el Norte y el Oeste. Llegaron arrastrándose a través del bosque y sorprendieron con sus terribles gritos de guerra a los agricultores, sus familias, los peones y los esclavos, que recogían fresas y cuidaban el ganado en los campos comunales. A pesar de las advertencias, no habían abandonado sus casas para refugiarse tras las defensas.

Uno de los primeros en enfrentarse a ellos fue Jean Marie Cardinal, un comerciante criollo recientemente asentado en San Luis con su familia, que había explorado con los españoles buena parte del Misisipi. Su esposa Careche-Caranche una india pawnee con la que tenía siete hijos, consiguió llegar a la empalizada protegida por los disparos de su marido, derribado a golpes de *tomahawk*. También otro francés de nombre Canciller, que junto a su familia regresaba al galope en un carro tirado por caballos, cayó en los campos. Lo alcanzaron dos balas en el brazo y su esposa recibió un disparo en la mano. Con su hija mayor herida en el hombro y la más pequeña herida en la cabeza,



Canciller murió exhausto, a las puertas de la ciudad, hasta donde había llegado con enormes dificultades para evitar que los indios les arrancaran a todos el cuero cabelludo. Sus hijas, su mujer, y muchos de los campesinos consiguieron ponerse a salvo con la ayuda de la joven maestra María Josefa Rigauche<sup>57</sup>, que vestida con la casaca de su marido y armada de una pistola y un cuchillo, realizó varios viajes más allá de las puertas de la ciudad para ayudar a los que se precipitaban hacia la seguridad de las fortificaciones.



*El jefe Shawnee Tenskwatawa —«El profeta»—. Aunque Tenskwatawa fue conocido a partir de 1805 por sus enfrentamientos en el Valle del Ohio con el ejército estadounidense, lleva aún los distintivos que le regalaron los británicos para representar su cargo. Obra de Charles Bird King. Smithsonian Institution.*

Mientras los primeros momentos de pánico hacían mella en la población, un disparo de cañón anunció el inicio del ataque y llamó a sus puestos a todos los que aún no ocupaban los lugares previamente establecidos. Las mujeres y niños, por si las defensas cedían y los indios lograban entrar, se trasladaron a la casa del gobernador, defendida por el teniente Cartabona y un piquete de una veintena de hombres. El resto de tropas españolas, los tiradores *creoles* con sus rifles de caza rayados, y los pocos norteamericanos que estaban entre el

<sup>57</sup> Ya viuda de Ignacio Rigauche, abriría en San Luis en 1797 la primera escuela para señoritas de la ciudad.

grupo de defensores —armados y equipados como los *creoles*—, se desplegaron en las empalizadas y las trincheras, a la espera de la orden de abrir fuego.

El entramado defensivo se centraba en dos grandes terraplenes con barricadas de tierra y piedra que formaban cuatro medias lunas y dos bastiones. La media luna del norte —hoy en la calle Franklin— se equipó con los otros dos cañones que quedaban. Tras ellos estaba la empalizada, de unos 5 metros. Todo lo guarnecían algo menos de 300 hombres entre regulares, milicia y paisanos<sup>58</sup> que quedaban cubiertos por los cinco cañones situados en San Carlos, que también debían proteger el acceso al pueblo. Leyva, enfermo y cansado, tomó el mando con un tremendo esfuerzo y se situó en la torre para dirigir personalmente la artillería. Junto a él izó una gigantesca bandera blanca con el aspa roja de San Andrés, para que todo el mundo pudiera verla, como símbolo de su decisión de mantener la ciudad bajo la soberanía de España.



*Mural en el Capitolio del Estado de Missouri que representa el ataque británico a San Luis. Obra de Oscar Berninghaus realizada en 1924.*

A una señal de sus oficiales, los defensores se alzaron en sus parapetos y realizaron una descarga cerrada contra los asaltantes, que fueron barridos por una lluvia de plomo. A continuación, los cañones abrieron fuego y lanzaron sus botes de metralla contra la masa de indios atacantes y las tropas regulares que, prudentemente, se habían situado en perfecta formación tras los indios, pero a suficiente distancia de los parapetos como para no sufrir costosa bajas. Hesse y sus hombres sabían perfectamente que sería un suicidio cargar contra la artillería.

---

<sup>58</sup> En total, si contamos a Leyva y Cartabona, los defensores eran 31 soldados veteranos y 281 paisanos.

Ni los indios ni los británicos habían imaginado por un momento encontrar tantos preparativos para la defensa, ni a la población tan dispuesta, pero se lanzaron sobre la estacada con furia y determinación. En palabras del propio Leyva: «los indios llegaron como locos, con audacia increíble, enorme furia y terribles gritos». A pesar de ello, la eficacia de los cañones, su estruendo, y el fuego de fusilería, los mantuvo a raya durante todo el combate.

Los sauk y fox, que eran los que menos ganaban con el asalto, se retiraron de inmediato en vista de la situación. No así los chippewa, winnebagos y los sioux de Wabasha, que persistieron en su ataque durante cinco horas más sin ningún resultado práctico. Según el propio Leyva, el momento más delicado se produjo cuando las mujeres y los niños, angustiados por el ruido de los disparos y los gritos de los indios, comenzaron también a chillar. Al creer que los indios se habían infiltrado en el asentamiento para masacrarlos, los hombres que se batían en la estacada estuvieron a punto de abandonar sus puestos. «Solo el heroico coraje —escribió Leyva— impidió que las armas cayeran de las manos de los padres de familia».

Una vez repelido el ataque, incluso la milicia pidió autorización para hacer una salida y perseguir a los indios que se retiraban. Leyva, muy consciente de la superioridad numérica del enemigo, no la autorizó. Prohibió cualquier ataque, a pesar de que los dakota y winnebagos, mutilaron los cadáveres de los muertos para tratar de hacer salir a los españoles de sus trincheras.

Al ver que no podrían entrar en la ciudad, los indios, con autorización de Hesse, se esparcieron por los alrededores para saquear y destruir los campos que encontraran. Algunos granjeros aún se habían mostrado reacios a abandonar sus propiedades ante la llamada de Leyva —quizá porque creyeron que la guerra no iba con ellos o que sus granjas no eran el objetivo de los británicos—, y sembraban maíz con sus esclavos negros cuando cayeron sobre ellos.

No hubo distinciones, dejaron los campos quemados, llenos de cadáveres de hombres y bestias. «Qué espectáculo tan horrible, —relata Leyva en su informe— ver esos pobres cuerpos cercenados en piezas, sus entrañas arrancadas, sus extremidades, cabezas, brazos y piernas esparcidos por todo el campo».

Hesse y sus hombres no lograron convencer a sus aliados para continuar la lucha. Derrotados, todos se retiraron a la desembocadura del Illinois a la espera de los atacantes de Cahokia, que también habían fracasado, antes de remontar el río para regresar a casa. Hesse esperaba que bajaran refuerzos por el río a las órdenes del capitán Charles de Langlade, el segundo al mando en Michilimackinac, para emprender una nueva acometida sobre San Luis, pero nunca llegaron.

A pesar de todo, los indios no regresaron con las manos vacías. En el campo habían matado a 15 blancos y 7 esclavos, herido a 7 personas y capturado a otras 25. Además, de las 46 que habían apresado camino de San

Luis. Solo algunos de estos cautivos serían finalmente rescatados o intercambiados. El número de bajas por parte española rondó los 100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Se desconoce con exactitud las bajas de los británicos y sus aliados indios<sup>58</sup>.

Leyva no estaba muy seguro de que todo hubiera terminado. Temía que la desorganizada fuerza británica y sus enloquecidos indios intentase volver a atacar la ciudad, con los alrededores totalmente devastados y sus habitantes aterrorizados. La única solución era perseguir al enemigo, destruirlo, e impedirle regresar. Clark envió en su ayuda dos oficiales, el teniente coronel John Montgomery y el capitán John Rogers, que le propusieron dirigir una fuerza armada al Norte para bloquear el avance británico antes de que llegaran al Misisipi. Leyva aceptó y se ofreció a apoyar a los 200 soldados del Ejército Continental y las milicias norteamericanas con artillería, municiones y todas las tropas que pudiese reunir. En total, envió un grupo con 62 hombres de la guarnición de Santa Genoveva que había traído Cartabona, dos barcos artillados y 150 colonos franceses —barqueros, agricultores, cazadores y comerciantes—, buenos conocedores de los bosques y mejores tiradores. Con ellos se inició la persecución. Quemaron hasta los cimientos el pueblo de Saukenuk, en Rock Island, en castigo por su participación en el asalto, pero más al Norte solo encontraron total desolación y campamentos y aldeas indias abandonadas.

El 8 de junio, Leyva elevó a Gálvez el detallado informe de la batalla al que ya hemos hecho referencia, excusando la tardanza en escribir por la enfermedad que desde hacía tiempo le afectaba. Fue su última carta. Veinte días más tarde falleció, y fue enterrado en la iglesia de San Luis, la ciudad que había defendido con valor y energía para dar ejemplo y rendir un último servicio a su patria y su rey. Mientras, la noticia del episodio llegó a la Península por vía del intendente de la Luisiana, Martín Navarro. El 3 de febrero de 1781, sin saber todavía que Leyva había muerto, el rey le concedió el grado de teniente coronel en agradecimiento por la vigorosa defensa.

En el bando británico por el contrario, todo fueron recriminaciones. Haldimand culpó a los francocanadienses de haberle traicionado y haber servido como espías para los españoles, lo que era falso, además de injusto, pues los canadienses que sirvieron con Sinclair fueron leales y fieles a los británicos. Nadie quiso admitir que la causa más clara de la derrota, además de la determinación

---

<sup>59</sup> Si hacemos caso a Lee Sandweiss, en su libro *Seeking St. Louis: voices from a river city, 1670-2000* —Missouri Historical Society Press. San Luis, 2000. Página 27—, según informó a Leyva uno de los prisioneros españoles que había logrado escapar, las bajas británicas ascendían únicamente a 3 indios muertos y otros 2 heridos. No parece lógico, si tenemos en cuenta el uso de artillería, la intensidad del combate y las pérdidas de los defensores.

de Leyva, fue la falta de confianza entre las tribus, y entre estas y los británicos. Los dakota y winnebago no confiaban en los sauk y los fox, y no querían correr el riesgo de quedar atrapados entre dos enemigos. Y ninguno confiaba en los blancos, que no habían ayudado en el asalto frontal a las trincheras.



*Campamento potawatami junto al Lago Hurón. Los potawatami, que habían protagonizado la rebelión de Pontiac en 1763, un intento de empujar los colonos europeos fuera de su territorio, eran generalmente aliados de los británicos. Eso no impedía que cambiaran sus compromisos según sus propios intereses. Obra de Paul Kane. Colección particular.*

A pesar del éxito obtenido, la situación en el Misuri y el Ilinueses todavía era crítica, y Gálvez se vio obligado a volver a llamar a Cruzat para que ocupara el puesto del fallecido Leyva. Los británicos mantenían en constante agitación a los indios de la región, atrayéndolos a su bando con regalos, e instigándoles a atacar a los españoles. «Sin embargo, —escribió Cruzat a Gálvez el 19 de diciembre— para destruir sus intenciones, he determinado tomar algunas medidas, las cuales les serán informadas a su excelencia después de que hayan sido ejecutadas».

#### **2.4.1 Mano dura. La respuesta española**

El eficaz Cartabona no había perdido el tiempo durante su mando interino de San Luis. Con las escasas tropas de que disponía por entonces, había ocupado

una lejana posición avanzada en Sac Village, cerca del actual Montrose — Iowa— y también en Peroia, en Illinois.

El mando de estas tropas lo ostentaba un francés perteneciente al ejército español, Jean Baptiste Malliet, que envió patrullas para reconocer el territorio y tomar contacto con las tribus indias de la región, entre otros los sauk, fox y potowtami, que generalmente se mostraban amistosos. En sus conversaciones llegó a la conclusión de que tarde o temprano los británicos intentarían otro ataque contra San Luis y, a través de dos jefes milwaukeee, que apoyaban a los rebeldes norteamericanos, descubrió que la base principal inglesa se encontraba en la orilla Este del lago Michigan, en Saint Joseph, cuyo fuerte se había convertido en un importante almacén de municiones y pertrechos para la preparación y organización de expediciones contra norteamericanos o españoles. En consecuencia el audaz Malliet concibió una idea temeraria: atacar el puesto en pleno invierno y destruirlo. Solo había un problema, para llegar había que avanzar más de 800 kilómetros por territorio helado y nevado, plagado de enemigos. Ese era el objetivo al que hacía referencia Cruzet en su carta a Gálvez.

Saint Joseph había sido construido por los franceses en 1691 en tierras concedidas a los jesuitas por Luis XIV, al Sur de la actual Niles, junto al lago



Escena en el noroeste. *Durante las duras campañas en los Grandes Lagos, la uniformidad de españoles y británicos fue sustituida por ropa de abrigo similar a la utilizada por los indios.* Obra de Paul Kane realizada en 1845 o 1846. Galería de Arte de Ontario.



Michigan. Allí se había establecido una misión en 1680 que pronto se convirtió en un importante centro de tráfico de pieles. A mediados de la década de 1750, no había crecido mucho, contaba con apenas 15 casas y una guarnición francesa a las órdenes de un comandante, compuesta por 10 soldados, un herrero, un sacerdote y un intérprete.

En octubre de 1761, durante la Guerra de los Siete Años, los británicos tomaron el fuerte y lo mantuvieron como un puesto comercial de cierta importancia, hasta que cayó en manos de los potawatami durante la rebelión de Pontiac, en 1763. Los indios tomaron prisionero a su comandante y a los supervivientes de la guarnición, que por entonces eran 15 soldados, y lo abandonaron. Tras la revuelta perdió su papel militar en la defensa de la frontera, pero mantuvo su función en el comercio de pieles.

Al comenzar la insurrección de las Trece Colonias, los ingleses decidieron utilizar Saint Joseph como depósito de armas y suministros desde el que dar apoyo a las partidas de indios potawatomi, miami y sauk que combatían junto a la Corona británica contra los rebeldes. Los norteamericanos, conducidos por Jean-Baptiste Hamelin y el teniente Thomas Brady, lograron tomarlo en 1780. No obstante, la expedición británica de represalia al mando del teniente Dagraux du Quindre, aniquiló a la fuerza armada rebelde en las cercanías de Fort Petit, en Indiana. Tras la derrota del grupo de Hamelin, estaba claro que era preciso destruir el fuerte británico para garantizar la seguridad de San Luis.

El 2 de enero de 1781, 40 milicianos de la compañía de Pourré, acompañados del intérprete Luis Chavalier, junto a 60 indios otaguas, sotú y potawatomi dirigidos por los jefes Eleturnó y Naquiguen, salieron de San Luis con la intención de llegar a Saint Joseph y atacar por el camino a todos los grupos británicos o de sus aliados que encontrasen. Se les unió una semana más tarde otro pequeño contingente de tropas españolas, 25 hombres a las órdenes del subteniente de milicias Carlos Tayón.

La expedición remontó en canoas el Ilinueses hasta que, a unos 320 kilómetros de su objetivo, el hielo les obligó a abandonar el cauce del río para internarse a pie por un territorio accidentado, bajo penosas condiciones climáticas. Tras muchos sacrificios y cientos de kilómetros de marcha durante los que decidieron esconder suministros por si era necesario utilizarlos a su regreso, llegaron frente a Saint Joseph. Antes de atacar el puesto, los españoles negociaron con los 200 guerreros indios que auxiliaban a los británicos para que los abandonaran a cambio de parte del botín.

La madrugada del 12 de febrero, las tropas de Pourré sorprendieron a los pocos centinelas congelados de frío que guardaban la empalizada del fuerte, y lo ocuparon sin que la guarnición opusiera gran resistencia. Entre los prisioneros, además de los soldados británicos, se encontraba Joseph Duguay,

un comerciante llegado de Montreal cuya misión consistía exclusivamente en hacer regalos a los indios e instigarlos contra los españoles.

Pourré, solo mantuvo izada la bandera española en Saint Joseph durante un día, pero fue suficiente para tomar posesión en nombre del rey de todo el territorio. Después de repartir el botín entre los indios aliados, ordenó quemar todas las mercancías y suministros que se hallaban almacenados, la empalizada y las casas y, tras cargar con todo lo que podían llevar, partieron de vuelta a San Luis. Entraban en la ciudad, aclamados por sus vecinos, como no podía ser menos, el 6 de marzo. La noticia de un éxito tan increíble —al mejor estilo de los actuales comandos— llegó pronto a La Habana y finalmente a la Corte. El rey concedió a Pourré grado de teniente del ejército con medio sueldo; a Carlos Tayón de subteniente, también con medio sueldo; y una gratificación a Luis Chavalier.

El ataque a San Luis fue la única acción militar al oeste del Misisipi durante toda la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Cuando comenzaron las negociaciones de paz, España, gracias a esta victoria y a la de Saint Joseph, consolidó sus derechos sobre la orilla occidental del río, mientras los estadounidenses se quedaban con la mayor parte del Valle de Illinois-Ohio. En los años posteriores las fortificaciones españolas alrededor de San Luis mejoraron y San Carlos se reforzó. Sin embargo, era una ciudad en crecimiento y pronto se expandió más allá de sus defensas. San Carlos fue derribado en 1818. Hoy, aparte de las injustas descripciones de Leyva como traidor, avaro y cobarde, que aparecen en los libros de historia estadounidenses, la única indicación física de donde se libró la batalla es una placa que se colocó en el número 1 de la calle South Broadway, cerca del lugar donde se erigió San Carlos.

En cuanto a la acción de Pourré, desde el punto de vista militar tuvo escasa importancia, pero desde el estratégico fue importantísima. Gran Bretaña pensó que el poder español en la zona era mucho mayor de lo esperado y anuló sus proyectos de ofensiva hacia el Misisipi. En adelante, los británicos se situaron a la defensiva, para proteger Canadá de cualquier ataque, algo que en realidad estaba muy lejos de las posibilidades españolas e incluso norteamericanas. Durante el resto de la guerra ambos bandos —con sus aliados indios—, se limitaron a intercambiar golpes en acciones limitadas de patrulla en lo más profundo de los bosques. Como la incursión llevada a cabo por un grupo de *rangers* y realistas americanos que, en compañía de una partida de indios, lanzaron en 1783, el último año de la guerra, un raid al estilo del de Pourré contra el lejano puesto de Arkansas. El ataque fue rechazado, pero demostró que, incluso hasta el final, el peligro siempre estaba presente para los soldados que ocupaban los fuertes dispersos en el interior del enorme territorio de Luisiana.

## 2.5 LA MEJOR DEFENSA: EL ATAQUE

A GÁLVEZ, la noticia de que se iba a declarar la guerra de forma inminente, le llegó por vía de su tío el 18 de mayo de 1779. Agresivo por naturaleza, estaba convencido de que había que actuar cuanto antes. Como le escribió a Juan Bautista Bonet, comandante en jefe del departamento naval de La Habana, era necesario «jugar a los dados y probar suerte».



*Campamento británico en Norteamérica. Desde el primer momento, los oficiales ingleses, que tenía todo a su favor, despreciaron tanto a los rebeldes —«un grupo confuso, ridículo y mal organizado»—, como a los españoles. El general John Burgoyne —«Gentleman Johnny»—, que se rindió en Saratoga el 17 de octubre de 1777, viajaba con 27 carros de equipaje que transportaban para su uso personal tiendas de campaña, catres, mantas, estufas para cocinar, porcelana china, cubertería de plata, cristalería, vinos, champagne, artículos personales y uniformes. A veces, su ejército, con 7 000 soldados y 4 baterías de artillería, junto al que se trasladaban mujeres y niños, solo podía cubrir un kilómetro y medio diario.*

Hombre de criterio y recursos, desde el primer momento sopesó la idea de realizar acciones ofensivas contra los británicos, y acabó por decidir que había que atacar los fuertes y pueblos de la parte baja del Misisipi, pues de lo contrario podrían convertirse en una seria amenaza —los planes británicos no eran un secreto y todos sabían que el riesgo era cierto si no se actuaba con celeridad—. Además, entendía que tomar esos puestos permitiría posteriormente a España negociar la paz desde una posición ventajosa, ya que él también era de los que pensaban que si los norteamericanos se independizaban, a la larga serían una amenaza tan temible como los ingleses.

Desde el punto de vista estratégico, Gálvez contaba con todo lo que necesitaba, al menos en lo referente al conocimiento del enemigo al que se enfrentaba. Ya hacía tiempo que su suegro, que conocía bien los fuertes británicos, le había facilitado planos y dibujos precisos, especialmente de Bute de Manchac, pero había visto y conocía los de Natchez y Baton Rouge.

Sabía también que, poco a poco, recibían refuerzos, por lo que ante el temor de que el número de tropas enemigas a las que debiera enfrentarse fuese mayor de lo supuesto, solicitó a La Habana más efectivos. La petición fue atendida con la celeridad que requería la ocasión y, a mediados de julio, Navarro preparó en Cuba al 2.º batallón del regimiento de infantería España n.º 16 —631 hombres—, una unidad veterana bien fogueada, creada en 1665 como Tercio de Portugal.

Esta vez el problema sería los buques para transportarlos. No estuvieron disponibles hasta el mes siguiente. Zarparon de La Habana con las tropas el 18 de agosto, una semana después de que la región sufriera los embates de un terrible huracán que barrió Nueva Orleans y arrasó la ciudad y su comarca. Las pérdidas fueron cuantiosas y la confusión y el caos importantes por los innumerables daños. Desgraciadamente, también una parte considerable de los barcos de transporte de que se disponía se vieron seriamente afectados, y los refuerzos ni siquiera llegaron para participar en la campaña que Gálvez ya había iniciado contra los puestos del Misisipi.

Pero volvamos a los preparativos en la capital de la Luisiana. El 13 de julio se celebró en Nueva Orleans una Junta de Guerra. A pesar de que la noticia oficial de que el conflicto con los ingleses había comenzado el día 29 del mes anterior, aún no había llegado a La Habana —a Cuba llegaría el 17 de julio, y a Luisiana en fechas posteriores—.

A esa reunión, asistieron la mayoría de jefes encargados de las tropas regulares o la milicia y los responsables de los destacamentos de toda la provincia destinados al control del territorio. La primera recomendación de la Junta hizo referencia a la defensa de la capital, para lo que se consideró esencial fortificar el Bayou San Juan y concentrar el máximo posible de tropas en la ciudad. Por consejo del teniente coronel del hijo de Luisiana, Esteban Miró, se decidió construir de inmediato cuatro reductos junto a Manchac —en manos inglesas—, para proteger Nuevo Orleans de un ataque desde el río.

Aun así, se consideró que si los ingleses tenían éxito y lograban abrirse paso desde el Norte, para unirse con las tropas de los fuertes del Sur, sería muy difícil conservar la ciudad sin ayuda exterior —el gobernador señaló en un mapa los numerosos puntos por los que la capital podía ser atacada y tomada—. Además, hacían falta municiones, armas, pólvora y, sobre todo, alimentos, ya que se preveía que si comenzaba una ofensiva británica los refugiados abandonarían sus granjas, plantaciones y asentamientos y se amontonarían en la ciudad.

Era lógico que Gálvez, aunque tuviese las ideas bastante claras sobre los pasos a seguir, se mostrase intranquilo. Por eso se alegró enormemente al ver la respuesta entusiasta de civiles y militares cuando días después, en una reunión extraordinaria en el Cabildo de Nueva Orleans, comunicó a los presentes que España y Gran Bretaña estaban en guerra.

Al tiempo que Navarro se esforzaba en Cuba por organizar tropas para trasladar a la Luisiana, le envió a su gobernador el bergantín *Kaulicán* para que le remitiese un plan de batalla que permitiera atacar la Florida Occidental británica por tierra y mar. Gálvez contestó el 17 de agosto al capitán general con una copia completa de las operaciones que proyectaba, para que tanto él como Bonet le diesen el visto bueno.

Les comunicaba con claridad que su idea era iniciar de inmediato una ofensiva contra los asentamientos ingleses del Misisipi, antes de que se conociesen sus planes, para aprovechar el factor sorpresa. El objetivo final debía ser Pensacola, cabeza del gobierno militar y civil y la plaza más importante de aquella provincia británica. Como el ataque directo ofrecía serias dificultades debidas a las fuerzas navales de que disponía el vicealmirante John Byron, las baterías de costa que defendían la entrada del puerto y los refuerzos que podrían llegar desde Jamaica, se proponía como paso previo conquistar Mobila, de menor importancia, pero vital para la defensa de Pensacola.

«La Mobila —decía Gálvez—, no necesita de Pensacola, pero esta apenas puede subsistir sin aquella, que es la que la provee de carnes y otros víveres. Además, con la conquista de esa plaza se cortaba toda comunicación de los británicos con los indios chactá y chिकासá, situados al oeste de la ciudad, por lo que, a partir de entonces podría contarse con ellos como posibles aliados».

Como paso previo para el ataque a Mobila, se realizarían incursiones para neutralizar todos los puestos del río a los que hacía referencia, lo que permitiría asegurar la retaguardia. Gálvez estimaba que necesitaba para comenzar las operaciones de 4500 a 5000 hombres, que habría que ir ampliando hasta los 7000, pero de momento no contaba más que con los 370 del batallón fijo, los piquetes de La Habana y los milicianos.

Navarro no estaba totalmente de acuerdo con aquellas cifras que le enviaba, por lo que comenzó un serio enfrentamiento sobre el número de soldados que serían precisos para la campaña. Para el capitán general, 3200 hombres eran más que suficientes para tomar Pensacola y, aunque no disponía de ellos, se alejaban mucho de los 7000 que solicitaba Gálvez, una cantidad que le parecía desorbitada. El problema estaba en que Navarro temía que ocurriera algo parecido a lo sucedido en 1762 y quería retener como mínimo 3900 soldados para la defensa de La Habana, además de los que fueran necesarios para las operaciones en Centroamérica —Yucatán, Campeche y Honduras— y el Caribe.

Gálvez no se desanimó ni por las opiniones de Navarro ni por la falta inmediata de refuerzos. Informó a los comandantes de los puntos más expuestos a un ataque británico —Carlos de Grand Pré, un acadiano que servía en las filas españolas, en Pointe Coupe; Raimundo DuBreüil, en San Gabriel de Manchac y Francisco Collel, en Galveztown—, les pidió que se prepararan para formar una milicia, e inició un reclutamiento urgente de voluntarios solteros que no tuvieran obligaciones familiares inexcusables. También autorizó la incorporación de norteamericanos a las milicias criollas formadas por franceses y españoles.

Apenas unos días después del desastre producido por el huracán, organizado, y estimulado por las noticias que le enviaba DuBreüil, cuyos hombres habían realizado varios reconocimientos en los alrededores del fuerte inglés de Bute, en Manchac, y notificaban que no apreciaban una gran capacidad o voluntad ofensiva en el enemigo, Gálvez tomó una decisión: iniciar por su cuenta la ofensiva.

El 27 de agosto bajo el sofocante calor y la humedad de Luisiana, partió de Nueva Orleans en dirección a su primer objetivo una de las fuerzas militares más heterogénea que jamás se hayan reunido en América del Norte. La formaban 669 hombres, y comprendía 170 soldados veteranos del batallón de la Luisiana, 330 reclutas del Real Ejército recién llegados de Nueva España y las Islas Canarias, entre 60 milicianos y ciudadanos locales, 20 carabineros de Nueva Orleans —una unidad de caballería de milicias de élite—, 80 negros y mulatos libres y 9 rebeldes británicos, entre los que se encontraba Pollock. Parte de la tropa viajó en una flotilla de 4 buques —una pequeña goleta y tres lanchas cañoneras— rescatadas del fondo del Misisipi y reflotadas, al mando del teniente de artillería Julián Álvarez, mientras el resto recorría con dificultad tortuosas sendas a través de la espesa vegetación. Por el camino, se alistaron otros 600 voluntarios reunidos entre los inmigrantes alemanes y los acadios de Luisiana que vivían en la costa, y unos 160 indios. En total, algo más de 1400 hombres.

La marcha, a pesar de las dificultades, nunca perdió el orden que se había establecido desde el primer momento. La tropa veterana formaba en columna con su costado izquierdo apoyado en el Misisipi, defendido por las embarcaciones armadas que llevaban la artillería. A su derecha quedaba un espeso bosque que, para evitar sorpresas, batían un kilómetro por delante las tropas de color y los indios. Las milicias, los alemanes y los acadios, cerraban la retaguardia.

Poco antes de la llegada de la expedición, Collel dirigió una incursión contra unas barcas inglesas en el río Amite, a 30 kilómetros de Manchac. Cortó las comunicaciones entre el lago Marrepas y el Misisipi, y capturó a los escasos 12 soldados que formaban la guarnición del pequeño fuerte Graham. Si los



*Mapa general de las colonias británicas del Sur. Comprende Carolina del Norte y del Sur, Georgia y las Floridas Oriental y Occidental —esta última se extendía desde Apalachicola hasta el río Misisipi—, con los países indios vecinos y los cálculos hidrográficos de las costas Este y Oeste. Lo realizó en 1776 Bernard Romans con los datos aportados por los oficiales del Real Cuerpo de Ingenieros Brahm, Collet y Mouzon. Se publicó ese mismo año con otros cinco mapas de gran formato en El atlas militar de bolsillo de América, obra de Robert Sayer y John Bennet, muy utilizada por los oficiales británicos del ejército y la armada que estaban allí destinados.*





británicos tenían alguna duda acerca de cuál sería el comportamiento de los españoles, ya tenían la primera respuesta.

La verdad es que las cosas eran justamente lo contrario de lo que ambos bandos esperaban. De inmediato, Gálvez decidió aprovechar la falta de combatividad inglesa, pues si no parecían tener planes ofensivos, sin duda tampoco imaginarían lo insignificante de la fuerza española a la que se enfrentaban, ni el agotamiento de sus soldados tras días de fatigosa marcha. Sin dar tregua, sus tropas atacaron el 7 de septiembre el fuerte Bute, que cayó sin una sola baja española y con una inglesa en manos de los milicianos, mientras la tropa veterana vigilaba la posible llegada de un grupo de cerca de 400 británicos que se habían detectado por las inmediateces. Un capitán, un teniente y 18 soldados se rindieron sin apenas resistencia. Solo un pequeño contingente logró escapar y llegar a Baton Rouge.

Es posible, como se dijo después, que los británicos no estuviesen enterados de la declaración de guerra, pues el responsable de todas aquellas posiciones, el teniente coronel Alexander Dickson, al conocer las actividades de las avanzadas del agresivo Collé, decidió no enfrentarse a las tropas enemigas en fuerte Bute y se replegó a Baton Rouge. En cualquier caso, hubiese sido solo un problema de sus comunicaciones. Lo que sí es seguro es que Dickson recibió el 9 de septiembre desde Pensacola una notificación del gobernador de Florida Occidental que le confirmaba que España ya era uno más de sus enemigos.

Precisamente al día siguiente, el 10, los rebeldes que apoyaban las operaciones desde el mar combatieron en el lago Pontchartrain, donde fue apresada la goleta británica *West Florida*. Patrullaba el lago desde 1776 dedicada a detener y abordar los mercantes españoles que comerciaban con Nueva Orleans. Su captor era el *Morris*<sup>60</sup>, también conocido como *Morris Tender*, un regalo de Gálvez a Pollock para reemplazar a un *Morris* anterior que se había perdido durante el huracán de agosto. Vigilaba el estuario del Misisipi bajo el mando del capitán William Pickles, cuando su vigía divisó a la goleta británica. Tras ardua persecución y varias andanadas bien dirigidas, la tomó el grupo de abordaje del capitán Pedro George Rousseau, nacido en Francia, pero al servicio de las armas de España<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> Llevaba el nombre de Robert Morris, procer de la revolución. Era la balandra inglesa *Rebecca*, capturada en el Misisipi por el *Rattletrap*, del capitán James Willing, y armada por Pollock.

<sup>61</sup> Rousseau participó junto a Gálvez en las tomas de Mobila y Pensacola. Posteriormente sería nombrado «comandante de las galeras del Misisipi». En 1800, ya teniente coronel, cuando Francia recuperó la Luisiana, se vio obligado a pedirle ayuda a Carlos IV para poder subsistir, dada su «situación deplorable y su avanzada edad».

La *West Florida* la venderá posteriormente el Ejército Continental en Filadelfia, en el primer semestre de 1780, tras la toma de Mobila, por considerarla ya inútil para el servicio. La comprará Gálvez, que ordenará cambiar su aparejo y transformarla en el bergantín *Galveztown*, que tomará un papel protagonista en la conquista de Pensacola.

Agotados, sucios de barro, con sus uniformes de lana empapados por la humedad y entre enjambres de enormes moscas negras, los españoles comenzaron a cavar trincheras en Baton Rouge el 18 de septiembre, tras quince días de campaña. Allí les esperaban recias posiciones de artillería y casi medio millar de soldados británicos —de ellos unos 400 veteranos del 3.º regimiento alemán de Waldeck<sup>62</sup>—, junto a sus aliados indios. Guerreros pintados en ocre, carmesí, azafrán, verde o rojo sangre, dispuestos a combatir salvajemente por botín y cabelleras, a partes iguales. Entre todos eran algo inferiores en número a los atacantes, pero ese era un dato que, bien protegidos tras los muros de piedra gris de su fortaleza, desconocían por completo.

Ante la imposibilidad de rendir el fuerte mediante un asalto frontal, los hombres de Gálvez, muy mermados por el duro recorrido a través de los bosques, se limitaron a emplazar con la mayor eficacia posible los 10 cañones que llevaban, servidos por 14 artilleros. Toda la maniobra la dirigió el teniente Álvarez, que hizo el trabajo a la perfección. Sus baterías lograron silenciar a las del enemigo e incendiar sus cuarteles y almacenes.

En la guerra que comenzaba, muy distinta a la que se había desarrollado hasta entonces en los campos de Europa, la artillería iba a desarrollar un papel fundamental en la defensa y el ataque de las fortificaciones. Llegarían a emplearse piezas de todos los calibres, con las únicas limitaciones de su movilidad, la falta de cureñas o las siempre escasas municiones disponibles.

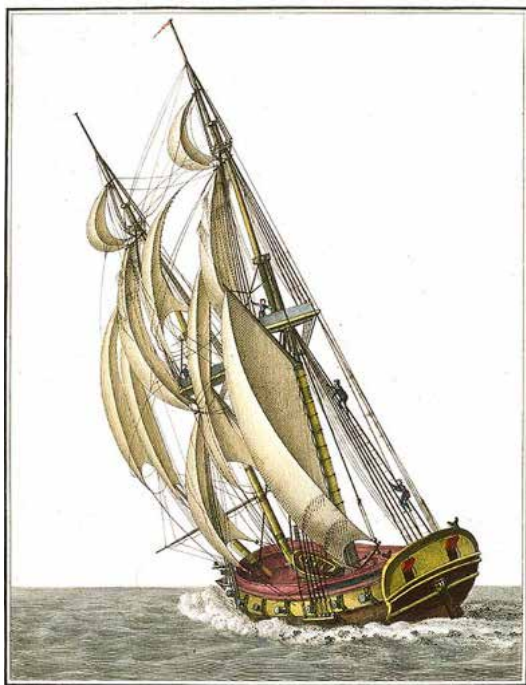
Del mismo modo pasaron a desempeñar una labor esencial en todos los ejércitos los ingenieros, que estudiaban las técnicas de ataque y defensa de fortificaciones, inspiradas generalmente en el método del mariscal francés Sebastián Le Prestre de Vauban, de aproximación por paralelas, aunque en España también estuvieran todavía vigentes otras tácticas muy similares desarrolladas en 1687 por Sebastián Fernández de Medrano. El sistema de paralelas consistía en efectuar cuatro operaciones sucesivas: cercar la plaza y aislarla; bombardearla con la artillería; aproximarse mediante tres trincheras en paralelo y zigzag por la que avanzaban lentamente una serie de baterías hasta situarse muy próximas a los muros de la fortaleza y, finalmente, tomarla por asalto.

---

<sup>62</sup> Waldeck era la más pequeña de las tres provincias de Hesse que suministraron soldados a Jorge III. El regimiento había comenzado su servicio en 1776, en Nueva York, incorporado el ejército del general William Howe.

A cambio, la caballería, tan útil en otros teatros de operaciones, recibió durante toda la guerra un uso muy escaso. Se limitó a misiones de exploración, vigilancia o enlace, o a combatir desmontada junto a la infantería.

Respecto a los ingleses, no podía decirse que en esta primera fase de la campaña se comportaran según lo esperado. Ni siquiera que tuvieran muchas ganas de resistir. El 20 de septiembre, tras un corto pero intenso bombardeo de tres horas que desmanteló muchas de las defensas y parte de los muros, el teniente coronel Dickson solicitó capitular. Su petición fue aceptada, pero con la condición de que rindiera también el fuerte Panmure, en Natchez, una posición más al Norte, bien guarnecida, con una excelente y estratégica situación.



*Aunque no quedan datos que nos permitan establecer las dimensiones exactas del Galveztwon, podemos suponer que sería un mercante de tipo colonial —similar a este bergantín de 16 cañones—. Tendría unos 18 metros de eslora y estaría construido con maderas locales, sin detalles innecesarios, adaptado y artillado para patrullar en el Pontchartrain. Obra del marino y pintor Agustín Berlinguero de la Marca y Gallego, realizada a finales del siglo XIX. Museo Naval, Madrid.*

Esa misma tarde, Dickson enviaba a Campbell los términos de su rendición. Cerraba su carta con las palabras siguientes: «Debo decir, para ser justo con su excelencia don Bernardo de Gálvez, que los oficiales y soldados que son prisioneros de guerra en esta plaza son tratados con la mayor generosidad y atención. No solo por los oficiales, sino incluso por los soldados españoles, que parecen disfrutar siendo civilizados y amables con los prisioneros de guerra».

A las 15.30 del día 21, tras una tregua de veinticuatro horas para que enterrara a sus muertos, Dickson salió al frente de 375 hombres para entregar sus armas y 8 barcos de transporte. Las mujeres y los niños fueron liberados.

Los soldados comenzaron un cautiverio que duraría casi un año y les llevaría primero a Veracruz y luego a Cuba. Cuando fueron intercambiados, algunos regresaron a Nueva York, pero otros remontaron el Misisipi y se unieron a las tropas de Clark para combatir ahora a los ingleses<sup>63</sup>.

*Oficial británico durante la Guerra de Independencia Americana. Identificado como el alférez Richard St. George Mansergh, del 4.º regimiento de a pie, muestra el aspecto general de los oficiales de los batallones de infantería ligera durante la campaña, con fusil, bayoneta, bolsa de cartuchos y espada. Muchos de los jóvenes soldados británicos y alemanes que llegaron de Europa conocían tan poco del terreno en que combatían que ni siquiera sabían que existían las serpientes de cascabel. Solo el pensar que podían encontrarlas, les produjo siempre auténtico terror.*

Obra de Thomas Gainsborough.  
Galería Nacional de Victoria.  
Melbourne.



Después del mediodía, según lo acordado, partió para Natchez el capitán Juan De la Villebeuvre con 50 soldados y un representante de Dickson que llevaba un mensaje para el capitán Foster, comandante de la guarnición de fuerte Panmure. No fue suficiente. Campbell había derogado los términos de la rendición de Baton Rouge e instado a unirse contra los españoles a la milicia y a los habitantes de la región hasta que él pudiera llegar con más de 1000

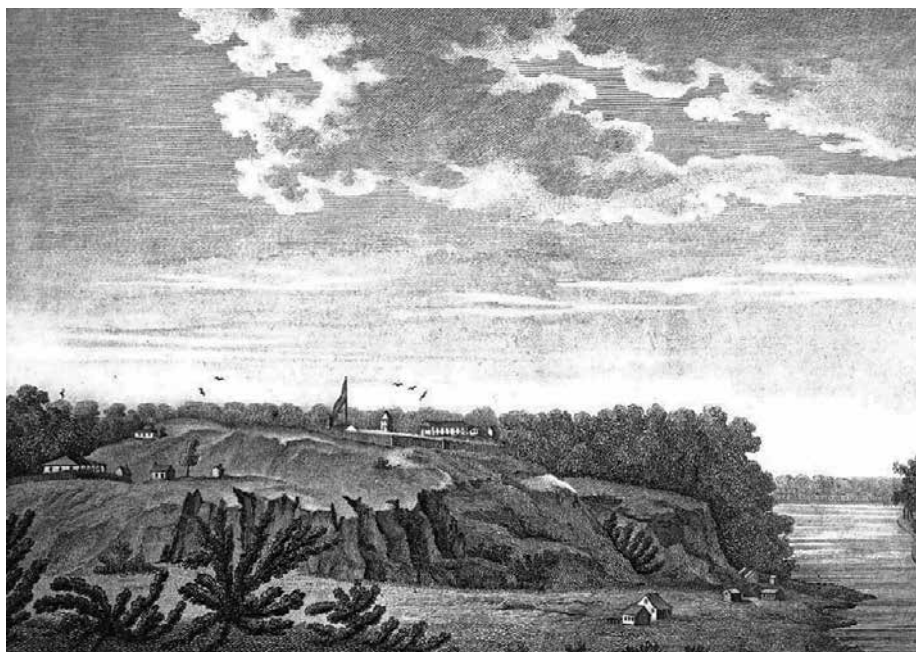
<sup>63</sup> Para todo lo referente a las tropas de Hesse puede consultarse *Letters to Their Prince from Members of Hesse-Hanau Military Contingent in the Service of England During the American Revolution*. Una recopilación de cartas traducidas por Bruce Burgoyne.



hombres de las tropas leales de Pennsylvania y Maryland. A pesar del calor de septiembre le habían hecho caso, y se habían reunido todos tras los muros del fuerte, lo que obligaba a Foster a enfrentarse a un importante dilema.

La solución llegó de la pluma de Pollock, que resultó más poderosa que las órdenes de Campbell. Seguro de que los residentes en Natchez favorecerían los intereses de los rebeldes y de los españoles, les envió una carta con la noticia de la declaración de guerra de España, invitándoles a renunciar a la fortaleza en beneficio de las futuras relaciones comerciales<sup>64</sup>. Tanto la milicia como los civiles se mostraron de acuerdo, lo que permitió a Foster, en clara minoría, entregarse sin resistencia junto a su bandera y 80 granaderos el 5 de octubre.

Con la caída de Panmure, algo que ni los más optimistas habían previsto que sucediera con tal rapidez, todos los objetivos de la primera fase de la campaña se habían cumplido en un tiempo récord. Durante las semanas



*Fort Panmure, en Natchez. Una vista de la fortaleza y, abajo en la colina, el asentamiento, realizada en 1796 por el ingeniero y cartógrafo estadounidense Georges Henri Victor Collot. Aunque el grabado sea en blanco y negro, se aprecia perfectamente la representación de la bandera española de la armada, roja y amarilla, cuyo uso había extendido Carlos IV en 1793 a las plazas marítimas, castillos y defensas de las costas. Departamento de Historia y Archivos del Misisipi.*

<sup>64</sup> El artículo tercero de la capitulación permitía a los habitantes las mismas ventajas que a los moradores de Baton Rouge. Eso incluía proporcionar a la guarnición víveres frescos a un precio algo mayor del que pagaban los británicos.

siguientes las patrullas españolas se dedicaron a limpiar los núcleos de resistencia en la cuenca baja del Misisipi que aún estaban en manos inglesas. Esos días, Vicente Rieux, un criollo de Luisiana, capturó con su goleta y 13 hombres un transporte de tropas británico con 56 soldados del Waldeck y 12 marineros que acudían a recuperar alguno de los fuertes, luego se dedicó a rastrillar sin oposición el río Amite. Entre tanto, Grand Pré se encargó de ocupar el puesto británico de Thompson's Creek, en el Bayou —hoy muy próximo a Jackson, la capital del estado de Misisipi—, que también había sido incluido por Dickson al aceptar las condiciones de rendición en Baton Rouge.

Aunque Campbell mantuvo durante un tiempo que los informes de todas esas pérdidas eran falsos y no se trataba más que de una estratagema para hacer salir a sus soldados de las poderosas fortificaciones de Pensacola, el éxito de Gálvez fue una agradable sorpresa para George Washington y un enorme quebradero de cabeza para el alto mando británico, que se veía en la obligación de comenzar a trasladar tropas de otros frentes. Incluso la guarnición de San Agustín entró en pánico ante la amenaza de un ataque español. El comandante de la fortaleza y gobernador de Florida Oriental, el coronel Patrick Tonym, le escribió a Clinton en diciembre: «En caso de recibir una visita similar de La Habana, voy a hacer lo que se debe hacer; pero no tengo el don de hacer milagros».

Las noticias de las derrotas sufridas en América también ante los españoles no tardaron en llegar a Inglaterra. En la *London Gazette* del 1 de abril de 1780, Whitehall —como se denominaba por extensión a la sede del almirantazgo— publicaba un extracto de la carta enviada el 15 de diciembre de 1779 desde Pensacola por el general Campbell a *lord* George Germain. Con ella pretendía justificar las pérdidas que le habían ocasionado a la *Royal Navy* esas primeras acciones del gobernador de la Luisiana:

Como quiera que sea, es ahora sabido sin discusión que llevaba tiempo preparándose en secreto para la guerra. Que habiendo reunido previamente todas las fuerzas de la provincia de Luisiana, la independencia de América fue públicamente reconocida con toque de tambores en Nueva Orleans el 19 de agosto y, teniendo todo preparado para ese propósito, inmediatamente marchó contra nuestras fuerzas en el Misisipi; y logró efectivamente la captura con estratagema de un *sloop* —balandro— del rey en el lago Pontchartrain, el apresamiento de un *schooner* —goleta— en el río Misisipi que iba con ron y provisiones para Manchack, y de otras seis naves menores en el lago y en el río Amit.

Campbell era tan hipócrita, que olvidaba la carta que le había enviado a él *lord* Germain el 25 de junio para que atacara Nueva Orleans cuanto antes

y «le diera un golpe a los dominios de España». En cualquiera caso, dijeran lo que dijeran en Londres, la impresionante maniobra española bloqueaba todo intento británico de remontar el Misisipi desde el Golfo de México. Además, le permitía conseguir a José Boisdore, un criollo que ejercía como comisario ante las naciones indias, que medio millar de guerreros chactas y 17 caciques que vivían en esas tierras recién ocupadas y que hasta entonces eran aliados de los británicos, variaran sus lealtades. El gobernador los recibió en Nueva Orleans con toda la ceremonia posible, y allí mismo, en señal de sumisión, cambiaron sus insignias británicas por medallas con la efigie grabada de Carlos III.

Antes de que concluyera el año, la victoria le valió a Bernardo de Gálvez su ascenso a mariscal de campo. Contaba solo 33 años.



*Retrato del teniente de granaderos del 2.º batallón del Regimiento de Luisiana, Ignacio de Balderes. Nacido en Salamanca en 1757, ingresó en el ejército como soldado a los trece años. En 1779, ya sargento, obtuvo por la captura de Manchac una distinción y una concesión de tierras próximas a Pensacola. Tras la campaña, Balderes quedó como comandante de Balize, un puesto de avanzada que guardaba la boca del Misisipi. Obra atribuida a José Francisco Xavier de Salazar y Mendoza realizada en 1790. Museo Estatal de Luisiana.*

## 2.6 DE VUELTA A LA FLORIDA

EN EL 111 DE LA CALLE Real —*Royal Street*—, rodeado de los altos y modernos edificios del centro de Mobile, Alabama, Fort Condé y su actual museo —cuyo patio de armas se utiliza mucho para celebrar bodas «a la estadounidense»—, conservan aún parte de los antiguos muros que tomaron los granaderos españoles. Es una fortaleza de ladrillo con cimientos de piedra local, construida

en 1723 por los franceses para proteger los edificios de los colonos, que lleva su nombre en honor del hermano del rey Luis XIV.

Erigida sobre una superficie de unas 50 hectáreas al trasladar en 1711 Fort Louis, el asentamiento original que se había fundado nueve años antes unos 45 kilómetros río arriba, la fortaleza protegía desde un alto el acceso de españoles y británicos a su estratégica bahía —una ensenada de entre 13 y 29 kilómetros de ancho en el Golfo de México—, y a las tierras entre el río Misisipi y las colonias francesas del Atlántico —la mayor parte del este de la colonia de Luisiana— que se extendían a lo largo del curso de los ríos Alabama y Tombigbee. No era excesivamente grande, 20 esclavos negros y 5 obreros blancos se habían esforzado para levantar las murallas y los edificios de adobe y madera de cedro que constituían la iglesia, el edificio de gobierno y los sencillos alojamientos de los soldados, los colonos y sus familias.

La bandera británica había sustituido a las lises de los borbones franceses en esa importante posición en 1763, al concluir la Guerra de los Siete Años, cuando Francia perdió todo su poder en América del Norte y, con el cambio de dueños, también le tocó a la fortaleza mudar su nombre: pasó a llamarse Fort Charlotte, en honor de la esposa del rey Jorge III. Para entonces las edificaciones se habían extendido extramuros y prósperos comerciantes se instalaban en las fértiles tierras adyacentes.

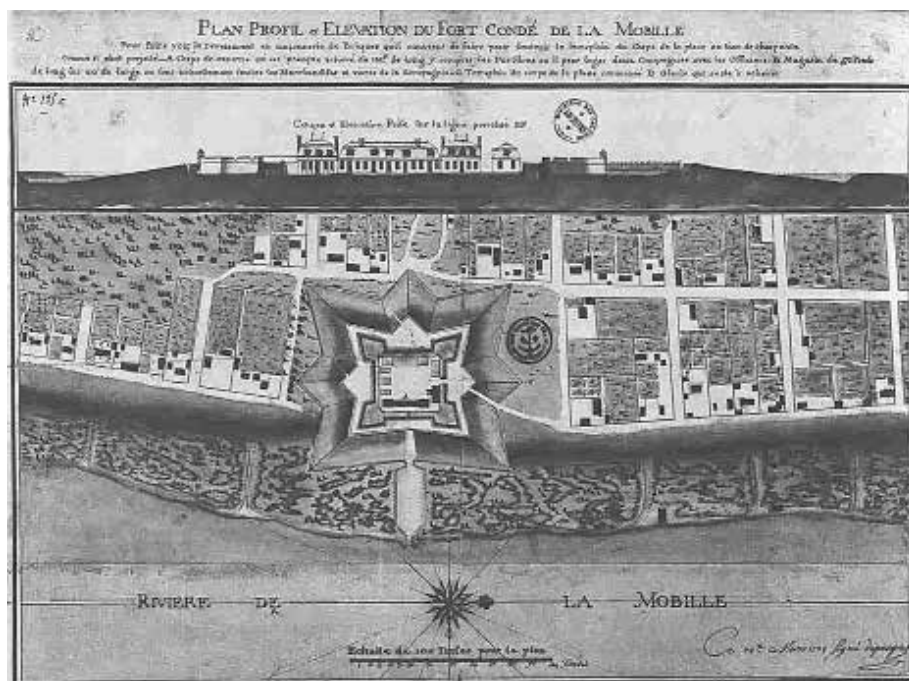
Hemos visto que Gálvez consideraba Mobila, a unos 200 kilómetros de Nueva Orleans, un objetivo crucial. Lo malo era que eso también lo sabían los ingleses, que durante los meses previos a la entrada de España en la guerra dedicaron tiempo y dinero a reforzar Fort Charlotte. En ese momento disponía ya de 35 piezas de artillería bien situadas y una guarnición de 300 hombres auxiliada por algunos indios aliados.

El principal problema al que se enfrentaba Gálvez para llevar adelante su plan de tomar la plaza —cuyo acceso por mar era difícil por culpa de unos islotes y bancos de arena próximos a la costa, y por tierra peligroso por la presencia de indios aliados de los británicos—, era que en Luisiana no disponía de fuerzas ni recursos suficientes. El 16 de octubre solicitó a Cuba el envío de las tropas y el material necesario para dar inicio a la nueva campaña pero, como casi siempre, la petición fue el inicio de arduas negociaciones y largas dilaciones.

Navarro y Bonet, que aguardaban la llegada de refuerzos de la Península o de Nueva España, aprobaron a grandes rasgos el plan de Gálvez y acordaron enviar a primeros de diciembre, directamente a la Mobila, varios transportes con cerca de 1200 soldados de infantería, 40 artilleros, 200 negros para los trabajos de fortificación y artillería, el correspondiente tren de sitio y los servicios de hospital. El convoy lo escoltarían un navío, dos fragatas y un bergantín. Al menos así se lo comunicó Navarro a Gálvez el 20 de noviembre por mediación del coronel del regimiento del Príncipe, Jerónimo Girón, que

salió de La Habana en el *Kaulicán* para referirle con detalle al gobernador todos los preparativos de la expedición.

Gálvez los consideró insuficientes, al menos en lo referente al número de tropas que se le suministraba, pero tampoco tenía otras opciones. Pasó diciembre y, en vista de que no llegaban, decidió enviar a La Habana al teniente coronel del regimiento de la Luisiana, Estebán Miró, con la intención de que activara cuanto antes su puesta en marcha y, ya de paso, informara a las autoridades de la isla de otros asuntos relacionados con las futuras operaciones. Zarpó el 1 de enero de 1780.



*Fort Condé, en Mobila, la fortificación más importante en el Seno Mexicano después de San Juan de Ulúa. En el plano, levantado en 1725 por Adrien de Pauger, está perfectamente representada su nueva planta en forma estrellada. Universidad de Alabama.*

Miró desembarcó del bergantín *Las dos hermanas* en el tumultuoso puerto de la capital de las Antillas a las 10 de la mañana del día 24. Sus instrucciones eran lograr que se aumentaran a 2000 los efectivos destinados a la campaña, no aceptar menos de 1300, y mostrarse firme al exigir que las tropas estuvieran en Mobila, lo más tardar, a mediados de febrero. Se encontró con que todos los batallones llevaban listos para embarcar desde el 18 de diciembre y que los buques esperaban ya cargados con víveres municiones y pertrechos. Solo que Bonet no parecía querer dar la orden de partir.



Ante su asombro primero, y luego sus respetuosas quejas, Navarro aprovechó para jugar un poco entre dos aguas y comunicarle que podía incrementar algo sus tropas: 567 hombres del 1.º batallón del regimiento de Navarra. No estaba dispuesto a desprenderse de más. El coronel del Navarra, José de Ezpeleta, amigo personal del gobernador, tomaría el mando de todas las fuerzas del convoy, hasta que Gálvez pudiera ponerse al frente.

Se esperaba que ahora se produjera un nuevo retraso, pero Ezpeleta, activo y eficiente, no pensaba perder tiempo. La tarde del 29, el mismo día que había recibido la orden de incorporarse a la expedición, se entrevistó con Bonet para organizar el embarque de su unidad. Ahí volvió a saltar la sorpresa. Bonet no solo se mostraba reacio a apoyar la expedición, se oponía directamente a atacar Mobila y Pensacola. Incluso si damos por buena la versión de esa conversación, ofrecida por Miró, les dijo: «Es verdad que hay una orden del rey para que se vaya; y yo no sé si alguna vez no convendría desobedecer las órdenes del rey».

Pese a todos los impedimentos Ezpeleta y Miró consiguieron que el 10 de febrero partieran 4 transportes con 200 hombres y, el día 15, estuvieran embarcados los 1766 restantes en otros 16. Junto a ellos esperaba también preparada una escuadra de 11 buques de guerra dispuesta para zarpar, pero ahí acabó su suerte. Esa tarde se comprobó que aún faltaba por cargar gran cantidad de víveres y prácticamente toda la aguada.

El día 21 todos los buques continuaban anclados con las tropas a bordo apiñadas y agotadas. Bonet dio largas, hizo referencia a las condiciones climatológicas, habló de los suministros. Todo superfluo. A nadie se le escapaba ya su mala voluntad.

Para entonces Gálvez llevaba más de un mes camino de Mobila. Había embarcado en un convoy de 12 buques de todos los tipos posibles<sup>65</sup> a los 1000 hombres de que disponía —el 2.º batallón del España, 141 del fijo de Luisiana, 50 del fijo de La Habana, 43 del Príncipe y 14 artilleros, a los que se sumaban 26 carabineros, 223 milicianos blancos, 107 milicianos negros y pardos libres, 26 norteamericanos y 24 esclavos negros—, y se había puesto en marcha el 14 de enero. Tormentas y calmas, por partes iguales, dificultaron día tras día la navegación de lo que hubiera sido una corta travesía en otras condiciones, hasta que el 10 de febrero fue posible embocar la bahía.

Una vez más la naturaleza se mostró adversa a los españoles y un tremendo temporal arrastró a 6 de los 12 transportes a la costa. Varios naufragaron sin poder ser auxiliados y otros embarrancaron a la entrada de

---

<sup>65</sup> La fragata de guerra *Volante*, la galeota *Valenzuela*, la fragata mercante *Misericordia*, 4 saetias, el paquebote *Rosario*, que actuaba como buque hospital, y 4 bergantines —entre ellos el *Gálvez*, armado en corso, y el *Kaulicán*—.



la bahía en una isla desierta. Se salvaron 800 hombres sin apenas víveres ni pertrechos y solo lograron rescatar unos pocos cañones.

Gálvez reorganizó las tropas que pudieron desembarcar y con los cañones de los buques instaló una batería en la punta de Mobila, con objeto de controlar la entrada a la bahía y establecer una mínima defensa. Luego ordenó fabricar escalas con los restos de los barcos para poder asaltar las fortificaciones y avanzó hacia fuerte Charlotte. El 28 de febrero tomó posiciones a unos dos kilómetros del enemigo, para iniciar los preparativos del ataque.



*La Habana y su puerto a finales del siglo XVIII. La capital de Cuba tenía el monopolio sobre la salida de América de todos los buques españoles con destino a la Península. Litografía coloreada de Eduardo Laplante. Museo Naval, Madrid.*

Ezpeleta se desesperaba. Tres días antes, el 25, pasado el temporal que había alcanzado a Gálvez, La Habana amaneció con un cielo claro y despejado por el que asomaban los primeros rayos del fuerte sol del Caribe. En resumen, una jornada espléndida para hacerse a la vela. Bonet, en lugar de dar la orden de salida, propuso al coronel que desembarcara la tropa, pues no estaba dispuesto a zarpar «hasta ver el tiempo asegurado». Intervino Navarro, y para mantener la paz, pero sobre todo para aliviar el estado de los hombres, autorizó que, a partir del día siguiente, bajaran a tierra con la condición de que el reembarque —como aseguraba Bonet—, pudiese hacerse en menos de 2 horas.

Fue la gota que colmó el vaso. Eso, y la rechifla generalizada con la que el pueblo, los franceses, los americanos, y hasta los ingleses prisioneros, recibieron a los soldados que volvían a pisar el puerto tras casi dos semanas de espera. «Una vergüenza para nuestra marina», en palabras del propio Miró.

En vista de todos aquellos sucesos, Navarro informó de manera reservada al Ministro de Indias, y este a su vez a la Junta de Estado y al rey. La respuesta no se hizo esperar. Una Real Orden creó de inmediato la Junta de Generales de La Habana, a la que tendría que convocarse a todos los oficiales generales del ejército y la armada. Sus decisiones deberían ser de obligado cumplimiento. Pero eso, dado el tiempo en que se demoraba la correspondencia, sería más adelante. De momento era imprescindible solucionar la salida de las tropas, sobre todo, porque en la isla parecían haberse olvidado de los ingleses.

Campbell, al tener noticias de lo que ocurría en Cuba, había decidido sin pérdida de tiempo marchar desde Pensacola con una fuerza de 1100 hombres en apoyo de la guarnición de la Mobila. Era una oportunidad de destruir a los españoles antes de que se reforzasen.

No era mala idea, pero afortunadamente para Gálvez, el desdén y la desidia no habían impedido que Ezpeleta estuviera ya en mar abierto, tras lograr finalmente zarpar con el convoy el 7 de marzo. Lo formaban 11 buques de guerra y 20 transportes, y en él, con tres meses de retraso, viajaban 5904 hombres. Cerca de 2000, del ejército.

Mientras, en Mobila, suponemos que irritado por todo lo acontecido, el gobernador de Luisiana se mostraba dispuesto a comenzar el sitio de la plaza cuanto antes, aunque fuera solo con los efectivos de que disponía. Habían llegado los 200 hombres del regimiento de Navarra enviados por adelantado con algo de material de sitio, junto al chambequín de 30 cañones *Caimán*, el paquebote *San Pío*, los bergantines *Santa Teresa* y *Renombrado* y la saetía *Catalana*. Esos refuerzos, por pequeños que fueran, significaban mucho para alguien que estaba dispuesto a intentar el asalto solo con escalas —algo más fácil de decir que de llevar a la práctica—.

El 1 de marzo, por mediación del coronel Bouligny, que conocía al comandante del fuerte, el capitán de ingenieros Elías Durnford, comenzaron las negociaciones. Ambos bandos intercambiaron cartas y regalos con mucho doble sentido, como era tradicional en las batallas del siglo XVIII. Durnford envió vino, pollo, pan recién hecho y cordero; Gálvez respondió con vinos españoles y de Burdeos, galletas de té, tortas de maíz y una caja de cigarros, persuasivamente cubanos.

El británico agradeció todo y se despidió con una última nota: el honor le obligaba a resistir. Era cierto, pero también que esperaba la llegada de refuerzos de Pensacola que aliviaran su situación y la de la guarnición, una variopinta colección de marineros, voluntarios residentes, esclavos armados y tropas regulares. Esa semana, mientras ante sus ojos los españoles reanudaban el arduo trabajo de construir terraplenes y trincheras para completar una batería que bombardeara la fortaleza, no aparecieron. Lejos, en los pantanos,

la columna de socorro, con el barro hasta los muslos, ralentizaba cada vez más su marcha.

Muy pocos de los escasos libros escritos en inglés sobre la campaña de Pensacola —y por supuesto ninguno de los españoles— hablan de Durnford, y los que lo hacen se limitan a pasar de puntillas por el personaje. ¿Por qué? Simplemente, porque ordenó quemar hasta los cimientos todas las casas y comercios de Mobila y arrasaron los cultivos de la zona para que no pudieran utilizarlos los españoles ni los vecinos que juraran obediencia a Carlos III. Todos, salvo la joya de su corona, una plantación de 5000 hectáreas, Belle Fontaine, situada en los acantilados de la costa este de la bahía, en una zona libre de las fiebres y el hacinamiento, que eran los principales males de Mobila.

Ingeniero y topógrafo, tras participar en la conquista de La Habana en 1762, donde había establecido buenas relaciones con algunos españoles, embarcó de regresó a Inglaterra en 1769, a la muerte del primer gobernador británico de la Florida Occidental, John Eliot. Allí, gracias al mecenazgo de *lord* Simon Harcourt, virrey de Irlanda, se las apañó para que lo nombraran vicegobernador del territorio y aprovechó para casarse el 25 de agosto con una joven de buena familia y mejores rentas, Rebecca Walker, con quien tendría cinco hijos y cuatro hijas.

La pareja se embarcó de nuevo para Florida, donde Durnford sirvió como gobernador interino hasta la llegada de su titular, Peter Chester, el 10 de agosto de 1770. Luego asumió sus funciones de vicegobernador en el Consejo de Florida Occidental, que funcionaba de manera muy cerrada como cámara alta legislativa de la colonia, y se encargó de ejercer gran influencia en todas sus decisiones. Tanto, que entre 1766 y 1778 perdió solo una de las votaciones a las que se enfrentó.

Además de su modesto salario oficial, Durnford también cobraba una buena comisión por cada 100 hectáreas que cultivaban los colonos, lo que aumentó considerablemente sus ingresos y le permitió hacerse en la región con 52 262 hectáreas de fértiles tierras. Eso sin contar la petición de fondos que hizo al gobierno para reconstruir el puerto de Mobila según unos detallados planos que el mismo dibujó, —una obra que nunca se llevó a la práctica—, o replantear el trazado de la carretera para unir Mobila y Pensacola, que solo llegó a realizarse en parte.

¿En qué manera influyó todo esto en su actuación durante el asedio? Por completo. La revolución americana apenas había afectado hasta entonces a la Florida, y en enero de 1780 se había visto obligado a dejar sus fructíferos negocios y tomar el mando de Fort Charlotte. Su intención de resistir era nula. Solo pensaba limitarse a guardar las apariencias con la vista puesta en lo que le depararía el futuro.

Volvamos con Gálvez, que es muy posible que sí supiera quién era Durnford. La primera noticia de la llegada de Campbell la recibió el día 10. Los exploradores le informaron de la presencia de dos campamentos ingleses en las cercanías con una fuerza estimada de 400 a 600 hombres cada uno. Eran demasiado pocos y llegaban demasiado tarde. Durante esa jornada arreció sobre la trinchera española el fuego de los defensores, pero no evitó que por la noche, bajo una intensa lluvia que dificultaba enormemente los movimientos de los obreros, continuaran los trabajos en la batería.

Las piezas de 18 y 24 libras destinadas a derribar los muros de Fort Charlotte quedaron situadas el día 12. A la diez de la mañana comenzaron a macahacar las posiciones británicas con un bombardeo intenso y sostenido que llenó el cielo de humo y balas de cañón. Se prolongó prácticamente hasta la puesta del sol. Al amanecer del 13, ya con parte de los parapetos y troneras destrozados, se logró abrir una brecha por la que las tropas españolas se lanzaron a un breve asalto. Los granaderos que iban en vanguardia barrieron a los defensores, que tras retirarse al interior del fuerte entregaron las armas.

Dunford, enarboló bandera blanca ese mismo día y recibió las condiciones para la rendición al siguiente. Las aceptó enseguida. Se entregó a las 10 de la mañana junto a 2 oficiales y 93 soldados del 60.º regimiento de a pie; 16 soldados de la milicia de Maryland, 6 artilleros, 60 marineros, 54 civiles, 51 esclavos negros armados, ingentes cantidades de municiones, provisiones y 65 cañones de diversos calibres. Campbell, cuya vanguardia llevaba 8 días con las trincheras españolas a la vista, se mostró especialmente pasivo. Se limitó a esperar, y a retirarse sin combatir cuando sus compatriotas se rindieron.

Gálvez, al que irónicamente Durnford había puesto como condición para entregar la plaza que se abstuviera de cualquier represalia en contra de los habitantes de la ciudad, permitió que se iniciara tras ellos una intensa batida. Una de las partidas enviadas logró capturar a un capitán y 20 dragones que protegían la retaguardia, con ello, para evitar pérdidas, se dio por suspendida la persecución. A pesar de que las tropas españolas deseaban proseguir el acoso y buscaban cortarles el paso para enfrentarse con ellos a campo abierto antes de que pudieran cruzar el río Perdido, la última barrera natural que los separaba de Pensacola.

Fueron muchas las quejas en la expedición por no haber llegado aún los refuerzos de La Habana. Con ellos —se lamentaba Gálvez en una carta enviada a su tío el 20 de marzo—, habría podido destruir por completo el ejército de Campbell, que se había marchado sin apenas provisiones.

La toma de Mobila, que permanecería en manos españolas los siguientes 33 años, fue una importante victoria que consolidaba las conquistas del año anterior. Gálvez, que quería mantener la ofensiva a toda costa, consciente de la importancia de actuar con rapidez contra un enemigo fuerte pero

desmoralizado, con el que se debía acabar antes de que se recuperase, solicitó a Gabriel de Aristizabal, capitán de la fragata *Nuestra Señora de la O*, que había apoyado las operaciones navales, que le permitiese emplear las fuerzas de la armada destacadas en la bahía para realizar un desembarco en Pensacola. Aristizabal se negó rotundamente por considerar insuficientes sus fuerzas, y la empresa que le proponían, audaz, pero temeraria.

Días después, impaciente, Gálvez le hizo la misma sugerencia al capitán de fragata Miguel de Goicoechea, jefe de las unidades navales presentes en la Mobila y comandante del *Caimán*. Tras un intercambio de oficios evasivos, Goicoechea se excusó igual que Aristizabal: Bonet estaba cerca, que él decidiera lo que debía hacer la armada.



Basílica Menor de San Francisco de Asís, en La Habana. *Durnford* había participado en la toma de la ciudad en 1762. Son muy conocidos los dibujos y grabados que realizó de la campaña ese año. Abandonó definitivamente Florida y volvió a Gran Bretaña con su familia en 1782, pero reanudó su carrera militar en la década de 1790 y se incorporó a la ofensiva contra los franceses en Martinica, Guadalupe y Santa Lucía con la intención de hacerse con tierras en las islas. Murió en Tobago de fiebre amarilla el 21 de junio de 1794. Obra de Elías Durnford. Colección particular.

Una junta de guerra examinó otras alternativas, como la de dirigir una expedición por tierra que atacase el puesto por su cara posterior, para lo que antes incluso de la reunión, se habían enviado varias patrullas con oficiales de ingenieros y artillería que evaluaran las posibilidades de éxito. Las conclusiones fueron pesimistas. No se consideraba factible llevar por tierra el tren de sitio,

por lo que la única alternativa era el asalto de la infantería sin apoyo artillero. Intentar tomar Pensacola con un ataque frontal en esas condiciones era muy complicado, dada la calidad de las defensas y de las tropas que se protegían en su interior.

Tampoco se podía sorprender a la guarnición, así que la única posibilidad era pedir refuerzos, organizar un plan de operaciones en condiciones y conseguir la ayuda de la armada, que debía mover hombres y materiales, proteger la expedición con apoyo naval y garantizar las comunicaciones de las tropas con Nueva Orleans y La Habana. Eso llevaba tiempo. Con esas conclusiones, Gálvez decidió regresar para organizar cuanto antes todo lo necesario para comenzar la campaña. Entre los días 11 y 17 de abril reembarcaron las tropas y pusieron rumbo a la capital de la Luisiana.

Durante las semanas siguientes las cosas no siguieron los derroteros que Gálvez buscaba. Bonet se negó una vez más a cualquier intervención, y su opinión fue respaldada por varios de los vocales de la junta de guerra. Dictaminaron por unanimidad que la expedición contra Pensacola debía disolverse y solo quedaría una guarnición competente en el castillo de la Mobila.

El 5 de mayo llegó procedente de La Habana la fragata *Príncipe de Asturias* que transportaba los cañones y pertrechos para abastecer la plaza. Gálvez volvió a convocar en junta de guerra a los mismos vocales para retomar el asunto antes de que la fragata zarpase de regreso, pero el dictamen no varió. El día 6, la expedición contra Pensacola quedó definitivamente disuelta.

Todas las partes se apresuraron en enviar a la Península cartas de protesta. Gálvez, como no podía ser de otra forma, quejándose a su tío de la actitud y pasividad de la armada. Bonet, defendiéndose, al Secretario del Despacho Universal de Marina, Pedro Castejón y Salazar. No tenían ninguna necesidad. El Ministro de Indias ya había convencido por entonces al rey y a Floridablanca de la absoluta necesidad de reconquistar la Florida, y estaban dispuestos los medios para ello.

### **2.6.1 Luchar contra los elementos**

El 28 de abril una gran flota de 140 buques de transporte y 16 navíos de escolta, partió de Cádiz rumbo a La Habana. En los barcos, al mando del jefe de escuadra José Solano, iban experimentadas tropas de un Ejército de Operaciones que debía de reforzar el dispositivo de defensa español en Puerto Rico y Cuba. En total, 12 000 marineros y soldados —seis regimientos con artillería y pertrechos: Rey, Soria, Guadalajara, Hibernia, Aragón y Flandes—, al mando del teniente general Victorio de Navia. Cuando Gálvez supo en



Nueva Orleans de la partida de la flota, organizó todo para viajar a La Habana, donde llegó poco antes de que lo hicieran el 4 de agosto los navíos procedentes de la Península.

Esa primavera alguien más suspiró aliviado por el rumbo que tomaban las operaciones españolas. El Ejército Continental y el Congreso, que con la desertión del general Benedict Arnold, los motines de dos regimientos de Connecticut que amenazaban con regresar a su casa en protesta por la falta de pago y las escasas raciones, y la rendición de Charleston ante Clinton tras un brutal asedio de seis semanas con continuos bombardeos diarios<sup>66</sup>, había recibido en el teatro de operaciones Sur varios golpes importantes en su moral, vieron con inmensa tranquilidad que los británicos tenían ahora otras cosas importantes en que preocuparse. La sola presencia del ejército de Gálvez suponía, para alivio de los rebeldes, que el alto mando británico se viera obligado a desviar algunas de las fuerzas presentes en Savannah para volver a reforzar Pensacola.

Fue providencial. Clinton regresó a Nueva York a principios de verano, pero el general Cornwallis infligió una nueva y devastadora derrota a los norteamericanos a 10 kilómetros de Camden, Carolina del Sur, el 16 de agosto. El comandante estadounidense, el general Horatio Gates, vencedor en Saratoga, desapareció del campo de batalla, lo que arruinó su reputación militar, y George Washington tuvo que enviar a su general más capaz, Nathanael Greene, para dirigir el Departamento del Ejército del Sur. Viajó hasta su nuevo puesto de mando a través de Delaware, Maryland y Virginia, deteniéndose constantemente para solicitar tropas y suministros de los líderes políticos —con poco éxito, dado que las cosas parecían torcerse—, pero para eso estaban los españoles. Para hacerle llegar todo lo que necesitaba ahora que controlaban el Misisipi.

En junio, la corte francesa también decidió ir más allá de la mera financiación y suministro de abastecimientos a la Revolución Americana. Ordenó el despliegue de tropas profesionales en América del Norte bajo el mando de un comandante experimentado, el teniente general Jean Baptiste Donatien de Vimeur, conde de Rochambeau, veterano de la Guerra de los Siete Años. Cuando Rochambeau y sus 6000 hombres comenzaron a desembarcar en Newport, Rhode Island, el 11 de julio, se encontraron con el ejército de Washington en condiciones deplorables y prácticamente desmoralizado. Solo que a diferencia de lo que ocurría con los españoles, su presencia no alteró demasiado los planes británicos. El propio general francés decidió no alejarse

---

<sup>66</sup> El 12 de mayo 5500 soldados del desmoralizado ejército continental fueron hechos prisioneros. La rendición del general Benjamín Lincoln fue la mayor derrota americana de la guerra revolucionaria.

demasiado de la flota francesa que permanecía bloqueada por la británica en la bahía de Narragansett, cerca de donde habían desembarcado, lo que supuso que sus tropas se mantuvieran prácticamente inactivas durante casi un año.

Al tiempo que se producían todos esos movimientos en el continente, en La Habana las cosas no parecían ir tan bien como Gálvez había imaginado antes de su partida. Las tropas que se acababan de incorporar a la guarnición de la isla habían sufrido mucho durante los tres largos meses de travesía. Cientos de hombres habían muerto en el mar por las enfermedades contraídas al estar demasiado tiempo en puerto bloqueados por la escuadra del almirante George Rodney, y otros tantos parecía que iban a seguir el mismo camino mientras estaban hospitalizados en Cuba.

Se convocó una vez más a la junta de guerra que debía planificar las operaciones, en la que estaban representados todos los altos jefes del ejército y la marina que tenían algún tipo de responsabilidad en el desarrollo de las futuras campañas, pero lo cierto es que su trabajo dejó mucho que desear. Las constantes discusiones la convertían a menudo más en un obstáculo que en una ayuda, sobre todo para quienes como Bernardo de Gálvez lo que buscaban era hablar menos y combatir más.

La insistencia del gobernador de Luisiana, que alegaba que no había tiempo que perder pues el retraso beneficiaba a los británicos, logró convencer finalmente a la junta. Costó un esfuerzo enorme poder reunir el primer núcleo de tropas expedicionarias, y se fijó la primera quincena de octubre como fecha de partida, a pesar de la oposición de Solano —Jefe del Ejército de Operaciones de América—, que al fin y al cabo era el responsable de la flota y no quería dirigirla a Pensacola en plena época de huracanes.

Eldía 16zarpódeLaHabanaunapotenteexpedición—desproporcionada si tenemos en cuenta lo que podían enfrentar a ella los ingleses—, contra Pensacola. La formaban 50 buques de transporte, 4000 hombres de infantería —regimientos Rey, Príncipe, Navarra, Fijo de La Habana, España, Segundo de Cataluña y milicias de La Habana—, artillería, dragones y equipo de sitio, e incluía municiones y provisiones suficientes para un largo asedio.

Desgraciadamente los peores temores de Solano se cumplieron. Al tercer día de navegación, se abatió sobre ella un fuerte huracán —una de las peores tormentas de la década según las crónicas— que desarboló 4 navíos del convoy y dispersó a la desdichada escuadra española. Sus buques quedaron desperdigados por todo el Golfo de México. Unos fueron a parar a Campeche —1771 hombres—, otros a Luisiana —831—, una fragata de 36 cañones se estrelló contra las costas de Yucatán y dos transportes —365 soldados— acabaron cerca de Mobila, en las costas que estaban en manos de los indios. Afortunadamente para lo que podía haber sucedido, las bajas no fueron

cuantiosas. Solo que, tras la tormenta, los altos mandos navales decidieron que las condiciones climatológicas eran tan malas, y los desperfectos en la flota de tanta importancia, que lo mejor era poner rumbo de inmediato a Cuba. Eso fue lo que se hizo. La dañada flota regreso a La Habana en espera de mejor ocasión. Allí, reunida por enésima vez la junta de guerra, se decidió aplazar la expedición hasta principios de 1781, en unas fechas en las que el tiempo fuera más propicio.



*Llegada de las tropas francesas a Rhode Island. Una popular postal aparecida en Nueva York en 1903, que aún toda la participación de Francia en la guerra, representada, a la izquierda, por los retratos de Rochambeau y Lafayette. Nunca se publicó en Estados Unidos algo similar referente al ejército español.*

De nuevo Carlos III recibió información de su Ministro de Indias acerca de la incapacidad de la junta de La Habana para obtener los resultados que se le exigían, por lo que decidió enviar un representante plenipotenciario que pusiera fin a cualquier disputa que impidiera la consecución del objetivo que se había marcado como principal: la toma de Pensacola. Es evidente que en Madrid se sospechaba que el éxito de Gálvez y su juventud levantaban envidias, y era preciso cortar de raíz cualquier rencilla que pudiese alterar el buen curso que llevaba la guerra, pero no lo es menos que, aunque era cierto que si se dejaba pasar la oportunidad ahora, cuando los ingleses estaban

arrinconados en América y en guerra con medio continente, se perdería para siempre la posibilidad de recuperar la Florida, esa idea estaba muy bien dirigida por José de Gálvez, que aunaba como nadie los intereses de España con los propios.

### **2.6.2 Intercambio de golpes en Mobila**

No hace falta explicar que los británicos no se limitaron a quedarse mirando mientras los españoles resolvían sus problemas. El primer año de guerra contra España en el teatro de operaciones del Caribe había sido desastroso y tenían que resarcirse de alguna forma de la pérdida de toda la cuenca baja del Misisipi, así que decidieron que el lugar idóneo donde descargar su revancha era Mobila, que para ellos seguía siendo imprescindible. Allí, al ahora denominado Fuerte Carlota, para proteger la zona ocupada, Gálvez había mandado a Ezpeleta como gobernador el 3 de mayo. Bajo sus órdenes quedaba una guarnición de 800 hombres de tropa veterana a la que se la había suministrado artillería, municiones y víveres para seis meses.

Ezpeleta estaba prácticamente aislado y los combates en las proximidades de la plaza, unas veces protagonizados por los indios de uno u otro bando, y otras por los colonos británicos, en realidad nunca se habían detenido del todo, por lo que decidió establecer una pequeña fuerza en un pueblo cercano, al este del fuerte, para evitar que un ataque por sorpresa dirigido desde Pensacola pudiera recuperarlo.

A fin de cuentas esa era la llave de la ciudad y de toda la bahía, luego estaba claro que cualquier ofensiva terrestre debería ir obligatoriamente en esa dirección. Los efectivos destinados a la posición no eran muchos: 190 hombres procedentes de los regimientos Príncipe, España, Navarra, fijo de La Habana, y de la milicia negra de Nueva Orleáns. Todos a las órdenes del teniente Ramón de Castro, del regimiento del Príncipe. Estaban cansados por el esfuerzo diario, la falta de refuerzos y la escasez de suministros, pero se mantenían con la moral alta.

Dos veces, atacaron Fuerte Carlota los británicos antes de final de año. Los indios, y destacamentos de los *Royal Foresters West Florida*<sup>67</sup>, una unidad voluntaria de caballería provincial de escasa calidad. Por esas batidas Campbell se enteró de la existencia de ese puesto avanzado tan comprometido, que

---

<sup>67</sup> Creada como compañía de dragones ligeros del capitán Chrystie el 13 de marzo de 1780, por su jefe, Adam Chrystie, llegaron a formar la unidad tres compañías. Después de sufrir serias bajas en Mobila y Pensacola, fue disuelta el 15 de marzo de 1782 y sus supervivientes enviados a Nueva York.

a partir de entonces los británicos denominaron «el pueblo» o la «fortaleza española». En la siguiente incursión, sería su objetivo.

El asalto, mucho más organizado que los anteriores, correría a cargo de una tropa veterana al mando de uno de los oficiales más capaces del ejército británico en las Floridas, el coronel Johan Ludwig Wilhelm von Hanxleden, comandante del regimiento Waldeck. La fuerza, apoyada por 2 cañones de 4 libras, consistiría en 60 soldados del Waldeck; 100 de los *Royal Americans* —la unidad de élite que ya comentamos hace algunas páginas—; de 200 a 250 realistas de Pennsylvania y Maryland, 11 milicianos de los *Foresters* y 300 indios choctaw.

Los choctaws habían llegado a reforzar a la guarnición de Pensacola el 2 de abril junto a otros 300 guerreros creek. Causaron una fuerte impresión en el capellán del Waldeck:

Estaba sentado tranquilamente en mi tienda cuando de repente oí fusiles disparar cerca del campamento. Algo, muy parecido a como si atacaran uno de nuestros puestos de avanzada. Salimos de prisa de las tiendas y vimos llegar una partida de indios choctaw, que llevaban treinta días de viaje desde su tierra, aquí. Todos iban vestidos a su manera. Acamparon, repartidos de una manera casi oriental, rodeados de sus hachas de guerra.

Si te acercas a ellos no tienes suficientes manos para saludarlos a todos. La estrechan con tanto vigor que después de darle la mano a treinta de ellos, dejas de sentir los brazos. Los choctaws no se cortan el cabello como los arroyos, pero llevan grasa y pintura en la cabeza como ellos, con plumas blancas finas. Sus miembros y todo su cuerpo son más fuertes que los de los europeos. Sus mujeres se sientan separadas de sus maridos y, en términos generales, no tienen tan buena constitución como los hombres. Las mujeres hacen todo el trabajo. Cuidan de sus hijos, de los suministros, e incluso de las mantas de los hombres, mientras estos marchan sin trabas, solo con su fusil o arco. Estas mujeres llevan cargas muy pesadas y, sin embargo, caminan tan rápido como los hombres.

Los creek no eran menos impresionantes. Como ocurría en una gran parte de las tribus de Norteamérica, combatían prácticamente desnudos, apenas cubiertos por un taparrabos y se pintaban el cuerpo de rojo y negro desde la cintura a la cara. Portaban arcos y flechas, macanas, tomahawks y cuchillos, así como armas de fuego. También llevaban unas pequeñas bolsas con cuero para reparar sus mocasines y, para sus mosquetes y fusiles, un cuerno con pólvora.

En la segunda mitad del siglo XVIII, todos los indios del sudoeste habían aprendido el uso de armas de fuego y se habían aficionado a ellas rápidamente.

La intensa rivalidad y las constantes guerras entre franceses, ingleses y españoles les permitía acceder de forma permanente a un suministro constante de fusiles y pólvora que supieron aprovechar muy bien, ya que incrementó de forma notable su capacidad militar. Aunque nunca fueron capaces de organizarse lo suficiente como para poder hacer frente a fuertes ejércitos europeos cuando estos tenían la oportunidad de actuar de forma contundente en campo abierto. Ni siquiera aunque estuvieran encuadrados en sus unidades. De hecho no aprenderían a hacerlo hasta el siglo XIX, cuando ya eran muy pocos.

Una partida de guerra creek tenía habitualmente entre 20 y 50 hombres. Sus jefes, los más capaces de llevar adelante una campaña determinada, elegidos en asambleas abiertas, daban preferencia en el reclutamiento —como también hemos visto que hacían otras naciones indias—, a los miembros de las familias que habían perdido a alguien en un combate o incursión de una tribu enemiga.

Para los elegidos se desplegaba un complejo sistema de ritos iniciáticos en el que los nuevos guerreros tomaban sustancias alucinógenas y recibían una completa formación espiritual que debía ponerles en condiciones de enfrentarse a sus enemigos. Una vez purificados y listos para entrar en acción, cada jefe de guerra iba acompañado de un asistente que debía transportar un arca sagrada de madera en la que se guardaban los objetos mágicos que proporcionaban la fuerza al grupo. Consistían en partes de animales —principalmente huesos—, piedras sagradas y cristales. Curiosamente había lugares y pueblos en los que estaba prohibido derramar sangre, por lo que nunca eran seleccionados para la elección de los líderes.

Iniciada la incursión se desplazaban en fila por los bosques, a buen paso y siempre en absoluto silencio, separados a corta distancia unos guerreros de otros. Durante las agotadoras marchas bebían y comían poco, con el objeto de aumentar su sufrimiento y ganar el favor de los dioses.

Tras aproximarse a su objetivo comprobaban con cautela el número probable de enemigos y sus defensas y, una vez hallados sus puntos débiles atacaban. Normalmente los guerreros evitaban usar senderos transitados, cambiaban a menudo de ruta y se ocultaban al máximo entre los árboles, siempre aprovechando las ventajas que les otorgaba el medio natural en que vivían. Eran buenos combatientes, pero se desesperaban en los largos asedios.

Acabada la batalla sus guerreros eran otros de los que arrancaban la cabellera al enemigo abatido y la guardaban como trofeo en su casa en señal de triunfo. Los prisioneros solían ser torturados de forma salvaje, pero a los niños habitualmente se les adoptaba e incorporaba a la tribu.

Gálvez, basándose en lo que denominó razones de prudencia y humanitarismo, le envió a Campbell el 9 de abril una carta proponiéndole la



no intervención de los indios en la guerra. El hecho de que las tribus aliadas de los británicos cometieran sus actos de pillaje y destrucción contra la población civil supervisadas por oficiales o colonos ingleses inducía a pensar que era el propio general británico quién ordenaba esas actuaciones, pero eso suponía también que los indios que habían decidido ponerse de parte de los españoles se considerarían con derecho a tomar represalias y a cometer las mismas acciones contra los habitantes británicos de la región, por lo que si no se ponían de acuerdo, era imposible la convivencia con los colonos.



Tratado con los indios. *Los jefes creek, denominados «bastones rojos», un emblema que todavía hoy los mikasuki utilizan como propio, ocupan el centro de la representación.* Obra de William Penn realizada en 1772. Academia de Pensilvania de Bellas Artes, Filadelfia.

La respuesta de Campbell llegó a Nueva Orleans el 19 de mayo. Fue rotunda: se negaba a la neutralidad de las naciones indias. Era evidente, puesto que su ayuda —tenía acampados junto a la ciudad 1500 guerreros entre creeks, chactás y chicasás— era vital para Pensacola, que pocos refuerzos podía esperar que llegaran de Georgia o Jamaica, donde las tropas británicas estaban demasiado ocupadas en frenar a los rebeldes o conservar sus conquistas de Honduras y Nicaragua. Además, ni siquiera le parecía que la propuesta fuera sincera. Era cierto que Gálvez no los había utilizado en la Mobila, pero se había servido de ellos sin ningún complejo durante la campaña del Misisipi.

Las tropas que Campbell tenía destinadas para realizar el ataque contra Mobila que esperaba fuera definitivo salieron de Pensacola, a unos 100

kilómetros, el 31 de diciembre. Llegaron a los alrededores de la aldea el 6 de enero de 1781, y se dispusieron para atacar la posición al alba siguiente. Para apoyarlas, las fragatas británicas *Mentor* y *Hound*, acompañadas de la balandra *Baton Rouge*, penetraron en la bahía de Mobila enarbolando banderas españolas, lo que evitó que las baterías defensivas colocadas por Gálvez hicieran fuego sobre ellas.

*William Augustus Bowles, conocido pirata de finales del siglo XVIII, que participó en el ataque a Mobila. Nacido en Maryland en 1763, se unió a las fuerzas británicas muy joven, pero lo expulsaron por razones que nunca llegaron a quedar claras. Se refugió con los indios creek, aprendió su lengua, se casó con la hija de un jefe y tomó el nombre de Estajoca. En 1781 se le permitió reincorporarse al ejército, y mandó a los creek que acudieron a apoyar al general Campbell en Pensacola<sup>68</sup>. Thomas Hardy lo retrató con los exóticos atavíos de un jefe de la tribu en 1790. Upton House and Gardens, Warwickshire.*



Mientras marineros e infantes de marina de las naves inglesas se retiraban, tras tratar infructuosamente de capturar la isla Delfina, defendida con encono por el sargento Manuel Rodríguez y 18 hombres, comenzó el ataque terrestre en el pueblo, sobre la posición española, protegida por una estacada de troncos de árboles.

La noche anterior había llovido copiosamente, una cortina de agua típica de los trópicos, y de madrugada una espesa niebla lo envolvía todo. La milicia negra de Nueva Orleáns estaba posicionada en la línea defensiva

---

<sup>68</sup> Nueve años después, en 1790, viajó a Inglaterra con algunos indios para promover un absurdo plan de invasión de México. Durante sus actividades como pirata por las Bahamas fue capturado dos veces por los españoles. La primera, en 1792, fue enviado a Manila y escapó en Sierra Leona. La segunda, en 1799, fue encarcelado en el Castillo del Morro, en La Habana. Allí murió en 1805.

de la aldea, sin embargo, los veteranos de Hanxlenden, amparados por la escasa visibilidad y sin hacer ningún ruido, lograron infiltrarse entre las líneas de los milicianos sin ser detectados. El subteniente Manuel de Córdoba del regimiento España los vio a lo lejos, pero no se preocupó demasiado por esas tropas que penetraban sus líneas, pensando que era la milicia negra que volvía de patrullar. Tampoco le comunicó los movimientos a De Castro, su comandante.

El ataque inglés penetró en las trincheras sin disparar un tiro y los Waldeckers se sorprendieron ante la falta de resistencia, pero no supieron aprovechar su ventaja. En cuanto los españoles que estaban en el pueblo se dieron cuenta de lo que sucedía, abrieron fuego y se lanzaron a combatir cuerpo a cuerpo con cuchillos y bayonetas. A duras penas los Waldeckers pudieron continuar su avance por las trincheras españolas. Hanxlenden envió varias patrullas en busca de un punto débil para forzar la línea y luego cruzar la bahía y atacar Fuerte Carlota. Sin embargo, cada minuto que pasaba la resistencia española era más feroz y tenaz, y el avance inglés más difícil. El sargento mayor del Waldeck, segundo al mando, organizó una carga contra la posición de los granaderos del regimiento España, pero le resultó imposible sobrepasarla y murió en el intento. Poco a poco los españoles pasaban de defenderse a llevar la ofensiva.

La tormenta había mojado los dispositivos de chispa de los dos cañones enemigos inutilizándolos; en cuanto se secaron, los artilleros alemanes los emplearon con gran puntería. Hanxlenden cayó herido de muerte por un disparo en la cabeza en el siguiente asalto y la desmoralización comenzó a enraizar entre sus hombres. El mando recayó en el capitán Philip Barton Key, del regimiento de Maryland, y no dudó ni un momento en dar la orden de retirarse a Pensacola a toda velocidad. Retrocedieron hasta río Perdido, donde terminó la persecución, ya bajo un intenso fuego español.

En general, el tanto por ciento de pérdidas si consideramos el número de hombres en liza fue considerable en ambos bandos. Al reocupar las trincheras, los españoles encontraron quince muertos e hicieron prisioneros a tres heridos. Bajo la estacada encontraron los cuerpos sin vida del coronel von Hanxlenden, de un capitán de granaderos y de su ayudante de campo. Tomaron prisioneros a dos negros, quienes decían que los ingleses habían perdido unos 18 hombres y por lo menos tenían 60 heridos, más otros dos indios muertos y cinco heridos. Las bajas españolas eran casi un tercio de las fuerzas destinadas en aquel destacamento: 14 muertos, 23 heridos y 1 prisionero. Aun así, Mobila seguía en manos españolas.

El parte oficial de la batalla enviado a José de Gálvez en febrero de 1781 sirvió, como era costumbre, para que la Corte reconociera el valor de los defensores. El primer premiado fue el teniente De Castro, por su coraje

y serenidad bajo el fuego. Recibió el ascenso a capitán con una pensión de 3000 reales.

Desde que se sabía en La Habana la desesperada situación que se vivía en Mobila, Gálvez había intentado que Cuba enviase refuerzos de manera urgente. Logró que el 6 de diciembre partiese un convoy con 8 buques que transportaban todo lo que necesitaban en la plaza y un refuerzo de 500 soldados, pero el capitán de fragata José de Rada, comandante de la fuerza naval, no se atrevió a entrar en la bahía. Consideró que un temporal había cambiado las condiciones de navegación en la zona, pues había alterado el fondo y podía embarrancar, por lo que se dirigió a Balize, en la desembocadura del Misisipi, sin que los defensores de Mobila llegaran a recibir nada del socorro prometido.

## 2.7 LÍNEAS DIVERGENTES

EL 22 DE ENERO DE 1781, a la caída del sol, recién llegado de Jamaica tras un largo y azaroso viaje, el funcionario del Ministerio de Indias Francisco de Saavedra, convertido en espía por azares del destino, se encontró al fin seguro en el Barrio de Cristo, extramuros de La Habana. Esa misma noche, sobre las ocho, se entrevistó con su buen amigo Bernardo para relatarle toda la información recogida. Juntos, tras más de tres horas de conversación y dado lo avanzado de la hora, decidieron esperar a la mañana siguiente para visitar a José Navarro.

Navarro, que ya tenía 73 años y distaba mucho de aquel aguerrido joven que se había distinguido por su brillante carrera militar, sabía que Saavedra llegaría en cualquier momento. Había recibido meses antes una carta reservada de José de Gálvez fechada en Aranjuez el 24 de junio de 1780, en la que le avisaba que iba directamente comisionado por Carlos III y que el monarca esperaba que se le escuchara como «si fuera él el que hablara».

Así lo hizo. Se mostró atento, manifestó su más fervoroso deseo de que se cumplieran cuanto antes los preceptos de su majestad, y envió a sus dos visitantes a que se entrevistaran con la Junta de Guerra que él mismo presidía. La formaban, junto a Gálvez y el capitán de ingenieros Antonio del Valle, que actuaba como secretario, Navia, Bonet, el mariscal de campo Juan Manuel de Cagigal y los jefes de escuadra José Solano y Juan de Tomasco.

El 1 de febrero, en el mismo momento en que en San Luis se preparaba la expedición contra Saint Joseph de la que le hablábamos al lector hace algunos capítulos, se celebró la primera de las seis reuniones de la junta de guerra que debía discutir la estrategia a seguir. La presidió Saavedra, que

presentó oficialmente los documentos que demostraban su autoridad, con el fin de que nadie mostrase dudas sobre su mando.

Lo que deseaba hacer lo dejó bien claro desde el primer momento: conocer cuanto antes la situación real de las fuerzas terrestres y marítimas disponibles, el capital habilitado y el estado en que se hallaban los preparativos para cumplir los objetivos que se le habían señalado en sus instrucciones. Eran, por este orden: poner de nuevo en marcha el plan de operaciones contra Pensacola que había sido aprobado hacía ya un año y que por diversas circunstancias había fracasado; remitir a España los caudales que estaban en La Habana, enviar ayuda al reino de Guatemala y reconquistar Jamaica. Ahí comenzaron las sorpresas.



El coronel Johnson y Karonghyontye. *El retrato representa al oficial y diplomático británico Guy Johnson y al jefe Mohawk Karonghyontye —David Hill en su nombre inglés—. Johnson era el superintendente británico ante seis de las naciones indias, esas alianzas entre las fuerzas británicas y las tribus, que muchas veces solo cambiaban de bando gracias a la labor de los españoles, amenazaron seriamente las posibilidades de victoria de los colonos rebeldes durante toda la guerra.* Obra de Benjamín West, realizada en 1776. Galería Nacional de Arte, Washington.

Los navíos estaban sucios, pendientes de carena; faltaban hospitales a los que trasladar a las posibles bajas; el erario no disponía de más de un millón de pesos aunque en el puerto permanecía la flota que debía partir hacia la Península con cuatro millones; faltaban víveres, y las diferencias entre los distintos jefes eran evidentes: Navarro no quería desprenderse de tropas por

temor a un contragolpe británico; Navía quería conquistar Jamaica; Gálvez urgía a tomar Pensacola y Bonet buscaba la forma de ocultar todo lo posible el estado de sus buques y lo desprovisto que se encontraba el Arsenal.

*Ramón de Castro y  
Gutierrez retratado en  
1800 por José Campeche.*

*Nacido en Lucena,  
Córdoba, en 1751, era el  
hijo y heredero de Lorenzo  
de Castro, marqués de  
Lorca y barón de San  
Pedro. Comenzó su carrera  
militar como teniente de  
las milicias de Burgos,  
desde donde se incorporó  
al regimiento del Príncipe  
del ejército regular. Su  
actuación en la defensa  
de la Mobila en 1781,  
además de un ascenso,  
le valió ser nombrado  
caballero de la Orden  
de Santiago y recibir la  
encomienda de Pozo Rubio.*

*En 1797, ya capitán  
general de Puerto Rico,  
protagonizaría otra heroica  
defensa contra un ataque  
británico que, al mando del  
general Ralph Abercromby,  
pretendía ocupar la isla.*

*Museo de Arte e  
Historia. San Juan de  
Puerto Rico.*



En cuanto al ejército, se encontraba en un estado deplorable. A las enfermedades provocadas por la mala alimentación, las pésimas condiciones de alojamiento y la falta de equipo, ropa y calzado se unía una elevada tasa de desertión. Por si fuera poco, había una deuda en salarios de casi 3 millones de pesos. El total de efectivos lo formaban 5000 hombres en La Habana, 2500 en Luisiana, los 7000 llegados en pésimas condiciones con la flota de Solano de los que eran aprovechables no más de 3000 —el resto, en su mayoría enfermos habían pasado a formar parte de la guarnición local— y cerca de otros 3000 marineros, entre los que también abundaban las desertiones. O todos se ponían de acuerdo o, una vez más, se preveían malos tiempos.



Máxime cuando en esas condiciones era imposible llevar a cabo en el mismo año todos los proyectos de la Corte.

Fue sencillo escoger donde atacar primero. La campaña en esa parte de América, situada en los trópicos, comenzaba en noviembre y concluía en mayo, cuando se iniciaban las tormentas y se extendían las enfermedades. Ya estaban en enero y, aunque fuese uno de los objetivos primordiales recuperar Jamaica, la principal base inglesa en el Caribe y uno de los lugares más ricos del imperio británico, no podría iniciarse la expedición antes de un año. El viaje desde La Habana a cualquier puerto desde el que se pudiese caer sobre la isla era al menos de un mes, y eso sin contar con que los franceses que se sumaran a los combates no llegarían a América hasta junio. Mucho más tardarían nuevos refuerzos que se esperaban de Cádiz, por lo que, de momento, ese plan era inviable. Saavedra se comprometía a viajar personalmente a Nueva España para obtener el dinero necesario para llevarlo a cabo pero, hasta entonces, había que centrarse en otras miras.

Eliminada oportunamente Jamaica, quedaba Pensacola —no olvidemos que Saavedra era funcionario de Indias, además de íntimo de Gálvez—, pero debía actuarse con diligencia y tomarla lo antes posible, puesto que aunque la expedición zarpase en ese mismo momento —insistió ante la junta—, se necesitaban entre ida, vuelta y estancia, tres meses largos.

Con una energía notable y la fuerza que le daba la autoridad de la que estaba investido, el enviado del rey puso manos a la obra y trató con todos los responsables acerca de cómo llevar a cabo los planes que debían de conducir a la victoria final. En poco más de dos semanas de intenso trabajo la fuerza expedicionaria quedó de nuevo lista.

Estaba por entonces amarrada en el puerto una escuadra francesa a las órdenes de François Aymar de Monteil, que había sustituido en julio al conde de Grasse, de regreso a Francia por motivos de salud, y al conde de Guichen. La formaban 3 navíos de 74 cañones —*Palmier*, *Destino* e *Intrépido*—; 1 de 64, *Tritón*; las fragatas *Andrómaca* y *Unicornio*, el bergantín *Lebrera* y el cúter *Serpent*. La había enviado Luis XVI junto a un regimiento de infantería que ya estaba estacionado en Santo Domingo, para ayudar en la defensa de las posesiones españolas en caso de que se vieran amenazadas, pero no parecía dispuesta a moverse, salvo que fuera estrictamente necesario.

Pese a ello, el caballero de Montiel accedió a participar de buen grado con dos buques. Sabía de las penurias de la armada y estaba dispuesto a ofrecer su colaboración siempre que regresaran antes de mediados de marzo, pues se veía en la obligación de zarpar para entonces y poner rumbo hacia las Antillas francesas, donde el corso inglés parecía trabajar a sus anchas.

Otra vez el mal tiempo impidió cumplir los planes en las fechas previstas, pero el retraso fue de apenas una semana. El 28 de febrero a la una

de la mañana, antes de rayar el alba, tras una última reunión entre Gálvez y Saavedra en el *San Ramón*, el navío en el que iban el jefe de la escuadra y el gobernador de Luisiana, se dio la orden de partida. Los franceses *Andrómaca* y *Tritón*, destinados a la avanzada, partieron los primeros. Tras ellos, lentamente, según se cubrían de lona y cogían un oportuno terral, los 32 buques restantes que formaban la flota se dirigieron a mar abierto.

Ese mismo día zarparon también de Nueva Orleans 18 barcos con tropas del fijo y milicianos, Misisipi abajo, hasta Balize, en la desembocadura del río, a 133 kilómetros de la capital. Sus órdenes era esperar allí hasta que Gálvez se lo comunicara y, en ese momento, partir de inmediato a reunirse con el grueso de la expedición en el punto que se asignara.

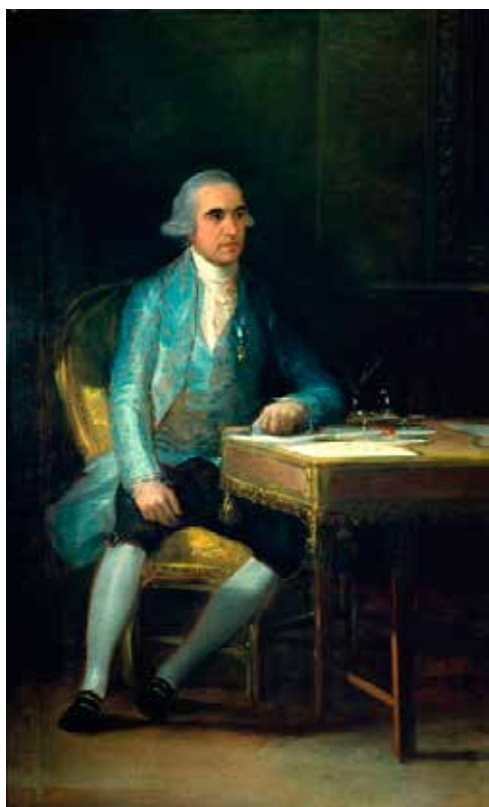
Solo un asunto, que a la larga se convertiría en un inconveniente, estaba sin resolver. Como la autoridad del mando no había quedado bien definida por Saavedra —que no podía en esa materia revocar las órdenes de Navarro—, la fuerza quedó dividida entre un mando naval y uno de tierra. Navarro y quienes se oponían al plan de Gálvez no podían impedir que dirigiese el asedio, pues era voluntad real, pero tenían capacidad de limitar el ejercicio de su poder. Para ello el mando de la flota recayó sobre José Calvo Irazábal que como su superior, Bonet, no se mostraba muy proclive a apoyar el ataque y estaba dispuesto a poner todos los impedimentos posibles.

La expedición, con unos 1400 hombres de varios regimientos de infantería regular y milicias, 50 artilleros y 100 gastadores, apoyados por los 1400 tripulantes de los buques de la armada y los 400 de los transportes, era en realidad la menor de todas las que se habían organizado. Se marcó oficialmente como punto de destino inicial Mobila, para recoger allí a su guarnición y poner rumbo hacia Pensacola, pero en realidad los buques marcharon directamente a Pensacola. Lo que hizo Gálvez fue enviar a Mobila a una de las goletas con un mensaje en que le comunicaba a Ezpeleta —que tras rechazar a los británicos esperaba un masivo ataque indio en cualquier momento—, que pasase a la ofensiva y marchara por tierra para apoyar también el asalto.

Para los británicos el ataque español formaba parte de los planes previsibles, por lo que no había sorpresa alguna. De cualquier forma, la fragata *Hound* tuvo la suerte de avistar a la flota española durante una salida rutinaria y dio aviso en la plaza británica antes de marchar rumbo a Jamaica para informar a su alto mando. El general Campbell no se quedó demasiado preocupado. Para defender su posición principal —Fort Saint George—, además de con las fragatas *Mentor* y *Port Royal* ancladas en el puerto, contaba con unos 1800 hombres entre soldados —pertenecientes al Waldeck, a los realistas americanos de Pennsylvania y Maryland, a los regimientos de infantería regular 16.º y 60.º y a los *Royal Forresters*— y artilleros, muchos de ellos de la *Royal Navy*. Junto a ellos se alineaban también voluntarios, negros

armados y, como ya hemos comentado, aproximadamente millar y medio de indios aliados<sup>69</sup>.

Milagrosamente las condiciones meteorológicas se mantuvieron estables y el cielo despejado, lo que evitó problemas en la formación naval española. La idea de Gálvez era desembarcar en la isla de Santa Rosa para tomar la batería de cañones de Punta Sigüenza y evitar así el fuego cruzado sobre la bahía. De paso, eso permitiría atacar a los barcos británicos que se encontraban en el puerto, que podían colaborar con sus cañones en la defensa. Era la mejor manera de disponer también de una buena posición frente al otro fuerte que protegían la entrada del estrecho caño de acceso, el denominado *Red Cliffs* o Barrancas Coloradas.



*El sevillano Francisco de Saavedra y Sangronis, nacido en 1746, que inició su carrera como oficial del regimiento del Rey a los 22 años y llegaría a ejercer como secretario de estado desde el 30 de marzo al 22 de octubre de 1798. Hablaba y escribía francés con fluidez. Su misión era promover la alianza de España y Francia en las operaciones militares conjuntas contra los británicos y asegurarse de su correcta financiación. Gran parte de sus esfuerzos tuvo que dedicarlos a limar las rencillas que habían surgido entre los jefes españoles en Cuba. Obra de Francisco de Goya realizada posiblemente en 1798. Courtauld Institute of Art, Londres.*

A las seis de la mañana del 9 de marzo la flota llegó ante la bahía de Pensacola. A pesar de que el mar comenzó a batir el litoral de forma más brava, se inició el desembarco de las tropas españolas y todo el material posible en Santa Rosa, una isla de 40 kilómetros de largo que dejaba un paso angustiosamente

<sup>69</sup> Para los órdenes de batalla ver Anexo II.

estrecho a la ensenada interior. Se hizo en chalupas, navegando a lo largo de toda su costa occidental. El fuego de las fragatas inglesas resultó totalmente inofensivo y, al día siguiente, se tomó la batería de Punta Sigüenza sin ningún problema. Estaba abandonada. Las fajinas se encontraban medio desechas y sus 7 hombres de guarnición, antes de huir y caer prisioneros, se habían limitado a clavar los 3 cañones de que disponían para hacerlos inutilizables<sup>70</sup>. Poco después llegaron noticia del teniente de navío Juan Antonio de Riaño: en unos cinco días los 900 hombres procedentes de Mobila y Nueva Orleans llegarían a río Perdido.

*Retrato del capitán de granaderos Robert Hay de Spott y Lawfield. Muestra el uniforme estándar de la infantería británica durante la guerra de independencia de los Estados Unidos. Los granaderos, ataviados con su famoso morrión de piel de oso, componían una de las dos compañías «de élite» o flank companies de todo batallón —la otra era la compañía ligera—.*

*Aunque habían vivido su más gloriosa etapa en el siglo XVII, en el XVIII eran sinónimo de tropa selecta, y aún habrían de alcanzar su mayor fama con la guardia imperial de Napoleón Bonaparte.*

*El autor de la obra, pintada en 1790, el artista escocés sir Henry Raeburn sirvió en el 23.º de infantería, los Fusileros Reales, y participó en la mayor parte de los combates de la contienda. Museo del Louvre, París.*



Como estaba previsto, Gálvez ordenó la instalación de una pequeña batería en el lugar que antes ocupaban los ingleses, con ella obligó a cañonazos a retirarse al fondo de la bahía a las dos fragatas. No obstante, durante la noche, el bergantín *Childers* del comodoro Chadwick Lyndon logró pasar entre

<sup>70</sup> La operación consistía en introducir un clavo por el fogón de la pieza.

la flota española y poner rumbo a Jamaica. Llevaba una carta de Campbell en la que explicaba su situación y pedía refuerzos.

### **2.7.1 Manu militari**

Hagamos ahora un alto en nuestro relato —justo cuando vamos a pasar al suceso que convertiría a Gálvez en un mito—, para explicar un poco por encima las cuestiones más estrictamente militares de esta historia.

Es parte de la leyenda patriótica de la revolución americana que los sublevados luchaban contra el mejor ejército de Europa. No es cierto. Los británicos hacía décadas que estaban por detrás del ejército prusiano en cuanto a educación de oficiales y formación de soldados. Incluso del español, que pese a sus deficiencias heredadas de épocas anteriores y su escalafón de jefes y oficiales por méritos nobiliarios, desde la llegada de Carlos III copiaba el modelo prusiano.

En los regimientos británicos un excesivo celo militar se consideraba poco caballeroso. En lo posible, los oficiales dejaban todos los asuntos referentes a ese tema «abandonados» —y esa es la palabra exacta— en manos de los sargentos y cabos. Eso, no ocurría en el español. Lógicamente, esa fue también la actitud heredada por el ejército estadounidense en los primeros años de la guerra hasta que se hizo cargo de su instrucción Friedrich von Steuben, un oficial prusiano que, fiel a su tradición, obligó a los oficiales a realizar la instrucción con sus unidades.

Además, el ejército británico en América del Norte sufrió durante la guerra una serie de carencias que lo convirtieron en una caricatura de sí mismo. Era pequeño y sin artillería; no tuvo un sistema de reclutamiento viable desde que Nueva Inglaterra quedó bloqueada; le faltaba un sistema de suministro organizado y, sobre todo, muchos de sus oficiales y soldados, ni tenían formación adecuada, ni eran suficientemente capaces, ni lo bastante profesionales. Por eso, es injusto cuando sin unos mínimos conocimientos se critica al ejército español que intervino en América, o se piensa, como se lee muy a menudo en obras y artículos anglosajones, que Gálvez hizo su campaña con un grupo de desarrapados. Curiosamente, una idea que no entendemos muy bien por qué, ha arraigado tanto últimamente entre los autores españoles. Puede que sea para darle a él mayor importancia, pero si es así se equivocan. Precisamente la petición incesante de tropas regulares profesionales cuando llegó el momento de la verdad, fue su mayor mérito. Sabía que estaba ante una oportunidad única y no estaba dispuesto a desaprovecharla.

En el ejército británico, la estructura de unidad permanente era el regimiento, normalmente con uno o dos batallones. Lo mandaba un coronel

que compraba el cargo y lo levantaba a sus expensas, con dos oficiales de campo adicionales: un teniente coronel y un mayor —comandante—. Permanecer en el campo de batalla con sus hombres como hacían generalmente los jefes españoles tampoco era lo normal en los coroneles británicos. Muchos ni siquiera viajaban con el regimiento, se quedaban en la metrópoli, en sus distritos de origen, y dejaban todos los asuntos de guerra en manos del teniente coronel. Lógicamente, como no había ningún sistema de formación estándar para los oficiales o soldados, los regimientos variaban mucho en competencia y fiabilidad según el compromiso profesional de sus jefes, en particular de su teniente coronel y de su comandante.

Otro problema que tenían en América era la intendencia básica. Puesto que el coronel pagaba una considerable suma para mantener su regimiento en todos los aspectos —excepto las armas que las proporcionaba un depósito central—, se esperaba que tanto oficiales como soldados pudieran alimentarse y alojarse con su salario.

Cuando las unidades se trasladaban, generalmente encontraban albergue en casas de civiles. Ponían sus recursos en común y compraban alimentos a los ganaderos y agricultores de la zona, lo que hacía que alrededor de un ejército en campaña acampado apareciera un floreciente mercado autóctono. Pero ese sistema, similar al que aplicaban todos los ejércitos en Europa, no funcionaba en América. Grandes áreas del país estaban escasamente pobladas, y era poco realista, como tenían por costumbre, depender de la oferta local. Ningún comandante británico llegó nunca a entender por completo que no hubiera gente en los cientos de kilómetros de bosques que se veía obligado a atravesar, habitados solo por indios salvajes y algunos colonos emprendedores. Una lección que los españoles hacía mucho tiempo que habían aprendido.

En cualquier caso, y aunque todas las anteriores fueran ya por sí suficientemente importantes, la mayor dificultad a la que se enfrentaron los británicos —generalizada en todos sus regimientos— fue el reclutamiento. No existía un sistema de depósito, y cada unidad se encargaba de obtener sus propios hombres. En consecuencia, mientras el regimiento se encontraba en el extranjero, al piquete encargado de la leva, que actuaba en Gran Bretaña, le resultaba casi imposible conseguir reemplazos que estuvieran dispuestos a cruzar el Atlántico para cubrir las bajas. Es cierto que había en América algunos hombres leales a la corona dispuestos a alistarse, pero preferían hacerlo en unidades locales en vez de comprometerse a una vida de servicio militar en los regimientos reales, que nunca se sabía dónde podían terminar. Y todo eso, sin contar las desertiones. Muchos soldados cambiaron de bando por un simple ascenso en el Ejército Continental cuando las cosas empezaron a ir mal. Para cubrir sus bajas y las de los caídos en el campo de batalla, Londres no



podía hacer otra cosa que mandar regimientos al completo. A su llegada, el proceso volvía a repetirse.



El teniente coronel William Fitch y sus hermanas Sarah y Anne. *El retrato es una alegoría de la muerte de su protagonista. Fitch, nacido en Nueva Escocia en 1756, se prepara para partir en un magnífico corcel. Tras haber combatido en la guerra contra los estadounidenses, compró el cargo de teniente coronel del 83.º de a pie, organizado en Dublín en 1793. Falleció en combate en Jamaica dos años después. Copley copió el rostro de su amigo de una imagen anterior. Sarah tiende su mano al hermano perdido y Anne viste de luto. El ánfora es un emblema funerario. La puesta de sol, un recordatorio del paso del tiempo.* Obra de John Singleton Copley realizada en 1800. Galería Nacional de Arte, Washington.

A pesar de todas estas desventajas, no vamos a negar que varios regimientos como la guardia, los escoceses, o el *Royal Americans*, demostraron ser unidades de combate formidables. La guerra les proporcionó una experiencia que, bien aplicada, permitió al ejército británico acometer una profunda remodelación y obtener sus frutos durante las campañas napoleónicas. Hasta entonces, la derrota ante los revolucionarios americanos se vio entre la opinión pública como una humillante vergüenza que debía olvidarse cuanto antes. La siempre tradicional y racional Gran Bretaña fue tan cruel con sus compatriotas vencidos como lo serían después el resto de países de su entorno, incluida España. Los soldados que lucharon en

condiciones extremadamente duras durante 6 años para mantener la corona británica, regresaron a casa solo para ver cómo se los ignoraba. Victorias como Long Island o Brandywine nunca se bordaron como honores de batalla en las banderas de ninguna unidad.

### 2.7.2 «Yo solo»

Un incidente que nunca se ha estudiado lo suficiente, y se ha dejado en manos de la tradición, es la entrada de Gálvez en la bahía de Pensacola.

El día 11, Gálvez tuvo su primer percance serio. Intentó acceder a su interior con el buque insignia en cabeza, y se lo impidió un banco de arena, que acabó por producir daños en la tablazón. El hecho alarmó a los mandos de la armada y, de inmediato, pusieron objeciones a seguir adelante. Desconocían los fondos marinos y no pensaban ni remotamente ponerse al alcance de las baterías inglesas que defendían la bahía sin los datos imprescindibles. Ciertamente era una maniobra peligrosa, pero en el fondo pesaba mucho más la enemistad de Calvo con Gálvez, que las cuestiones navales.

Antes de zarpar de La Habana, Calvo había solicitado expresamente a Bonet, su superior, que le precisara con exactitud y por escrito los límites en los que debía de obedecer al comandante en jefe de la expedición. El oficio, fechado el 6 de febrero lo ponía bajo las órdenes de Bernardo de Gálvez en lo referente a la conquista de la plaza, aunque «sin separarse en lo demás de lo que previenen las Reales Ordenanzas de la Armada, y procurando que en todos los buques de su mando se observase la exacta disciplina que en ellas se previene». Eso le dejaba las manos libres.

A Gálvez, dado como habían ido hasta entonces todos los intentos de aproximación a Pensacola, lo que más le alarmaba era que un cambio meteorológico que se había previsto los pillara fuera de la bahía y degenerara en una tempestad en mar abierto que los obligara de nuevo a retirarse, esta vez con parte de los hombres y pertrechos ya en tierra. Mantuvo conversaciones con Calvo, pero comprendió pronto que no conseguiría doblegarlo, a pesar de que contaba con el apoyo de la mayoría de los oficiales de la escuadra. Su única opción fue enviar a Mobila a Miró, para que el traslado de los hombres de Ezpeleta se acelerase. Todas las tropas en Luisiana y en las zonas ocupadas de Florida estaban bajo su mando, y allí ni Navarro, ni menos Calvo Irazábal, podían oponerse a sus órdenes.

La noche del 16, inquieto e impaciente, envió al *Gálveztown*, patroneado por Pedro Rosseau, a que realizara mediciones. Entró en la bahía y efectuó varios sondeos. Todos dieron resultado positivo y así se lo comunicó al jefe de la flota. A pesar de ello, amparado en sus órdenes y dado que seguía convencido

de que el fondo era insuficiente, Calvo mantuvo su negativa a entrar hasta que fuera la armada la que hiciera los cálculos oportunos.

Solo aguantó un día más. A primera hora de la tarde del 18, a bordo del *Galveztown* y acompañado de todas las naves que se encontraban bajo su mando directo: dos cañoneras y la balandra *Valenzuela* —que era la nave de Riaño, llegada el día anterior de Mobila—, Gálvez, harto de discutir, levó anclas, envió una salva de saludo a los buques de la armada y, tras pasar junto a ellos, maniobró lo suficiente como para coger el viento y poner proa a la bahía con la bandera desplegada.

Todo marchó bien a pesar del fuego desde Barrancas Coloradas y los poco más de 15 disparos que realizó el *Galveztown*. Las balas de cañón cortaran jarcias y agujerearon velas, pero no produjeron muchos más daños ni ocasionaron bajas. Más que un acto heroico en sí era un claro desafío a la armada. Había nacido el lema que acompañaría la leyenda de Gálvez: «Yo solo».

Una vez el comandante en jefe estaba dentro de la ensenada a salvo de la artillería británica, ya no había opción. Tras un consejo de guerra celebrado a primera hora del 19, los navíos se internaron uno a uno en la bahía, donde quedarían a resguardo en caso de tempestad, por el mismo camino que habían utilizado los buques de Gálvez. Solo Calvo Irizábal, que aún tenía el *San Ramón* lastrado, obcecado y perdido el prestigio entre sus capitanes, decidió poner rumbo a La Habana tras una última carta con la que intentaba justificar su conducta: «En inteligencia de no poder entrar o no ser aquí necesario —le escribió a Gálvez—, me veo en la necesidad de retirarme a La Habana, para que hecha la aguada, víveres, y puesto el navío en su estiba, vuelva aquí a continuar el curso sobre este puerto, o para incorporarme en la escuadra que se dirija a la conquista de Jamaica u otra expedición». Cinco días, con el viento del sureste en contra, tardaría en poder levar anclas camino de Cuba. Desde allí, Calvo enviaría una larga carta al ministro de marina quejándose de la actitud de Gálvez.

No es esta, mucho más razonable, la versión que más crédito ha tenido en los últimos años, si no un épico relato nacido en 1952 de la pluma del sacerdote e historiador mexicano Guillermo Porras Muñoz del que, como es lógico, no hay constancia oficial escrita. Según él, Gálvez envió a Calvo un regalo junto a una carta que fue leída en el puente del *San Ramón*. Decía: «Una bala de a 32 recogida en el campamento, que conduzco y presento. Es de las que reparte el fuerte de la entrada. El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el *Galveztown* para quitarle el miedo». Calvo contestó lo suficientemente alto como para que le oyeran todos los oficiales que estaban a su alrededor: «El general es un audaz malcriado, traidor al rey y a la patria, y por el insulto que acaba de hacer a mi persona y a todo el cuerpo de marina lo

pondré a los pies del rey; el cobarde lo es él, que tiene los cañones por culata. Otra vez, semejante recado me lo debe mandar por un hombre ruin y no por un oficial, para tener la satisfacción de colgarlo de un penol<sup>71</sup>».

Es muy evidente, dada la época y los protagonistas, que ese enfrentamiento tan radical es falso. Además, ni siquiera aparece en el *Diario de operaciones contra la plaza de Penzacola* que escribió Gálvez, del que gracias a unos buenos amigos de la Universidad de Harvard, conseguimos hace ya años un magnífico ejemplar en cuarto de la primera edición publicada en La Habana en 1781. Citamos textualmente algunos de sus párrafos:

Reconociendo el general que se tardaba demasiado en resolver la entrada de la escuadra con el convoy, y temiendo que tal vez por algún recio viento se viese obligada a dar la vela para no estrellarse en la costa, dejando por consecuencia abandonadas las tropas en la isla sin medios con que subsistir en ella, determinó ser él mismo el primero que forzase el puerto, en el firme concepto de que este último recurso podría estimular a los demás a que le siguiesen; y con efecto la tarde del 18 a las dos y media de ella se embarcó en un bote para ir a bordo del bergantín *Galveztown* que se hallaba fondeado a la boca del puerto de Panzacola; y después de haber arbolado una corneta, hecho por este buque el saludo correspondiente, se hizo en él a la vela seguido de dos lanchas cañoneras y de la balandra del mando de don Juan Riaño, únicas embarcaciones que se hallaban privativamente a sus órdenes. El fuerte de las Barrancas hizo todo el fuego posible con particularidad al *Galveztown*, no pudiendo ignorar por la insignia que llevaba que en él iba el general; pero a pesar de sus esfuerzos entró en el puerto sin el menor daño.

A vista de esto determinó la escuadra hacer su entrada el día siguiente a excepción del navío *San Ramón* que ya se había lastrado. El 19 a las 2 de la tarde se hizo a la vela el convoy precedido de las fragatas del rey, y desde que la primera comenzó a sufrir el fuego hasta que todo el convoy se halló libre de él, medió una hora sin que del extraordinario fuego que hizo el fuerte de los *Red Cliffs* en las Barrancas, no obstante las averías que causó a los buques, resultase la menor desgracia personal.

Puede alegarse que esta primera edición, parte de cuyo texto apareció publicado en la *Gazeta de Madrid* quizá fue censurada por José de Gálvez, como afirman varios autores, pero no lo creemos plausible. El ministro no ganaba

---

<sup>71</sup> Esa contestación se publicó por primera vez en 1929 en *El diario de Penzacola*, de Francisco de Miranda, perdido durante más de un siglo. Dado, como veremos, el odio que Miranda sentía hacia Gálvez, es, sin ninguna duda, una invención.

*La bahía de Pensacola. Su entrada estaba protegida por las baterías de Punta Sigüenza, en rojo a la izquierda de la isla, y Barrancas Coloradas, también en rojo, situada más o menos enfrente. Arriba, en el centro, están el pueblo y el puerto, y un poco más al norte, sobre un escarpado, los fuertes. A pesar de haberse fundado la ciudad en 1698, hasta julio de 1761 los buques de la armada no tuvieron ninguna carta náutica fiable de la zona con las profundidades del fondo. La realizaron los pilotos de la fragata Tetis y el paquebote Marte. Calvo Izabal se mostraba reacio a utilizarla, pues pensaba que en veinte años se podían haber alterado las mediciones en el canal de acceso. Biblioteca Nacional, Madrid.*







nada con ello. Al contrario, dado el resultado de las operaciones, le hubiese favorecido su publicación.

En cualquier caso, siempre se le dan en España demasiada importancia a estos datos para ensombrecer incluso las victorias. Como si no fuese suficiente el triunfo sobre el enemigo y hubiese que aliñarlo con disputas internas. Incluso aunque se hubieran enfrentado de una forma tan grosera y escandalosa, no dejaría de ser un detalle menor que en nada influyó en el curso de los acontecimientos los días posteriores.

La mañana del día 20 las tropas establecieron los campamentos necesarios y comenzaron los preparativos para el asedio. Gálvez escribió a Campbell para —al mejor estilo de la guerra entre caballeros del siglo XVIII—, fijar las reglas del encuentro que se avecinaba y, de paso, recordarle que los españoles no habían destruido las posesiones inglesas al recuperar La Habana, por lo que se esperaba de él una actitud similar. Se acordó que los combates se reducirían a Barrancas Coloradas y Fort Saint George y dejarían al margen a la población civil, que podría quedarse sin riesgo alguno en la ciudad.

Mientras, por kilómetros de sendas y caminos casi impracticables, entre los pantanos y el húmedo sotobosque, a través del zumbido de hordas de moscas negras que caían sobre los soldados exhaustos y sudorosos, con sus pesados capotes con faldones atados a la cintura, calzones ajustados y altas polainas abotonadas hasta la rodilla —las espaldas dobladas por el peso del mosquete, la bayoneta, la mochila, la cantimplora y los cartuchos—, los hombres de Ezpeleta avanzaron tan rápido como pudieron. Muchos enfermaron por la picadura de los mosquitos de la malaria, otros se lesionaron por los resbalones y las caídas en el pestilente barro y algunos sufrieron mordeduras de las serpientes venenosas que se escondían entre la vegetación. Nada los detuvo. El día 22, a las nueve y media de la mañana, llegaron a Santa Rosa para incorporarse a la expedición. Con ellos, las tropas a disposición de Gálvez llegaban ya a los 3600 efectivos, una cantidad adecuada para confiar en tomar la plaza.

Desde el primer momento todos los mandos españoles fueron conscientes de que había que completar el cerco cuanto antes y lanzarse al ataque. En caso contrario las enfermedades tropicales cusarían un número mayor de bajas que las producidas en combate. Ingenieros, soldados y obreros transportaron esos días cientos de toneladas de suministros, y armamento hacia el campo de batalla. Se cavaron trincheras y reductos. Luego se extendieron los trabajos de mina hacia las posiciones enemigas, con zanjas lo suficientemente amplias como protege a las tropas que desplazaban los morteros y la artillería de campaña, de la metralla, granadas y obuses, que lanzaban los británicos.

Los indios, buenos conocedores del terreno fueron los primeros en realizar incursiones sobre las posiciones españolas para intentar detener los trabajos de construcción de los reductos. Con frecuencia, aunque no hacían

muchas bajas, los combates acababan en extenuantes luchas a la bayoneta. El día 25 una partida atacó los puestos avanzados y mató a varios hombres que estaban de guardia, «cometiendo con los cadáveres —según el informe— su acostumbrada crueldad de arrancarles las cabelleras y otras». Lo mismo que ocurría con los prisioneros capturados en las escaramuzas, que eran terriblemente torturados. De nada sirvió que los mandos de ambos bandos intentaran limitar esa costumbre.

El audaz gobernador de Luisiana intervino varias veces en los combates de forma directa y fue herido dos veces. Una bala le acertó en el abdomen y otra le alcanzó un dedo de la mano izquierda, pero preferió mantenerse cerca de sus hombres. Cuando se agravó su estado le sustituyó el ya brigadier Ezpeleta. Respecto a la lucha, fue dura y difícil. El clima de la región, las lluvias que anegaban las trincheras, el barro, los mosquitos, el calor y la humedad, hacían la vida insoportable. Aun así, los soldados aguantaron estoicamente todas las carencias y privaciones.

Una característica importante de todas las batallas de esta época, que suele comentarse poco, era la cortina de humo de pólvora que generaban cañones y mosquetes. Según progresaban los combates, las armas acumulaban más suciedad y era cada vez más difícil cargar y disparar de manera eficiente. En Florida, con la humedad, se agravaba ese deterioro, lo que obligaba a los soldados a extremar el cuidado de sus fusiles de chispa.

Durante las primeras semanas de abril, se reconocieron a fondo las fortificaciones británicas. Había dos reductos para defender Fort George: el de la Media Luna y el del Sombrero. Ambos estaban protegidos por parapetos de tierra coronados por una empalizada que se había construido bajo la dirección de Campbell al año anterior.

El 19 de abril los vigías de Santa Rosa divisaron unas velas en el horizonte. La preocupación de suponer que se trataba de los refuerzos que Campbell esperaba de Jamaica dejó paso enseguida a una enorme tranquilidad. Era la flota de apoyo de José Solano, que transportaba 1600 soldados españoles<sup>72</sup> de refuerzo al mando del mariscal de campo Juan Manuel Cagigal, y 800 franceses. Con ellos el ejército de operaciones que ahora disponía de 15 navíos de línea, 4 fragatas, 30 transportes y más de 7000 hombres en tierra podía plantearse continuar la campaña hacia el interior si era necesario.

Para ayudar a su movimiento e instalación, las tropas se dividieron en cuatro brigadas. Tras reconocer el terreno y elegir el punto de emplazamiento de las nuevas piezas disponibles continuó el duelo artillero. Se mantuvo durante

---

<sup>72</sup> Exactamente 1617. Sacados de los regimientos del Rey, Soria, Guadalajara, España, Navarra, Hibernia, Aragón, 2.º de infantería ligera de Cataluña, Flandes y fijo de La Habana. 62 soldados pertenecían a la artillería.

todo el mes. El español, constantemente hostilizado por incursiones de los indios, que disparaban sobre los puestos avanzados desde la espesura del bosque.



*Botado en La Habana en 1775, el San Ramón era un navío de 64 cañones distribuidos en dos cubiertas —algo más pequeño que este, que es de 74 cañones—. Su dotación, entre oficiales, marineros, artilleros e infantes de marina ascendía a unos 500 hombres. Naufragó en Cádiz, el 6 de marzo de 1810, durante un temporal. Dibujo de Alejo Berlinguero de la Marca realizado aproximadamente en 1800. Museo Naval, Madrid.*

Cuando llegó mayo todos los buques británicos del puerto habían sido hundidos por sus propias tripulaciones, destruidos o capturados por los españoles. Durante los tres primeros días del mes se realizó el intercambio de disparos de artillería más intenso producido hasta entonces. El cuarto, tras una larga serie de cañonazos que se prolongaron toda la mañana, un grupo de 200 de los sitiados realizó una salida salvaje que sorprendió a tres compañías de granaderos de los regimientos Mallorca e Hibernia, situados en Pine Hill, una ventajosa posición entre altos árboles próxima al fuerte. Pasaron a cuchillo a todos los que intentaron resistirlos, capturaron a varios oficiales y clavaron cuatro cañones. Fue la última acción de cierta entidad que realizaron los británicos. Los días posteriores ya solo combatieron a la desesperada.

Los días 5 y 6 de mayo, otra tormenta tropical golpeó a las naves españolas. Solano se vio obligado a retirarse por temor a que sus buques

quedaran destruidos contra la costa y se situó frente a la bahía para protegerla de la llegada de posibles refuerzos ingleses. A partir de ese momento el ejército continuó el asedio sin ningún apoyo. El 7, dado que estaban tan escasos de las imprescindibles balas del calibre 24 que debían utilizar las lanzadas por los ingleses, y no había seguridad de que Solano pudiera acercarse, Gálvez decidió acabar de una vez por todas y asaltar Fort Crescent —el recinto de la Media Luna—, ya bien a la vista.

El general William Johnson salva la vida del barón Dieskau en la batalla del lago George, en 1755. *La pintura promueve normas civilizadas ante la ferocidad de los «salvajes», que tanta preocupación despertaban en los europeos. El 20 de noviembre de 1777 William Pitt denunció en la Cámara de los Lores los actos de violencia de los auxiliares indios, pero una cosa era vivir en Londres y otra muy distinta combatir en América. Para generales como Campbell, dejarles manos libres era imprescindible<sup>73</sup>.* Obra de Benjamín West realizada entre 1764 y 1768. Museo y Galería de Arte de Derby.



El objetivo dominaba una altura cónica con una empinada cuesta de uno 750 metros. Sus recias paredes de un oscuro gris, parecían suavizarse en parte por el frondoso verde que lo rodeaba y la sombra de algunos árboles próximos. Los muros los custodiaban una maraña de maleza y decenas de

<sup>73</sup> George Washington también se vio involucrado en estas violentas actividades, cuando era oficial británico. El 28 de mayo de 1754, al principio de la Guerra de los Siete Años en América, permitió al jefe indio Tanaghrisson partírle el cráneo a un oficial francés prisionero, Joseph Coulon de Jumonville, y lavarse las manos con su cerebro, para sellar su alianza con Inglaterra. El asunto Jumonville, sobre el que aún hoy hay discrepancias dado su protagonista, causó por entonces en Europa un enorme escándalo.

árboles talados con sus puntas afiladas hacia fuera. Campbell y sus oficiales estaban convencidos de que era imposible subir por la pendiente sin sufrir un elevado número de bajas, y mucho menos fortificarla para cubrir a los asaltantes. Su altura, un tanto escarpada, «la hacía accesible solo para las cabras» —comentó el general en uno de los paseos de inspección que hizo con ellos—, a lo que le contestó uno de los ingenieros con algo de desdén y mucha flemma británica: «Cuando una cabra puede subir, puede hacerlo un hombre, donde llega un hombre, puede hacerlo un arma».

El ataque que preparaban los españoles, dirigido por el brigadier Jerónimo Girón, iba a ser nocturno. Lo llevarían a cabo repartidos en tres divisiones 900 hombres de los granaderos de la infantería de marina, los granaderos de los regimientos Soria, Príncipe, Navarra, Guadalajara, España y La Habana, y las compañías de cazadores de Príncipe, Navarra, La Habana, Soria, Aragón e Hibernia; más dos compañías ligeras francesas. Servían de guías un desertor del Waldeck y otro del regimiento americano pero, al llegar el amanecer, las tropas que iban cargadas con escalas, hachas y útiles de asalto, aún no habían alcanzado sus posiciones definitivas, por lo que valorando la vida de sus hombres, Gálvez ordenó suspenderlo.

Finalmente no hizo falta realizar una operación tan comprometida. El día 8, un disparo de metralla de la artillería española —con buena fortuna o debido a los datos suministrados por uno de los desertores británicos— alcanzó el polvorín con sus 105 defensores dentro. Lo destruyó en su totalidad junto a gran parte de la fortificación, las casamatas y los reductos. Según contó luego Campbell, murieron «cuarenta y ocho militares, nueve marineros y un negro». La gigantesca brecha que se abrió la aprovechó la infantería española para lanzar un ataque y tomar los escombros que quedaban. Ese día, antes del asalto final, Gálvez pronunció otra de sus vibrantes arengas:

La hora de España está sonando y sus mejores hijos han de marchar hacia la victoria de sus armas. Muchos de vosotros habréis de morir, pero vuestro sacrificio no habrá sido en vano, porque la Patria habrá de rendiros honores y Dios habrá de recompensaros por la victoria con la infiel y enconada hereje, instigadora de todas las horas, traidora de todos los días, enemiga de todos los siglos, la pérfida Inglaterra. Sois vosotros a quienes se les ha encomendado el destino de España. ¡Ni un paso atrás, el pie siempre al frente, marcha de valientes, carga de vencedores!

Algunos defensores aún resistieron brevemente entre las ruinas a los granaderos y la infantería ligera de Girón y Ezpeleta. Acabaron con ellos, e instalaron en la posición una batería con la que atacar Fort St George. Lo machacaron a cañonazos durante todo el día siguiente. Desde ese momento,

la mayoría de los realistas americanos y los aliados creek desertaron camino de Georgia. Los británicos pudieron devolver el fuego durante unas horas, pero se vieron totalmente desbordados por el bombardeo español. Consciente de que su última línea de defensa ya no podría resistir un asalto, Campbell izó bandera blanca a las 3 de la tarde para solicitar una tregua y poder preparar la capitulación.

Gálvez fijó el traspaso de los fuertes a las tropas españolas y francesas para el mediodía siguiente, 10 de mayo. Finalmente los británicos se rindieron a las cinco de la tarde. Campbell y el vicealmirante *sir* Peter Chester, gobernador de Florida Occidental, se entregaron a seis compañías de granaderos españoles y a la de cazadores de la brigada francesa, a la cabeza de 1113 hombres. Cedían todas sus banderas, artillería y pertrechos —123 cañones, 4 morteros, 6 obuses, miles de balas y cientos de fusiles y bayonetas<sup>74</sup>—. El día 11, se ocupó Barrancas Coloradas.

Las bajas británicas eran de 105 muertos y 382 heridos. Las españolas de 74 muertos y 198 heridos. Los franceses solo tenían 3 muertos y 26 heridos. Pensacola y Florida Occidental eran de nuevo españolas. Gálvez acababa de lograr una gran victoria que sumar a la conquista del bajo Misisipi.

Tanto por este triunfo como por el magnífico trato dado a los civiles capturados en Pensacola, el general español obtuvo una enorme fama que aumentó cuando ofreció a los prisioneros la posibilidad de ser enviados a Nueva York con la promesa de no volver a combatir contra España o a sus aliados. Al gobernador Chester, lo devolvió a Londres. No es de extrañar que tanta generosidad llegase a enfadar a los norteamericanos, que presentaron una protesta formal.

Entre el 18 y el 20 de mayo, las tropas españolas reembarcaron en la escuadra de Solano, que llevaba casi dos semanas alejado de la costa a causa del mal tiempo. Gálvez se quedó en Pensacola con el coronel del Hibernia, Arturo O'Neill, el nuevo gobernador de la plaza, para organizar la defensa. Cuando las dos líneas que formaban los navíos españoles se hicieron a la vela para aprovechar cuanto antes el viento que soplaba del Oeste, los buques franceses, con sus unidades a bordo, avisaron de que quedaban fondeados a la espera de la fragata *Andromaque*. Dos días más tarde ambas escuadras lograron reunirse en mar abierto, antes de llegar a La Habana. La mañana del 30, sin mayores incidencias, todos los buques anclaron en la amplia bahía de la capital cubana.

---

<sup>74</sup> 30 712 cartuchos con bala, 2142 fusiles y 1208 bayonetas. Las banderas eran dos del Waldeck y una de artillería. Todas las que se tomaron en la campaña, salvo una que se quedó Gálvez y hoy está en el Museo del Ejército de Toledo, fueron entregadas a la Mesa de la Guerra, en 1783.





*Uniformes españoles en Pensacola. De arriba abajo y de izquierda a derecha: soldado del 2.º batallón de infantería ligera de Cataluña, oficial de ingenieros, granadero del regimiento de Hibernia y granadero del regimiento de Aragón. Dibujos publicados en el Estado Militar de España de 1790.*

Saavedra, que había viajado a Pensacola con los refuerzos de Cagigal, regresó un poco antes. Desembarcó la mañana del 26 y ese mismo día, tras comunicar la victoria a los miembros de la Junta de Guerra, les hizo partícipes de las nuevas órdenes del rey: Navarro, Navia y Bonet eran destituidos. Como gobernador interino de Cuba quedaba Cagigal; Gálvez ocupaba el puesto de general del ejército de operaciones y Solano pasaba a ser el nuevo comandante de marina de La Habana. No podía negarse que la sombra del ministro de Indias llegaba muy lejos.

El teniente Michel Dragón. *Nacido en Atenas, Grecia, en 1739, emigró a Nueva Orleans alrededor del año 1760 como soldado del ejército francés. En 1764, cuando España asumió el control de Luisiana, Dragón recibió una comisión en la milicia. Por sus distinguidos servicios en Pensacola fue ascendido a teniente segundo y recibió un nombramiento para el ejército regular en 1792. Grandes áreas del lienzo se han desfigurado debido al exceso de pintura aplicada durante décadas por pésimos restauradores.*

Obra realizada en 1810 atribuida a Luis Godefroy. Museo Estatal de Luisiana.



Solo quedaba un fleco por resolver. La mañana del 22 de abril se había producido en la lejana retaguardia española un suceso totalmente inesperado: una revuelta entre la población de Natchez. Animados por Campbell desde Pensacola, doscientos simpatizantes británicos que habían prometido al ocupar España el territorio no volver a tomar las armas, se alzaron bajo la dirección de John Blommart, un terrateniente suizo nacido en Ginebra, y atacaron el fuerte de Panmure. Sus 76 defensores al mando del capitán Juan

de la Villebeuvre<sup>74</sup> resistieron con valentía trece días, pero el 4 de mayo no tuvieron otra opción que rendirse.

Gálvez intentó desde el primer momento solucionar el conflicto por la vía de la diplomacia, pero las intenciones de Blommart eran muy distintas: esperaba reunir fuerzas suficientes para amenazar incluso Nuevo Orleans.

Los rebeldes no pudieron saborear su triunfo mucho tiempo. Desde el momento que les llegó la noticia de la rendición de Campbell, su causa era inútil. Muchos abandonaron las armas y la región, para evitar represalias, camino del territorio de los chickasaw o los choctaw, pero un pequeño grupo se mantuvo desafiante. Contra ellos partió con 40 hombres el capitán de la milicia Esteban Robert de la Morandiere.

El 14 de junio Morandiere llegó a Point Coupee, cerca de Baton Rouge, donde preveía que se iba a realizar un nuevo ataque, y publicó una proclama por la que se concedía la amnistía a todos los sublevados de los alrededores. Luego continuó su avance hacia Natchez. Cuando llegó a Fuerte Panmure quedaban Blommart y tres rebeldes que fueron apresados y enviados a Nueva Orleans para ser sometidos a juicio. Blommart fue condenado a muerte y todas sus propiedades confiscadas, pero más tarde se le conmutó la pena capital.

A pesar de las buenas palabras de los colonos, su actitud obligó a que se mantuviera la «limpieza» de rebeldes durante todo el verano. En total se arrestó y se embargaron todos los bienes de 70 realistas más, que se negaron a prestar juramento de fidelidad. Conviene no olvidar que a pesar de la caída de Pensacola, los británicos mantenían todavía buenas relaciones con las tribus indias, y desde sus fuertes avanzados aún podían dirigir incursiones contra las posiciones ocupadas por los españoles. Además, los colonos de la región eran en su mayoría leales a Jorge III, dispuestos, como hemos visto en el caso de Natchez, a alzarse en armas a la menor ocasión. Eso supuso mantener en alerta a un buen número de tropas sobre esos enemigos encubiertos, que no se resignaban a aceptar el cambio de gobierno.

Tampoco era cuestión de engañarse. A pesar de todo lo sucedido, Londres aún mantenía sólidas posiciones en América. Controlaba buena parte del territorio de las Trece Colonias, Canadá, Nueva Escocia y Terranova y, en el escenario del Caribe y el Golfo de México, Florida Oriental, Bahamas,

---

<sup>74</sup> De la Villebeuvre, que había vivido con los indios, y el coronel José Martín protagonizarían el 14 de mayo de 1790 la firma de un tratado de amistad con el rey de la facción española de la nación Chickasaw, Taki Etoka, y el gran jefe de los Choctaw, Franchimastaba, en el que se distribuían las tierras de las 3 naciones. Aunque llevó la paz a la región, nunca fue reconocido por el general Washington ni por los chickasaw aliados de los americanos.

Jamaica y varias islas menores. Ahora las armas españolas eran una amenaza tan importante que podían incluso expulsar a Gran Bretaña de todos esos emplazamientos si la guerra se prolongaba —algo inimaginable tan solo unos años antes—, pero había que mantenerse firme.

Es cierto que las unidades regulares inglesas y las fuerzas leales no eran ya capaces de reconquistar el territorio perdido y, enredadas en una guerra desfavorable contra los norteamericanos y sus aliados franceses, no disponían de capacidad para impedir que los colonos insurrectos se saliesen con la suya. No obstante, la *Royal Navy* seguía invicta en el mar y, a pesar de los éxitos de los corsarios y de la amenaza de las flotas combinadas de España, Francia y Holanda —que acababa de sumarse al conflicto—, el Parlamento todavía confiaba en poder llegar a una paz ventajosa.

Para todos esos países la única posibilidad de que los ingleses se diesen por vencidos, y esta vez eso sí era una realidad, era continuar la presión de forma conjunta. En el caso español había además poderosas razones para proseguir la guerra. Por una parte, el hecho de que los británicos aún ocuparan Menorca y Gibraltar, objetivos esenciales para Carlos III. Por otra, que el conflicto proseguía con intensidad en Centroamérica.

## 2.8 EL PODER DEL DINERO

EN JULIO, EN UN NAVÍO DE GUERRA anclado en Cap François, se reunieron dos hombres para idear un plan con el que continuar la campaña en 1782. Era la una de la madrugada del día 17, y tras la copiosa cena, los ventanales de popa del inmenso *Ville de París*, abiertos a la refrescante brisa nocturna, permitían soportar algo mejor el húmedo y pegajoso calor del Caribe. La intención de ambos era alinear los recursos militares y financieros de Francia y España para dar un último apoyo a la causa revolucionaria americana y acabar definitivamente con Inglaterra. Durante horas desarrollaron una impresionante lista de opciones para hostigar a su enemiga.

El proyecto, conocido tras su ratificación en Madrid y París como el Convenio De Grasse-Saavedra, tenía objetivos de largo alcance. Entre ellos, tomar posesión de varios puntos de las Islas de Barlovento —Barbados y Antigua—, donde las flotas inglesas situadas en fortalezas protegidas amenazaban posesiones francesas y españolas, y conquistar de una vez por todas Jamaica<sup>75</sup>, el centro de la riqueza británica en esa parte del mundo. Pero de momento,

---

<sup>75</sup> España la había perdido en 1655, un episodio que ya contamos en nuestra obra *Naves mancadas*. EDAF, 2013.

para evitar futuros contratiempos, ambos estuvieron de acuerdo en que el primer golpe había que darlo en Norteamérica. De Grasse y su flota tomarían posesión de la bahía de Chesapeake, y se moverían hacia el interior a través de los ríos para cortar la retirada y evitar la llegada de refuerzos al ejército británico que se encontraba en esa zona. Al mismo tiempo las tropas de Washington, Rochambeau y Lafayette lo rodearían para destruirlo por completo u obligarlo a rendirse. Cuantas menos tropas tuviera Londres a su disposición, más difícil sería que auxiliase a las islas y, de momento, ya tenía también bastante tarea en Gibraltar y Menorca.



*Cap François, en la isla de Santo Domingo, desde 1670 el puerto natural tradicional de la flota francesa en el Caribe. Biblioteca Nacional de Francia.*

De Grasse planeaba utilizar para su cometido no más de 24 de navíos de línea y dejar 4 o 5 para proteger el comercio francés. Sugirió también que 4 barcos españoles se unieran a su flota mientras navegaba hacia Chesapeake, para evitar sorpresas, pero Saavedra, diplomáticamente, se negó a participar en esa operación. Le señaló al almirante que España aún no había reconocido formalmente la independencia norteamericana, y tal vez podría haber alguna objeción política para dar un paso que parecía dar por supuesto ese reconocimiento. Sin embargo —le ofreció a De Grasse—, podría llevarse todas sus unidades de combate a Chesapeake si los 4 navíos españoles se dedicaban a proteger los buques mercantes franceses en Santo Domingo. El almirante no dudó en aceptar la propuesta.

Una vez solventados los problemas navales se presentó la solicitud de fondos del teniente general Rochambeau. En mayo había comunicado que su ejército y el de Washington necesitaban con urgencia un millón doscientas mil

libras francesas<sup>76</sup>. Los soldados y marinos llevaban varios meses de servicio sin percibir salario alguno, primero durante los preparativos de la expedición en Brest, y luego durante los treinta y ocho días que el enorme convoy empleó en cruzar el Atlántico, y en Dominica no había dinero para pagarlos.

*José Solano y Bote, teniente general de la armada, frente a la Bahía de Santa Rosa, en Pensacola. Nacido en Zúrita, Cáceres, en 1726, sentó plaza en la compañía de guardiamarinas de Cádiz a la edad de 16 años. El 25 de julio de 1784 el rey le concedió el título de marqués del Socorro y lo nombró consejero de estado por su participación en el asedio y toma de la ciudad. Óleo anónimo realizado en el siglo XVIII. Museo Naval, Madrid.*



Se esperaba que en algún momento de principios del otoño llegara a Boston un cargamento de oro, pero con los peligros y la imprevisibilidad de los transportes por tierra, Rochambeau sabía que no podía depender de esos fondos para sufragar la campaña de Virginia. Según su carta, solo le quedaba lo suficiente como para mantener a sus tropas hasta el 20 de agosto, y el Ejército Continental estaba en las mismas condiciones. «No puedo ocultarle señor almirante —escribía—, que estas personas están al final de sus recursos, o que Washington no tiene a su disposición ni la mitad del número de soldados de

<sup>76</sup> Es prácticamente imposible establecer las equivalencias entre países. Gran Bretaña tenía su libra. Francia acuñaba dos distintas, la tornesa y la parisina, con valores diferentes, y España —con el sistema monetario más complejo de todos— disponía de piezas de vellón, nueva plata, vieja plata y plata de México.



que pensaba disponer. Sobre este tema es muy reservado, pero creo que en la actualidad no puede haber más de 6000, con eso está todo dicho». Era cierto. Muchos de los norteamericanos carecían de uniforme y calzado, no tenían armas, pólvora o municiones y también llevaban varios meses sin paga. Además, pasaban hambre, y habían comenzado a desertar.

Para Washington, la única forma de evitarlo era pagarles los haberes atrasados y conseguir el armamento y los pertrechos necesarios. Pero cuando solicitó el dinero a su intendente, Robert Morris, le contestó que prácticamente ya no había fondos y que le resultaba imposible obtener la cantidad en metálico de España o Francia, que no estaban dispuestas a aceptar las devaluadas letras de cambio del Congreso. El caso de Francia parecía obvio, pues la pésima situación de su erario público ni siquiera se lo permitía, pero el de España era distinto. La corte de Madrid consideraba que el monto de la deuda ya era desorbitado y se oponía a aportar más dinero a cambio de unos bonos prácticamente sin valor.

La petición resultaba un reto demasiado difícil, incluso para un hombre tan resolutivo como De Grasse. Su primer paso había sido reunirse con los comerciantes y plantadores de Cap François para pedirles un prestamo y ofrecerles como garantía sus propias plantaciones en Haití. Gracias a eso tenía ya una parte, aunque le faltaban más de 700 000 libras. Si no las conseguían, peligraba el éxito de todo lo acordado. Saavedra se comprometió a intentar solucionarlo.

Siempre era necesario disponer de una economía saneada antes de iniciar un conflicto. «En las guerras modernas la mayor bolsa puede determinar el resultado de las batallas», se había lamentado Washington en 1780 al reconocer que el sistema británico de crédito público «es tal que es capaz de esfuerzos mayores que el de cualquier otra nación». Pero también es cierto que el gobierno provisional rebelde no había previsto ninguna entidad centralizada eficaz que recaudara fondos o impuestos para apoyar la guerra que había iniciado.

Cada año el dinero en monedas de oro y plata se hizo más importante para comprar productos manufacturados en los mercados mundiales en una sociedad que se basaba solo en la agricultura. La paciencia y el entusiasmo patriótico de los ciudadanos se desgastaron enseguida por la aterradora realidad de la guerra contra un imperio bien financiado y abastecido que no dudaba en quemar cosechas si con eso detenía la sublevación. Para solucionarlo el Congreso imprimió más dinero, y la moneda continental inició sin freno el camino a la hiperinflación. Cuando se derrumbó, en mayo de 1781 —al mismo tiempo que una brutal epidemia de viruela asolaba a la empobrecida población—, su relación era oficialmente de 175 a 1. Una cantidad que pasó de inmediato a 525 a 1 por ajuste de las cuentas públicas.

Jorge III, que sufriría terribles convulsiones por una enfermedad mental durante los últimos años de su reinado, estaba muy lúcido y sabía perfectamen-

te que sus finanzas se resentían día tras día, cuando declaró en septiembre de 1780: «Estados Unidos está en dificultades económicas; las finanzas de Francia y España no están en buena situación. Esta guerra, como la última, se resolverá gracias a los créditos».

Saavedra comentó con Gálvez la reunión mantenida con De Grasse. A él le correspondía el mando de las tropas del ejército de las dos Coronas borbónicas, y aunque pensaba que el ataque principal debía de ser contra Jamaica o las islas de Barlovento, pues los 66 navíos de la flota combinada podía obligar a la británica a tener que defender su propio territorio metropolitano y con ello desatender la defensa de las islas caribeñas, aceptó a regañadientes liberar a la flota francesa de sus obligaciones en las Antillas.

El 15 de agosto Saavedra le escribió a De Grasse que «tras a ver a los generales, al intendente y al tesorero», le habían asegurado que la plata necesaria estaría disponible en La Habana. La enviarían desde México, de las minas de Zacatecas y Chihuahua. Sin embargo, se enteró poco después que una serie de dificultades surgidas en Veracruz, impedían que llegase a tiempo. Los españoles de Puerto Rico y Santo Domingo habían contribuido con 100 000 pesos para la causa, pero no era suficiente, y la tesorería oficial de La Habana carecía temporalmente de oro y plata.

De nuevo el enviado del rey actuó con extraordinaria eficiencia y rapidez. Convenció a los residentes de La Habana para que colaboraran. El día 16 se proclamó que cualquier persona que deseara contribuir a ayudar a la flota francesa con su dinero —el interés ofrecido era de un 25 %—, debía enviarlo inmediatamente a la tesorería. En seis horas se reunió la cantidad necesaria y dos oficiales franceses fueron a recogerla. Con los fondos embarcados, De Grasse y su flota zarparon de inmediato hacia Chesapeake por el Canal de las Bahamas.

La explicación de cómo se había obtenido esa suma tan deprisa era muy sencilla. Desde que los británicos habían tomado en febrero San Eustaquio, la isla holandesa del Caribe donde los rebeldes podían comprar todas las armas y municiones que les permitiese su dinero y cupiesen en las bodegas de sus buques corsarios, Cuba se había convertido en el socio comercial clave de Filadelfia. Más de la mitad de los buques que forzaban el bloqueo británico para entrar en los puertos de la costa este zarpaban de La Habana. Si además la corona aseguraba unos cuantiosos intereses por los fondos prestados, mucho mejor.

La reacción de Washington, normalmente un hombre muy reservado, subraya la importancia con la que esperaba a los franceses. Rochambeau, desconcertado, lo vio «agitar su sombrero hacia mí con gestos demostrativos de la mayor alegría. Cuando me acerqué a él explicó que acababa de recibir un despacho que le informaba de la llegada de De Grasse».

El 30 de agosto, a bordo del *Ville de Paris*, firmemente anclado en la bahía, el almirante le escribió a Rochambeau y le señaló su «gran satisfacción» por haber llegado a tiempo. Le contó que transportaba los 3 200 soldados de refuerzo solicitados a las órdenes de Henri de Rouvroy, conde de Saint Simon; los pormenores de su viaje y como tras dejar Santo Domingo el día 3 de ese mes había necesitado primero ir a La Habana para completar la cantidad de 1 200 000 libras.



*François Joseph Paul, conde de Grasse. Nacido en 1722 en el seno de una familia de la nobleza provenzal, había ingresado en la Orden de Malta a los 11 años. Tras un largo aprendizaje en sus buques, ingresó en la Marina Real francesa, donde completó toda su carrera. Después del combate de Las Santas fue sometido a consejo de guerra. Absuelto pero deshonorado, falleció el 11 de enero de 1788 en su castillo de Tilly sin haber recuperado el favor real. Su figura no se rehabilitó —de la mano de los estadounidenses, que le atribuyeron parte de los méritos de su victoria en Yorktown—, hasta 1939. Obra sin fechar atribuida a Jean Baptiste Mauzaisse. Castillo de Vincennes, París.*

De todo eso también se enteraron los espías, que merodeaban tanto por las aguas de las Antillas como por allí. Le contaron a un furioso Clinton muchos detalles del paso de la flota francesa por la capital cubana. Entre ellos la rapidez con que se había conseguido una cantidad económica tan sustancial. El general en jefe británico asumía que eran ellos los que controlaban la costa, y no le entraba en la cabeza cómo habían podido llegar los buques franceses a contactar con las tropas norteamericanas. Lo que sí entendía perfectamente era que esa nueva inyección de fondos podría darles nuevos bríos a unos rebeldes prácticamente agotados<sup>77</sup>.

<sup>77</sup> El propio conde De Grasse escribiría más tarde: «el dinero español fue el cimiento del triunfo americano».

## 2.9 EL MUNDO AL REVÉS

DESDE QUE CHARLES CORNWALLIS APLASTARA a los rebeldes en Camden en agosto de 1780, era el general británico más popular en América del Norte. Llevaba allí destinado desde que había llegado como coronel del 33.º regimiento de a pie en 1776, y nadie podía decir que le faltase experiencia en combate, adquirida ya en 1757 en los épicos campos de batalla de la Guerra de los Siete Años. Quizá por eso sorprendió aún más que a partir de marzo de 1781 acatará sin rechistar las órdenes de Clinton y, en septiembre, tomara la decisión de retirarse desde las Carolinas hacia el puerto de Yorktown, en la península de Virginia. Una complicada posición donde el gobierno de Londres pretendía construir una base naval bien defendida en la que albergar buques de línea.

*Retrato del general Charles Cornwallis realizado en 1783 por Thomas Gainsborough. Cornwallis, educado en Eton y Cambridge, primogénito de una familia noble que llevaba tres siglos como representantes de su condado en la Cámara de los Comunes, tenía 44 años cuando se rindió en Yorktown.*

*Estaba en la cumbre de su carrera militar, pero nunca se sintió personalmente responsable de lo sucedido. Tampoco lo acusó de nada el gobierno, que en 1786 lo promovió claramente y lo nombró gobernador general de la India. Dos veces ocupó ese cargo. La primera, hasta 1793; la segunda, desde el 30 de julio de 1805 hasta su fallecimiento en Ghazipur el 5 de octubre de ese mismo año. National Portrait Gallery, Londres.*



El movimiento, que suponía un error estratégico del que nadie parecía haberse percatado en las filas británicas, ponía ante los aliados una oportunidad única: el grueso del ejército enemigo tenía la posibilidad de ser asediado al unísono por el ejército de Washington y las tropas francesas al mando de Rochambeau. Los ingleses se habían colocado por sí solos en una situación tan comprometida, que debía ser aprovechada.

No era esa la opinión de Cornwallis, que seguía invicto, todo lo contrario. Estaba seguro de que si se fortificaba en la ciudad, a la orilla de la bahía de Chesapeake, podría abastecer todas sus necesidades y desafiar a sus enemigos mientras la *Royal Navy* controlara las aguas atlánticas. Su equivocación era de-

jar que su ejército dependiera de la soberbia de los marinos británicos, y no contar ni con españoles ni con franceses.

En cuanto Clinton supo de la llegada de los buques franceses a Chesapeake envió a la armada. El 1 de septiembre, la flota combinada británica, formada por las escuadras de los contraalmirantes Samuel Hood y *sir* Thomas Graves, bajo las órdenes de este último, zarpó de Nueva York rumbo sur con 20 navíos de línea y 9 fragatas. El curtido Graves avistó los suaves perfiles de la bahía a la luz del amanecer del día 5, desde el puente del *London*, su buque insignia de 98 cañones.

Esa mañana los hombres de De Grasse también habían ocupado muy temprano sus puestos de observación, solo que ellos esperaban a la escuadra de Jacques Melchior Saint-Laurent, conde de Barras, que había zarpado de Newport y también se dirigía al sur con suministros para Lafayette. Los experimentados marineros franceses no tardaron mucho en darse cuenta de que los navíos que surcaban el mar con el viento a favor eran británicos. Rápidamente se ordenó zafarrancho de combate y se esparcieron las cubiertas con arena para absorber la sangre que se vertiera durante la batalla.

Ambas flotas no llegaron a completar su formación en la boca de la bahía hasta las 13.00 y sus cañones abrieron fuego sobre las 16.00. Se enfrentaron hasta la puesta de sol sin que el resultado quedara demasiado claro. El *London* y otros cinco navíos británicos sufrieron graves daños, mientras que los de los franceses fueron solo menores, pero ninguna de las partes puso demasiado empeño en reanudar la lucha. Se dejaron derivar al sur durante varios días, hasta las proximidades de Cabo Hatteras, en Carolina del Norte.

De Grasse había cometido un error al alejarse tanto, y cuando perdió de vista a la flota británica, le invadió el temor de que podía haber virado hacia Yorktown. Cambió de rumbo, regresó a Chesapeake a toda vela y se sobresaltó cuando los vigías anunciaron la presencia de buques en la bahía. La suerte estaba de su lado, era Barras, que aguardaba su llegada.

Graves y Hood ni se habían planteado regresar. Celebraron un consejo de guerra y llegaron a la conclusión de que «dada la posición del enemigo, el estado actual de la flota británica y la imposibilidad de dar cualquier auxilio eficaz al general Cornwallis, la escuadra debía proceder con toda la expedición a Nueva York». Cuando un sorprendido rey Jorge escuchó la noticia de la derrota de su armada en los Cabos de Virginia, le confió al conde de Sandwich, primer lord del almirantazgo, en un tono muy diferente a sus declaraciones del mes de septiembre del año anterior: «Creo que el imperio está casi en ruinas. Este cruel evento está demasiado reciente para que yo sea ahora mismo capaz de decir cualquier otra cosa».

Cornwallis y su ejército se quedaron solos. Desde ese momento los franceses pasaron a controlar toda la bahía y, de inmediato, bloquearon el

puerto mientras los ejércitos de Washington y Rochambeau, con la seguridad de poder ser aprovisionados por mar, se atrincheraban y sitiaban la ciudad.

No pasó mucho tiempo antes de que el general británico, cuyas fuerzas estaban sin comida ni pertrechos y eran machacadas sin piedad por los pesados cañones de 24 y 36 libras de los navíos franceses —que habían impedido todos los intentos de la *Royal Navy* de romper el bloqueo—, se viera obligado a informar a su gobierno: «No podemos esperar que la resistencia sea muy larga».

Sus palabras se hicieron realidad dos semanas después. A las 10 de la mañana del 17 de octubre, con los enfermos y heridos multiplicándose por momentos, Cornwallis le envió una carta a Washington mediante un oficial con bandera de tregua y un joven tambor que batía «parlamentar».

Un oficial americano con la cara roja de emoción se la entregó a su general, que rompió el sello y, en silencio, leyó atónito: ...«inútil derramamiento de sangre»... «Sería insensible e inhumano sacrificar la vida de este pequeño grupo de soldados valientes»... «Propongo un cese de hostilidades».

Cornwallis ofrecía un alto el fuego de veinticuatro horas y que dos agentes nombrados por cada bando se reunieran en un lugar neutral y conveniente —había elegido la granja vacía de un vecino, Augustine Moore—, para establecer los plazos de la entrega de mensajes a las guarniciones de York y Gloucester. Washington se daba perfecta cuenta de lo que eso suponía. Dobló la carta y la dejó sobre su mesa de campaña. Recordó de inmediato que hacía 4 años exactos de la rendición de Burgoyne en Saratoga.

Dos días después, a media mañana, tras mucho ir y venir entre las líneas de jóvenes oficiales asistentes, el propio Cornwallis estableció las condiciones de su rendición:

La base de mis propuestas es que las guarniciones de York y Gloucester sean prisioneros de guerra con los honores tradicionales. Para la comodidad de las personas que tengo el honor de comandar, los ciudadanos británicos se enviarán a Gran Bretaña y los alemanes a Alemania, bajo el compromiso de no servir contra Francia, Estados Unidos, o sus aliados, hasta que sean liberados o regularmente intercambiados. Todas las armas, tiendas y pertrechos serán entregadas a usted, con la indulgencia habitual de que los oficiales conserven sus sables y que tanto oficiales, soldados, como varios individuos civiles relacionados con nuestros intereses puedan conservar sus propiedades privadas. Si Su Excelencia considera que es necesario para transmitir la respuesta que continúe la suspensión de las hostilidades, no voy a poner ninguna objeción.



Solo John Graves Simcoe, el prestigioso y hábil jefe de los *Queen's Rangers*, una unidad de élite organizada con americanos leales a la corona que no conocía la derrota y había infligido un elevado número de bajas a sus contrincantes, pidió que le dejaran marcharse con sus hombres de forma discreta, ante el temor de las brutales represalias de los rebeldes, como ya había ocurrido en otras ocasiones. Cornwallis se negó. Adujo que eso allí no sucedería, que eran como el resto de los soldados regulares y tenían derecho al intercambio y a la libertad condicional bajo palabra. Pronto se demostró que los temores de Simcoe no eran infundados.



*El teniente coronel John Graves Simcoe con el uniforme de los Queen's Rangers. Inició su carrera en Inglaterra en 1770 como alférez del 35.º regimiento, poco antes de que su unidad fuese enviada a América. Allí, durante el asedio de Bostón, compró la plaza vacante de un capitán de granaderos del 40.º de infantería, en el que estuvo hasta 1777. Ese año se le ofreció el mando de los famosos Queen's Rangers, hasta entonces liderados por Robert Rogers y conocidos como los Rogers' Rangers. Con ellos combatiría hasta 1781. Diez años después el rey le nombraría gobernador de la provincia de Alto Canadá. Obra de Jean Laurent Mosnier realizada en 1791. Biblioteca Pública de Toronto.*

Sobre las 12.00 del día 20, entre una enorme muchedumbre emocionada en la que se mezclaba la caballería francesa, unidades formadas del Ejército Continental, soldados desocupados, hombres, mujeres y niños, comenzaron a salir agotados regimientos británicos. A su frente, apareció tras un redoble de tambores, muy erguido en su silla, el general de brigada Charles O'Hara. Sustituía a un mortificado y avergonzado Cornwallis que, de repente, se encontraba demasiado enfermo como para asistir a la ceremonia de rendición ante lo que él mismo había calificado como «un enemigo inferior».

Lo seguía un piquete de honores que daba guardia a las banderas plegadas y precedía a la banda de tambores y cornetas. Interpretaban de manera

queda *El mundo al revés*, una melodía melancólica y muy poco militar<sup>78</sup>. Una vez próximo al lugar ocupado por el estado mayor de Washington —que observaba todo desde su gran caballo bayo—, O'Hara descabalgó y le entregó la espada al general Benjamín Lincoln, que había sido elegido para recibirla.



*El general Charles O'Hara, de pie, en el centro, se dirige al general Benjamín Lincoln, segundo al mando en el Ejército Continental. Mientras, Washington observa la escena. A la izquierda, se encuentran los oficiales franceses, a la derecha, los estadounidenses. Obra de John Trumbull realizada en 1820. Rotonda del Capitolio, Washington.*

Un poco apartados, los soldados estadounidenses y sus aliados franceses formaban dos líneas enfrentadas. Entre los primeros, de pie, orgullosamente erguidos, radiantes de satisfacción, solo algunos iban vestidos con uniformes. Los segundos, resplandecientes con sus uniformes de paño blanco, mostraban un aspecto noble y marcial. Entre ambos, los descorazonados soldados británicos con sus casacas rojas, sucias y hechas jirones, marcharon hasta un campo próximo, donde un escuadrón de húsares franceses, situado en círculo, custo-

<sup>78</sup> *El mundo al revés*, parte de una de las óperas cómicas de John Burgoyne, que se había estrenado por primera vez en un escenario de Londres, no estaba elegida al azar. La letra dice:

*Si los caballos cabalgaran sobre los hombres y las flores buscaran las abejas,  
si el pasto comiera vacas y los gatos fueron perseguidos por los ratones,  
y si el verano siguiera a la primavera, sería un lugar al revés;  
todo el mundo estaría al revés.*

diaba a los mercenarios del ducado de Hesse<sup>79</sup>, encargados de apilar cuidadosamente las armas entregadas.

Una banda de pífanos y tambores estadounidenses atacó repentinamente *Yankee Doodle* —*Tonto yankee*—, la canción que se había transformado de una provocación británica en un entusiasta himno rebelde. Una vez acabada, Washington intentó dirigirse a sus hombres, pero, emocionado, no encontró palabras para una ocasión tan trascendental, se limitó a pronunciar un corto y confuso discurso con dos obviedades: «un acontecimiento glorioso» y «un éxito importante».

Algunos de los 7241 soldados británicos y alemanes, custodiados por la milicia, empezaron a salir esa misma tarde camino de campos de internamiento en Virginia y Maryland. Cornwallis y sus principales oficiales quedaron en libertad condicional y se les permitió de inmediato que comenzaran a preparar su viaje a Nueva York. Antes de partir, cenaron varias noches en compañía de Washington, Rochambeau y otros funcionarios estadounidenses y franceses.

Simcoe y sus oficiales no estuvieron entre los invitados, aunque se libraron de las torturas que los rebeldes destinaban a los americanos partidarios del rey. La favorita, la práctica bárbara y vergonzosa de emplumar a los «odiosos *torios*» se había convertido ya en un espectáculo popular. El alquitrán se calentaba ante la víctima para que pudiera ver sus borbotones y apreciara el dolor que sentiría si llegaba a tragarlo. Luego, el líquido oscuro y humeante se vertía sobre su torso desnudo. Enseguida, entre aullidos de dolor, se arrugaba la piel y se formaban ampollas en hombros, pecho y espalda. Un poco de líquido, o mucho, según el sadismo del ejecutor, se vertía sobre la cabeza, lo que podía causar ceguera en uno o ambos ojos.

Los espectadores aplaudían en cuanto se lanzaban las plumas sobre el pobre sujeto. Luego lo paseaban por la ciudad en un carro para que pudieran verlo e insultarlo las turbas frenéticas. Conseguir retirar del cuerpo el alquitrán endurecido llevaba horas y, muchas veces, se arrancaban trozos de carne. Las lesiones cutáneas y las infecciones posteriores eran inevitables.

Otra tortura que también se practicaba mucho, conocida como *spicketing*, resultaba insidiosamente salvaje: Se ataba a la víctima erguida, con un pie sobre una estaca afilada, y luego se le daba vueltas para, literalmente, atornillarle la estaca en el pie. Muy a menudo el sujeto quedaba inválido de por vida.

Los hombres de Simcoe tuvieron más suerte, sufrieron encarcelamiento y destierro, que junto a la ejecución sumaria por horca o fusilamiento, eran las

---

<sup>79</sup> Federico de Prusia alquiló a su sobrino, Jorge III, 22 000 soldados de Hesse por un importe de 3 191 000 libras. La gran mayoría fueron utilizados para combatir en la rebelión de las Trece Colonias.

formas más aceptables de castigo para los legitimistas. A menudo, simplemente para mostrar a los *tories* más indecisos lo que les ocurriría si no se sumaban a la causa rebelde. Es un hecho conocido que, tan pronto como el último buque de guerra británico dejó el puerto de Charleston, veinticuatro leales fueron colgados en un patíbulo cara al mar, para dar ejemplo.

Este comportamiento salvaje no era unilateral. Los legitimistas correspondieron en la misma medida. Aunque puede aducirse que muchos fueron, sin duda, impulsados a ello por la bárbara persecución a que los sometieron, otros lo hicieron por puro odio, a veces contra antiguos amigos e incluso miembros de su misma familia. En los estados del sur, donde el número de legitimistas era mayor, con frecuencia se unieron en bandas para saquear las propiedades de sus vecinos patriotas. En esta época comenzaron los «linchamientos», que reciben su nombre de un plantador de Virginia, Charles Lynch, que colgaba a los simpatizantes británicos por los pulgares hasta que gritaban «Libertad para siempre».

Pero volvamos a Yorktown. La noticia de la rendición fue enviada de inmediato por todo el país con los jinetes más rápidos. En muy poco tiempo, la alegría de la victoria, recibida con ruidosas y exuberantes celebraciones, barrió las colonias. Incrédulos, los legitimistas hicieron cábalas con preocupación sobre su futuro y, sobre todo, el de sus propiedades. De momento, la gran mayoría optó por seguir al pie de la letra la octavilla distribuida el 24 de octubre por el coronel Tilghman, ayudante de campo de Washington, que invitaba a iluminar todas las ventanas de 18.00 a 21.00 para celebrar la gloriosa ocasión. Los que no lo hicieron, bien por dignidad o porque consideraron que era algo innecesario, no tardaron en ser víctimas de robos, saqueos y malos tratos.

Aunque quedaban dispuestas para el combate sustanciales fuerzas británicas y soldados de Hesse que controlaba aún decenas de fuertes y puestos en el interior del país y, sobre todo, el general Clinton seguía sólidamente establecido en Nueva York, la capitulación de Cornwallis fue decisiva. Rompió la voluntad de los británicos para continuar la guerra. Los convenció de que el esfuerzo para vencer a los estadounidenses era demasiado difícil y, lo más importante, demasiado caro como para continuar.

En un país enorme, con una población comprometida con su causa, los gastos para apoyar a un gran ejército que luchaba a casi 5000 kilómetros de distancia se estaba convirtiendo en una carga intolerable para un tesoro ya muy endeudado. Cosa muy distinta era la «otra guerra», básicamente naval, que libraban en medio mundo contra Francia, España y los Países Bajos. En esa aún estaban dispuestos a aguantar.

Cuando se supo en Inglaterra la decisión de Cornwallis, *lord* North sintió como si le hubieran golpeado el pecho con fuerza inusitada. También Jorge III quedó aturdido por la noticia, pero se comprometió a continuar la guerra «aunque eso exigiera realizar modificaciones en la forma de llevarla a cabo».

No pensaban lo mismo sus súbditos. A lo largo de toda Inglaterra reuniones públicas exigieron la paz, y la Cámara de los Comunes acabó por reflejar ese deseo. *Lord North* le escribió al monarca que tanto la política de la Corona hacia los Estados Unidos como su intento de establecer la supremacía del rey sobre el Parlamento debían cesar y, el 4 de marzo de 1782, cinco meses y medio después de Yorktown, el Parlamento inició los procedimientos para reconocer la victoria de «las repugnantes colonias» y comenzar las negociaciones de paz. Una debacle que obligó a North a renunciar a su cargo el día 22.



Los bostonianos empluman a sus convecinos. *Un dibujo atribuido al caricaturista británico Philip Dawe realizado en octubre de 1774. Los «Hijos de la libertad», una agrupación de patriotas que decía defender los derechos de los colonos, sembró el pánico entre los leales durante toda la contienda. El alquitrán que utilizaban para sus castigos era de pino, que funde a los 60°, no el que estamos acostumbrados a ver utilizar en las carreteras, que lo hace a los 150°. Biblioteca del Congreso, Washington.*

El 4 de abril, Clinton, que se mostraba demasiado agresivo y estaba dispuesto a continuar los combates, fue relevado del mando del ejército británico y sustituido por Carleton, que lentamente concentró todos los restos de tropas en Nueva York. Antes de terminar el año, abandonó los últimos puertos en manos británicas —Wilmington, Savannah y Charleston—. Solo en el valle del Ohio continuaron los combates. Allí las tropas británicas, sus aliados indios y los americanos leales a la Corona, mantuvieron la lucha mediante incursiones

del estilo de las que hemos visto al tratar la toma de Saint Joseph por los milicianos de Porrué.

Ese no era el caso de la Florida Occidental. Las tropas españolas, tras aplastar la revuelta de Natchez, no se vieron ya envueltas en operaciones de envergadura. Se limitaron a proteger lo conquistado, aunque también realizaran algunos tanteos para la posible ocupación de Florida Oriental, junto a Canadá, lo único del continente americano que aún seguía en manos británicas.



La Cámara de los Comunes. *La guerra había sido demasiado costosa y el primer ministro George Grenville ya no encontraba la forma de poder pagar la aplastante deuda del país y financiar los gastos de defensa y administración del amplio imperio británico.* Obra de Karl Anton Hickel realizada en 1793. Galería Nacional de Retratos, Londres.

### **2.9.1 La costa de los mosquitos**

Yorktown —esa victoria decisiva que formaba parte también de la estrategia española en América del Norte, algo completamente ignorado por la historia—, consolidaba definitivamente la independencia de los Estados Unidos, pero no era el fin de la guerra que mantenía España, decidida a continuar hasta las últimas consecuencias.

Los británicos llevaban ya tiempo establecidos de manera extraoficial en la costa sur de la península del Yucatán, hoy Belice, y en la Costa de los mosqui-



tos, en las actuales Honduras y Nicaragua, dedicados a la explotación forestal, a pesar de que la mayor parte de ese territorio formaba parte de la capitania general de Guatemala. Para Matías de Gálvez, la guerra era una oportunidad única para expulsarlos de manera definitiva.

Tras lo ocurrido en la fortaleza de San Juan y la pérdida de la de San Fernando de Omoa, donde aunque se recuperase, su prestigio había quedado realmente un poco tocado por algo de desidia y falta de previsión, la derrota de la escuadra francesa en Jamaica y la posibilidad de que los ingleses reagruparan fuerzas y volvieran a atacar de nuevo Centroamérica hizo pensar a Matías Gálvez que debía organizar una ofensiva para ocupar Roatán. La isla, a unos 64 kilómetros de la costa de Honduras, estaba controlada en su totalidad por los británicos. Su comandante, Edward Marcus Despard, la utilizaba como base para operaciones de guerrillas que permitieran mantener o ampliar la influencia británica en la Costa de los Mosquitos y para el corso contra buques españoles.

Era la primera vez que la corona tenía la posibilidad de tomar plena posesión de esos territorios, y eso animó mucho a Gálvez, que vio en ello también la oportunidad de reivindicarse ante su hermano el ministro.

El 14 de marzo, a las doce de la noche, tras reunir a todas sus fuerzas en Trujillo, Gálvez zarpó hacia Roatán en una pequeña escuadra formada por las fragatas *Santa Matilde*, *Santa Cecilia* y *Antiope*, la corbeta *Europa* y algunas lanchas cañoneras. La dirigía el capitán de navío Miguel Alfonso de Sousa, y transportaba 600 hombres del fijo de Guatemala. Los ingleses se habían pertrechado bien en sus dos fuertes, Federico y Jorge, situados en puntos estratégicos, y se preveía que conseguir el éxito esperado no estaría exento de dificultades.

La mañana del 15, se intentó infructuosamente la rendición de la isla. Esa tarde, tras la discusión habitual con los oficiales de la armada —la costa tenía poco fondo y exigieron que Gálvez firmara un documento en el que se hacía responsable ante el rey si les ocurría algo a los buques—, se decidió comenzar el bombardeo al día siguiente y mantener los planes trazados con antelación.

A las 10.15, la *Santa Matilde* abrió fuego, y poco después la siguió la *Santa Cecilia*. En dos horas habían desmantelado los 20 cañones de las baterías de Fuerte Jorge, Despard's y Dalling's, que protegían la boca del puerto —New Port Royal—, el principal asentamiento de la isla. Se apoderaron de ellas de inmediato los granaderos y cazadores del fijo, que a las órdenes del general Gabriel Herbias habían desembarcado de las fragatas.

El siguiente objetivo fue el puerto. Las continuas descargas desde los buques lo destruyeron en cuestión de horas aunque estaban bajo el fuego del fuerte Federico, la batería Gales y de algunos cañones que se habían situado en

las colinas de la ciudad. La guarnición, en la que nunca llegó a saberse si estaba Despard<sup>80</sup>, aguantó hasta el atardecer. Sobre las 19.00, el teniente gobernador de la isla decidió rendirse. Los términos y condiciones de entrega se acordó discutirlos al día siguiente.

Gálvez y sus tropas permanecieron en la isla varios días. Se llevaron 29 cañones, 3 obuses y 12 pedreros; recogieron todas las armas, balas y pertrechos; detuvieron a 203 esclavos de los 500 o 600 que los ingleses decían que habían huido; destruyeron los edificios y plantaciones de la isla, quemaron la mayoría de los barcos del puerto para evitar que fueran utilizados para el contrabando. Los españoles abandonaron la isla el 21 de marzo, con 10 oficiales del ejército, 11 de milicias, 71 soldados británicos, 300 esclavos y 135 civiles de ambos sexos. Los prisioneros fueron enviados a La Habana, en la *Antiope* y la *Europa*, donde se subastaron los esclavos y los demás quedaron a la espera de ser intercambiados. El resto de la expedición regresó a Trujillo.

Recuperada Roatán, se optó por continuar la campaña una vez hecha la aguada y repuestos los víveres, y apoderarse de Río Tinto —Black River para los británicos—, en la costa atlántica de Honduras. La escuadra, a la que se habían unido 22 embarcaciones menores, zarpó el día 27 y puso proa hacia la Criva, donde dado lo bravo que se mostraba el mar, el 30 se decidió desembarcar a los soldados en dos lanchas cañoneras mientras las fragatas bombardeaban la costa.

Se formaron tres columnas de infantería a las órdenes de los tenientes coroneles José Casasola, Pablo de Pedro e Ildefonso Domezain, que avanzaron apoyados por la artillería del capitán Tomás Butler. No hubo resistencia. Poco podía hacer frente a una fuerza de esa consideración el capitán William Lawrie, del 49.º regimiento de infantería, encargado de defender el aposentamiento. Al verse perdido, Lawrie optó por clavar los 15 cañones de varios calibres de que disponía y retirarse. Fue apresado en la huida junto a gran parte de sus hombres cuando intentaba llegar a través de la selva hasta Cabo Gracias a Dios, en la desembocadura del río Coco.

Río Tinto pasó a llamarse Inmaculada Concepción, pero cualquier intento de avanzar más allá de Quepriva, Minitsrie, Siniboya, o los ríos Paun y Finto se estancó. El 2 de abril un temporal obligó a las fragatas a volver a Trujillo y las tropas quedaron a la espera de ser abastecidas por tierra, algo mucho más laborioso y difícil. El 16 de abril se dieron por concluidas las operaciones, se dejó allí algo de tropa y el resto regresó a Trujillo.

Matías de Gálvez consiguió el grado de teniente general y, como siempre, se repartieron un gran número de ascensos entre los oficiales —ya fueran

---

<sup>80</sup> Algunas fuentes británicas lo sitúan esos días en Jamaica. Si estaba en Roatán, huyó y no fue capturado, pues se mantuvo activo en la zona.

del ejército, la armada o las milicias—, y premios entre los soldados, pero los británicos, a las órdenes de Despard, respondieron el 23 de agosto. Reagruparon a los colonos, reclutaron varios cientos de indios miskitos y se reforzaron con tropas de Jamaica para recuperar el asentamiento. La guarnición española, comandada por Tomás Julia, un veterano que se había destacado el año anterior en la recuperación de San Juan, se había reducido con las enfermedades y esta vez fueron ellos los que apenas tuvieron dificultades para ocupar de nuevo La Inmaculada Concepción. El final de la guerra impidió definitivamente el contraataque español.



*Horatio Nelson, vencedor en el combate de Trafalgar el 21 de octubre de 1805, retratado por John Francis Rigaud en 1781, cuando aún era solo un capitán de la Royal Navy de 23 años, con el castillo de San Juan al fondo. Megalómano durante toda su vida se presenta victorioso ante una posición que Gran Bretaña mantuvo solo seis meses y le supuso más de 2 500 muertos. Su intervención en la campaña, que duró apenas 20 días, se limitó a capturar una pequeña batería española en Isla Bartola. National Maritime Museum, Greenwich.*

## 2.10 UNA ISLA DEL CARIBE

EL 30 DE MARZO DE 1781, antes de la campaña contra Pensacola, el ingeniero jefe Luis Huet había presentado un plan de operaciones contra Nueva Providencia —las actuales Bahamas—, basado en informes recibidos de españoles que conocían las islas y habían estado prisioneros en ellas. El proyecto era interesante como punto de partida contra Jamaica, que no debía de olvidarse que ahora era el objetivo principal, y se le adjudicó una fuerza expedicionaria de 1 000 hombres y 20 buques, entre transportes y escoltas. Las circunstancias habían obligado a dejarlo a un lado, pero ahora parecía un buen momento para llevarlo a la práctica.

A finales de enero de 1782, Bernardo de Gálvez recibió órdenes para presentarse en Cuba. Sería el encargado, junto a De Grasse, de caer sobre las últimas posesiones inglesas del Golfo de México. El gobernador y Ezpeleta, recién designado mayor general del ejército de operaciones en América, abandonaron el frente de la Florida el 1 de febrero. Ese día ambos embarcaron en el navío *San Juan Nepomuceno* para, tras hacer escala en La Habana, poner rumbo a Guarico, en Santo Domingo. Llegaron a la isla, donde esperaba la flota francesa desde diciembre, el día 21. Allí, con la agradable sorpresa de que De Grasse y François Claude Amour, marqués de Bouillé, habían ocupado la isla de San Cristóbal y recuperado San Eustaquio, se dedicaron durante meses a organizar la llegada del ejército: 15 000 hombres y 12 o 13 navíos de la escuadra de Solano.



El combate de Les Saints, también conocido como de Dominica. El *Barfleur*, de Hood, en el centro, ataca hasta su rendición al buque insignia *Ville de Paris*, a su derecha. Obra de Thomas Whitcombe realizada en 1783. National Maritime Museum, Greenwich.

En marzo llegó la noticia del nacimiento de Luis José, heredero de la corona de Francia —la reina María Antonieta había dado a luz el 22 de octubre—. Se celebró con un solemne *Te Deum*, desfiles de tropas y la representación multitudinaria de una ópera francesa. Hubo fuegos artificiales, una cena ofrecida por el gobernador de Haití a 300 personas y un elegante baile de gala abierto por De Grasse y Gálvez que se prolongó hasta el amanecer. La alegría no duró mucho.

La última semana del mes, De Grasse partió con sus buques a Martinica para recoger al convoy que llegaba de Francia y luego regresar a Santo Do-

mingo, donde debían concentrarse esas tropas con las españolas. El 9 de abril se encontró con la escuadra de *sir* George Rodney —recién llegado al Caribe con refuerzos—, que junto a la de Hood le buscaban por aguas de las Antillas francesas.

De Grasse dejó atrás a los transportes y ambas flotas se enfrentaron en paralelo durante tres largos días, mientras mantenían las distancias y reparaban los barcos que sufrían daños. El 12, a la altura del archipiélago de Les Saintes, los vientos se hicieron variables y ambas líneas se cruzaron. La lucha, feroz, duró hasta el anochecer. Cinco buques franceses fueron apresados, entre ellos el *Ville de Paris* de De Grasse, el resto se dispersó.

La derrota obligaba a Gálvez a cambiar sus planes. Aún quedaban 40 navíos franceses, pero esos buques y los de Solano ahora estaban obligados a controlar a Rodney. No había posibilidad de emprender el ataque hasta que llegaran refuerzos de Europa. Una vez más las esperanzas de recuperar Jamaica se desvanecían. Habría que esperar de nuevo, solo que esta vez para siempre.

Pero eso no se sabía todavía en Cuba el 18 de abril, cuando a menos de una semana de la derrota francesa, Cajigal le escribió a Gálvez. Le indicaba que había partido hacia las Bahamas dispuesto a conquistarlas, a pesar de las advertencias para que detuviese los planes de invasión —de hecho partió el día 22 sin darse por enterado—. Su decisión dejaba La Habana apenas sin guarnición, el mayor temor español, pues la mayor parte de las tropas disponibles embarcaron rumbo al Este. En total, 2500 hombres y 66 barcos de pequeño porte, que incluían una fuerza naval norteamericana al mando del comodoro estadounidense, Alexander Guillon, bajo cuyas órdenes navegaba una flotilla compuesta por la fragata *South Caroline*, de 28 cañones, y ocho bergantines.

El 4 de mayo la flota hispanonorteamericana llegó ante Nassau, el principal puerto del archipiélago, lo bloqueó y capturó tres pequeñas embarcaciones. El día 6, Cajigal envió a su ayudante Francisco de Miranda como parlamentario, y le dio al capitán general británico de las islas, el vicealmirante John Maxwell los términos de la capitulación. No puso ninguna objeción. Miranda y Maxwell la firmaron el día 8.

Estaba claro que Maxwell, consciente de que cualquier resistencia era inútil, prefirió conservar los bienes y las haciendas de los colonos y no convertir las islas en una nueva Numancia. Los británicos, junto con la plaza y el resto del archipiélago de Bahamas entregaron 12 buques de guerra, 5 goletas, 2 balandras y alrededor de 65 embarcaciones menores. Además, 159 cañones, 6 obuses, 36 granadas de mano, 868 mosquetes, 31 pistolas y 86 espadas. En total los españoles hicieron 1412 prisioneros, de los cuales 274 eran soldados pertenecientes a las tropas regulares, 338 milicianos, y 800 marineros de los buques. Junto a ellos capturaron 2376 esclavos y todos los suministros almace-

nados en Nueva Providencia. Los cinco fuertes y las 566 casas edificadas en la isla se tomaron sin ninguna baja.

Era un éxito importante, fruto de una decidida actuación, desgraciadamente el triunfo de Cajigal mostró el peor rostro del héroe de Pensacola. Bernardo de Gálvez, bien por la amargura de la derrota de la flota francesa, bien porque no se habían obedecido sus órdenes, se enfureció al conocer las noticias de la victoria. Una situación que empeoró cuando en la Corte de Francia se acogió con alegría ese logro español y no se dijo ni una palabra del de su padre en Centroamérica. A Cajigal y a Miranda, una vez de vuelta en La Habana, los acusaron de tratar con excesiva benevolencia al gobernador de las Bahamas, y acabaron arrestados por órdenes de Gálvez.

Cajigal, que era un hombre valiente y honesto, pagó el indigno comportamiento de nuestro orgulloso protagonista con una década en prisión y, aunque consiguió rehabilitar su nombre, jamás pudo hacer lo mismo con su carrera militar. Respecto a Miranda, que no pudo contar con los contactos de Cajigal en la Corte para restablecer su honor, la amargura de su injusto destino le hizo desarrollar un intenso rencor a España que lo llevaría a intentar con todas su fuerzas la independencia de Venezuela, su tierra natal. Fue un buen ejemplo de la lamentable envidia española, que destruye incluso a sus más grandes hombres.

Las operaciones quedaron en suspenso durante los meses siguientes. En diciembre, se instaló en el Golfo de forma definitiva la escuadra de Hood e impidió toda comunicación de las tropas instaladas en Guarico con Cuba, México o la Península. Gálvez se encontró aislado y con los brazos atados. Se agotaron sus recursos y tuvo que recurrir a pedir prestamos a los comerciantes para sostener a sus tropas. Hasta primeros de marzo no consiguieron llegar unos pobres refuerzos desde La Habana, pero la ayuda llegaba tarde y ya era prácticamente inútil.

Los primeros días de abril de 1783, Bernardo de Gálvez recibió una Real Orden —firmada en El Pardo el 7 de enero de ese año— por la que se le notificaba que Charles Henri, conde d'Estaing, había sido designado para dirigir la flota francoespañola que se concentraba frente a Cádiz y tomaría el mando de la operación contra Jamaica. Para entonces los preparativos de la expedición ya se habían interrumpido con la firma de los preliminares de paz entre España y Gran Bretaña.

La noticia extraoficial se conocía desde el 29 de marzo. Había llegado antes que la orden de Madrid en un bergantín procedente de Cádiz. Sin embargo, Hood mantuvo su flota a la vista de la costa, como si no supiera nada, hasta el 5 de abril. Ese mediodía se acercó a tierra una embarcación con bandera parlamentaria y de ella bajo el príncipe Guillermo, duque de Lancaster, para confirmar que la guerra había terminado.



A mediados del mes llegaron más despachos con nuevas órdenes para Gálvez, fechados esta vez el 10 de febrero. Entre ellas, la disolución del ejército de operaciones. La escuadra y el convoy de transporte abandonaron definitivamente Guarico rumbo a La Habana el día 26. Solo quedaron las oficinas de la Real Hacienda hasta liquidar totalmente los pagos pendientes. Más tarde Gálvez cumpliría puntualmente ese compromiso: enviaría desde Nueva España tres millones de pesos para cubrir las deudas. Ultimados todos los detalles se embarcó en el navío *San Luis* el 8 de mayo y zarpó para La Habana. Llegó el 17. El 1 de junio el ejército acabó por disgregarse al completo, y a todos los regimientos que lo habían formado se les comunicó su nuevo destino.



*Armas del I conde de Gálvez, vizconde de Galveztown. Además de las baronías de Gálvez, Madrid, Cabrera y Márquez, lleva una flor de lis sobre campo azul, concedida a instancia de la provincia de Luisiana y un escudo de plata con el bergantín Galveztwon, una figura humana sobre la toldilla y, en el gallardete el mote «Yo solo», concedido por real cédula el 12 de noviembre de 1781.*

En La Habana Gálvez recibió también las distinciones que le otorgaba Carlos III. El 20 de mayo, en Aranjuez, se le había hecho merced de un título de Castilla, el condado de su nombre, con el vizcondado previo de Galveztown, por los méritos acumulados por sus antepasados al servicio del rey, y que él había actualizado en sus recientes campañas. Además, se le permitía añadir a su escudo de armas un nuevo cuartel que contenía al bergantín *Galveztwon* y el lema «Yo solo», para perpetuar su heroica entrada en la bahía de Pensacola. También se le permitía agregar una flor de lis de oro en campo azul,

en recuerdo de las armas francesas de la Luisiana y, a petición de sus habitantes, por su contribución a la paz y al desarrollo de dicha provincia. Finalmente, por merced real, se le concedía también una caballería pensionada en la Orden de Carlos III, recientemente creada, y la encomienda de Bolaños, en la Orden de Calatrava.

Gálvez también resolvió en Cuba otros detalles personales antes de regresar a la Península. En un documento fechado el 2 de julio, el obispo de la ciudad, ilustrísimo señor Echeverría y Elguezua, atestiguaba el matrimonio de Bernardo con Felicidad de Saint-Maxent, y también la constancia del Sacramento de la Confirmación que había recibido sus hijos Matilde, Miguel y Adelaida —hija del matrimonio anterior de Felicidad—.

El día 7 le envió a su tío un escrito en el que le comunicaba que había tomado la decisión de dejar Florida y Luisiana en manos de su amigo y compañero Ezpeleta como gobernador interino —mientras él estuviese en la corte para rendir informes a Carlos III— y solicitaba su aprobación, y el 16 se embarcó con su familia en el navío *San Juan Nepomuceno* rumbo a Cádiz. El convoy en que viajaba avistó la costa de la Península el 8 de septiembre. En la corte estaría poco más de un año.

## 2.11 DESPECHADOS

PERMITÁMONOS VOLVER ATRÁS EN EL TIEMPO. Poco, dos años más o menos. En junio de 1781, incluso antes de que Cornwallis hubiese capitulado en Yorktown y dejara de oírse el estampido de los mosquetes, el Congreso estadounidense ya había designado a un comité de negociación de cinco miembros —John Adams, John Jay, Benjamín Franklin, Henry Laurens y Thomas Jefferson<sup>81</sup>— con instrucciones de viajar a París y preparar los términos de paz con Gran Bretaña.

Sus instrucciones podríamos calificarlas como amplias y de poco fondo. Debían exigir solo independencia y soberanía. Para todo lo referente a cualquier otra cosa, se confiaba en su propio ingenio, sabiduría y buen juicio. La única condición específica que habían recibido, aunque Francia disponía de un acuerdo con los norteamericanos por el cual ninguna de las dos naciones

---

<sup>81</sup> Laurens, nombrado por el Congreso embajador en Holanda, había sido apresado a principios de 1780 cuando viajaba a Amsterdam. Acusado de traición a la patria, lo internaron en la Torre de Londres. El 31 de diciembre de 1781, tras pagar una fianza de 50 000 libras que le prestó su amigo Richard Oswald, fue canjeado por Cornwallis, que aún estaba en América. Jefferson, futuro presidente de los Estados Unidos, se negó a cruzar el Atlántico mientras los británicos no le garantizaran su seguridad y le concedieran un salvoconducto. Nunca llegó a viajar a Europa.

podían firmar nada por separado —era «llevar a cabo las negociaciones para la paz o tregua sin que los supieran los franceses y sus aliados». Es decir, sin que se enteraran tampoco los españoles. Esos «buenos amigos» que, hasta entonces, habían corrido con la mayoría de sus gastos.

Era fácil de explicar. España dominaba el continente y podía ser un futuro enemigo, y la alianza con Francia, descrita por algunos interesados como una «farsa de amistad y unión» ya no era necesaria para algunos de los compromisarios que, como John Adams o John Jay, se oponían rotundamente a quedar ahora encadenados al gobierno de otra monarquía. El único que defendió esos días «la manera generosa y noble con que los franceses los habían apoyado» —sin nombrar ni una sola vez a España— fue Franklin que, a ratos, se sentía tan francés como Luis XVI. A pesar de ello y de sus cálidas palabras, le faltó tiempo para negociar también a sus espaldas.

Tampoco puede decirse que la postura de Franklin fuese muy original. Ese tumultuoso año de 1781 lo terminaron el general Washington y su esposa Martha en Filadelfia, en calidad de invitados de los españoles. Francisco Rendón, que había sustituido a Miralles tras su fallecimiento, los acogió en su casa durante las vacaciones de Navidad. Habían traído su propia comida, artículos para el hogar y utensilios de cocina, pero Rendón, amablemente, insistió en que el rey de España se encargaría de satisfacer todas sus necesidades domésticas. En una carta a José de Gálvez en que le informaba sobre las vacaciones de los Washington, Rendón escribió: «interpreto que el general acepta nuestra hospitalidad como un gesto de respeto al rey español». Al año siguiente «al general» eso también se le había olvidado.

Las negociaciones comenzaron realmente, digámoslo así, en abril de 1782, y se prolongaron durante todo el verano. Bien pronto los delegados norteamericanos, dirigidos por Franklin, que ya tenía 76 años, un diplomático intrigante, astuto e ingenioso, con fama internacional por ser miembro de todas las sociedades científicas importantes de Europa, decidieron que, durante las reuniones que mantenían con Oswald —el mismo que había ayudado a Laurens y que ahora dirigía a la legación británica—, era mejor hacer solo lo que les interesase.

Es comprensible que los ingleses, cuya delegación además de a Oswald incluía a Thomas Grenville, de 27 años, hijo de *lord* Grenville, pusieran objeciones a la presencia de Franklin, a quién no tenían en ninguna estima, pero es bastante sorprendente que muchos estadounidenses y al menos uno de sus colaboradores más cercanos también lo hicieran<sup>82</sup>. Constantemente se oían en

---

<sup>82</sup> Adams, dijo de su errático e irascible colega en 1782, «El cruel destino me obliga a actuar con él en los asuntos públicos. Voy a tratarlo con decencia e imparcialidad perfecta, aunque no tenga hacia él otros sentimientos que desprecio y aborrecimiento».

el Congreso gritos enojados que se preguntaban por qué se había confiado en «esa vieja serpiente corrupta, deshonesto e incapaz».

Franklin presentó una lista de «deseos». Contenía 8 términos, 4 de los cuales se consideraban esenciales: independencia completa; límites efectivos para las colonias; cambio de la frontera con Canadá que había extendido su límite sur hasta Nueva Inglaterra, Nueva York, Pensilvania, Ohio y el oeste de Misisipi y total libertad para pescar en la costa de Terranova. Los otros, 4 calificados como «aconsejables» eran los siguientes: pago de reparaciones por la quema de pueblos americanos; una declaración del Parlamento que reconociera su error por haber iniciado la guerra; extensión de los privilegios comerciales entre ambos países y cesión completa de las provincias de Canadá y Nueva Escocia —casualmente donde estaban todas las propiedades que le habían incautado a Franklin<sup>83</sup>—.

El 30 de octubre a las 11 de la mañana los estadounidenses y sus homólogos británicos comenzaron una intensa semana de reuniones que se prolongaron hasta la cena la mayoría de las noches. Oswald, un jubilado extraficante de esclavos con un solo ojo, que había hecho fortuna gracias a los contratos gubernamentales, no era rival para sus oponentes. Prácticamente compartía el punto de vista estadounidense e incluso estaba de acuerdo en que Gran Bretaña debería cederles Canadá.

Para entonces, Franklin, víctima de «la cruel gota», débil, y con su lado izquierdo paralizado por males urológicos, hacia irregulares apariciones en las negociaciones, que habían quedado en gran parte en manos de John Jay. Él fue quién las resolvió casi sin ayuda en agotadoras jornadas frente a Oswald en las que preparaba y redactaba durante la noche las discusiones del día siguiente.

Jay ignoró la propuesta de Franklin para la cesión de Canadá y Nueva Escocia, y declaró magnánimamente que no estaba dispuesto a poner en peligro la paz por el regateo de «unas pocas hectáreas». Eso sí, se cuidó mucho de decir que prefería que estuvieran en manos de Inglaterra a que Francia, que todavía tenía allí grandes ambiciones, pudiese aprovechar para ocuparla.

Con ese espíritu de «dulce conciliación» Gran Bretaña se olvidó de las condiciones puestas en la paz de París con la que había finalizado la Guerra de los Siete Años y, con muy poco sentido histórico y jurídico, renunció a mucho más territorio del que era necesario. A estas alturas los franceses se alarmaron un poco cuando el conde de Vergennes se enteró de lo que ocurría, pero como realmente ya no les perjudicaba demasiado, los dejaron seguir con sus conferencias «secretas».

<sup>83</sup> El único hijo varón de Franklin, William, era leal al rey. Tanto esta solicitud como la que presentó en el Congreso para que se concediera un indulto general a todos los que habían empuñado las armas contra los Estados Unidos, las hizo, sin ninguna duda, pensando en su futuro.

Y aquí aparece otro mito que ha rodeado siempre a esta guerra con Inglaterra protagonizada por Gálvez: que España fue en buena parte dejada de lado durante los acuerdos de paz. Tampoco es cierto. No intervino en lo que discutían los estadounidenses, pero inició también sus negociaciones por separado con Gran Bretaña —y eso en su caso era lo más razonable—, a finales de mayo de 1782, cuando aún se reorganizaba la expedición contra Jamaica y se mantenía el asedio de Gibraltar. De hecho, el conde de Aranda, al que le habían asegurado que el sitio terminaría como máximo en otros cuatro meses, le daba largas a Thomas Grenville a la espera de que el Peñón cayera.



*John Jay, como presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Jay ejerció los cargos de embajador en Madrid y Londres. Su estancia en la capital del reino, del 27 de septiembre de 1779 al 20 de mayo de 1782, fue un completo fracaso. Consiguió incomodar tanto a españoles como a estadounidenses. El tratado de paz que negoció intentó mejorar todo lo posible las relaciones con Gran Bretaña mientras dejaba de lado a Francia y España, con quienes no pensaba que tuviera ninguna deuda de gratitud. Obra de Gilbert Stuart, realizado en 1794. National Gallery of Art, Washington.*

Es más, varios párrafos de las amplias y detalladas instrucciones que Floridablanca le remitió a Aranda el día 29, demuestran que el gobierno no solo tenía las cosas muy claras, sino que no le importaba lo más mínimo actuar a espaldas de sus aliados franceses:

Si se dilatase la adquisición de Gibraltar, se daría por nosotros algún equivalente ya fuese en dinero, ya en algunas posesiones, como podrían ser las que nos pertenecen por cesión de Portugal en la costa de Guinea y sus islas, sin perjuicio de quedarnos con los territorios y derechos necesarios para hacer nuestro comercio de negros.

A más no poder cederíamos algunos de los presidios de África, excepto el de Ceuta, si acomodasen a Inglaterra para tener pie en el



La salida de la guarnición de Gibraltar. *El 26 de noviembre de 1781, los ingleses intentaron romper el cerco. Solo las tropas del teniente José de Baroja, de las Reales Guardias Walonas, resistieron y no se retiraron. El cuadro representa la hipotética muerte de Baroja en su puesto, abandonado por sus soldados, ante el general George Elliot, comandante británico de la Roca. El problema es que este cuadro histórico, como tantos otros, no representa la realidad. Los ingleses tuvieron que regresar a sus líneas y Baroja, que quedó gravemente herido, fue ascendido directamente a coronel el 8 de enero de 1782 —su nombramiento está publicado en la Gaceta de Madrid—. Obra de John Trumbull realizada entre 1786 y 1789. Museo Metropolitano de Nueva York.*

Mediterráneo y facilitar su navegación y aún su comercio con las regencias. De esto podría tener celos Francia, pero se la sosegaría haciéndola observar que tal vez las regencias concebirían más celos del poder inglés establecido en aquel continente y, en lugar de firmar relaciones de amistad, podrían encenderse disensiones y disputas.

Se procurará que en las restituciones de Francia no se comprenda, si se puede, la isla de Granada, por su cercanía a Caracas, y en los reglamentos de la India Oriental, ver si se puede asegurar más nuestra libertad de comerciar y navegar y si dejarían lo ingleses que nos situásemos en Santo Tomás de Meliapur, en caso de cedernos su derechos Portugal. Esto se debe tocar sagazmente, y no removerlo si se teme cavilación o contradicción.

Por lo que respecta a Holanda, apoyaremos sus restituciones e indemnizaciones de acuerdo por entero con Francia, sacando partido del buen trato, así en el Cabo como en Batavia, de nuestras embarcaciones



que vayan a Filipinas<sup>84</sup>. Según lo que se nos avise, se irán especificando más estos y otros puntos.

Se ha de tener presente que estas indicaciones son para negociar sobre las materias del tratado, sin que convenga concluir cosa alguna si no hay nuevas órdenes o instrucciones. Esto dará tiempo, que es lo que se necesita.

Lo malo es que se dispuso de ocho meses y ni siquiera fue suficiente. El gobierno británico cambió en el mes de julio: William Petty, conocido como *lord* Shelburne, mucho más partidario de los estadounidenses que su predecesor, Charles Watson —fallecido de improviso—, sustituyó al joven Granville por Alleyne Fitz-Herbert, mucho más curtido en esas lides. Con él comenzaron las presiones, avivadas también por Francia y Holanda, que exigían acabar cuanto antes las negociaciones y recuperar lo perdido<sup>85</sup>.

El nuevo plenipotenciario tuvo su primera reunión con Aranda el 5 de agosto. Del mismo modo que el español procuraba dilatar la discusión a la espera de noticias de Gibraltar, el británico intentaba apresurarla. El día 17, por mediación de De Grasse, que volvía a París tras ser liberado, Fitz-Herbert presentó en la corte francesa su proposición de acuerdo. En lo referente a España, Gran Bretaña cedía todo lo perdido en el golfo de México y entregaba Mahón o Gibraltar, a elegir. Una de las dos se la quedaba para que pudiera hacer escala su comercio con el Mediterráneo Oriental.

Floridablanca autorizó esa negociación el día 25, y aconsejó a Aranda que procurase obtener ambas plazas a cambio de entregar Orán y el puerto de Mazalquivir. Si no lo conseguía, que los británicos se quedaran solo la ciudad de Mahón, y el resto de la isla se mantuviera en manos españolas. Así estaban las cosas cuando el ejército informó al Ministro de Estado que iba a ser imposible tomar Gibraltar y, peor aún, los ingleses eran plenamente conscientes de ello.

Desde ese momento, y a pesar de que España intentó realizar una segunda expedición conjunta contra las Antillas Británicas para conseguir una mejor posición en las negociaciones, Francia, asegurados sus intereses, se negó a intervenir en cualquier operación que pudiera comprometerlos. De pronto, Floridablanca se encontró solo y sin posibilidad de ejercer presión. El 7 de octubre Aranda entregó un proyecto de preliminares basado en todas las conversaciones mantenidas hasta la fecha y Londres lo consideró inadmisibile.

---

<sup>84</sup> Para las relaciones de España y Holanda en el archipiélago filipino ver nuestra obra *Naves negras*. EDAF, 2015.

<sup>85</sup> Los británicos habían tomado las islas holandesas de San Eustaquio, Saba y San Martín. Sus posesiones en las costas de Malabar, Negapatnan —en la costa de Coromandel, India— y Trinquemale, en Ceilán.

Las negociaciones se rompieron para reanudarse ya en Versalles, bajo los auspicios de la corte francesa el 23 de noviembre. España había pasado de ser protagonista a ocupar un papel secundario. El primer golpe fue exigir para la entrega de Gibraltar que se restituyera todo lo conquistado y se añadiera o bien Puerto Rico, o Guadalupe y Dominica, o Martinica y Santa Lucía. Algo imposible.

La propuesta era igual de descabellada que la que había hecho Gran Bretaña en enero de 1780 para devolverlo: recibir a cambio la cesión de Puerto Rico; la fortaleza de Omoa, en Honduras; un puerto y territorio para una fortaleza en la bahía de Orán; el pago de los efectos militares de plaza; diez millones de libras como indemnización por los gastos hechos en fortificarla; renunciar a toda alianza con Francia y alinearse contra los insurgentes o, al menos, no ayudarlos de forma directa o indirecta. Para los ingleses, que querían dar una imagen mucho más firme de la que se podían permitir, parecía que no había sucedido nada en Florida.

En vista de que las cosas no mejoraban, y la corte de Versalles se mostraba inflexible en no reanudar las operaciones militares, los preliminares de paz se firmaron el 20 de enero de 1783. Ese mismo día Gran Bretaña suscribió también su acuerdo con Francia. Holanda se mantuvo al margen, solo accedió a que suspendieran las hostilidades hasta que se solucionara la devolución de Negapatnam, que Londres se empeñaba en retener.

España, mantenía Menorca y Florida Occidental, territorios recuperados durante la guerra, y recibía la Florida Oriental a cambio de las Bahamas. Ahora disponía de una enorme frontera con la nueva nación que acabaría por ocasionarle enormes problemas en los años siguientes. Por otro lado, aunque debía permitir que los ingleses continuaran en algunos puntos con el comercio del palo de tinte, recuperaba las costas de Nicaragua, Honduras —Costa de los Mosquitos— y Campeche. Como era previsible, Gran Bretaña conservaba Gibraltar.

Jorge III ratificó los acuerdos preliminares el 25 de enero, y Carlos III, el día 31. En general, y si se mantenía al margen todo el asunto de Gibraltar, lo conseguido parecía favorable para España, que obtenía su mejor tratado de paz desde 1558. El error cometido no era ese, sino refrendar todo antes de que los estadounidenses hicieran públicas sus resoluciones. Ahí comenzaron las auténticas dificultades.

El convenio final entre estadounidenses y británicos no se firmó hasta el 2 de septiembre<sup>86</sup>, y a ambos les dio tiempo más que suficiente como para re-

---

<sup>86</sup> España y Francia firmaron la paz definitiva con Gran Bretaña el día 3 de septiembre, pero con los acuerdos previamente establecidos. Es un error muy común no tener este hecho en cuenta. Holanda no firmó la paz hasta el 20 de mayo de 1784.

considerar sus posiciones. Acudieron a rubricarlo al Hotel de York, en la capital francesa, David Hartley, miembro del Parlamento de Londres, que representaba al rey Jorge III y, como delegados de los Estados Unidos, Adams, Franklin y Jay. El Congreso de la Confederación lo ratificó el 14 de enero de 1784, y la Cámara de los Comunes, que lo consideró una humillación, el 9 de abril, tras muchas discusiones.



La renuncia del general Washington el 23 de diciembre de 1783. *Acabada la guerra Washington se despidió de sus oficiales y se retiró a su plantación, Mount Vernon. Hasta 1787, que fue llamado a la Convención Constituyente de Filadelfia y elegido su presidente por unanimidad, se mantuvo fuera del juego político.* Obra de John Trumbull realizada en 1828. Galería de Arte de la Universidad de Yale, New Haven.

La base de lo concedido era el reconocimiento de la independencia de las Trece Colonias como los Estados Unidos de América —Artículo 1—, una nación a la que se le habían definido sus límites sobre mapas hábilmente elaborados por los sublevados y a la que se le otorgaba todo el territorio al Norte de Florida, al Sur del Canadá y al Este del río Misisipi, incluidos el río y las montañas Allegheny. Por lo tanto, heredaba la frontera de Luisiana de 1763, con el problema de que España había ocupado una parte de ese territorio por las armas durante la guerra. Eso, en el futuro, tendría una gran importancia para el desarrollo de los enfrentamientos fronterizos entre España y los Estados Unidos. Además, Gran Bretaña renunciaba también al valle del río Ohio y daba a la nueva nación plenos poderes sobre la fundamental explotación pesquera de Terranova.

A partir de conocerse en profundidad las cláusulas de lo firmado surgieron las primeras desavenencias que auguraban un futuro muy oscuro. En el artículo octavo, los dos países se garantizaban mutuamente «la navegación del Misisipi desde su nacimiento hasta el océano», ya que habría de permanecer «por siempre libre y abierta a los súbditos de Gran Bretaña y a los ciudadanos de los Estados Unidos». El conde de Aranda solo pudo calificarlo como de aporte «asombroso»: ninguno disfrutaba en aquel momento más que de un acceso parcial a las márgenes del curso alto y medio del gran río.

*Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda. Nacido en Siétamo, Huesca, en 1719, viste uniforme de capitán general de los reales ejércitos.*

*De su cuello pende el Toisón de Oro, que recibió en 1756 de manos de Fernando VI, por sus servicios a la Corona. Embajador en París de 1773 a 1783, a su regreso a Madrid, apoyado por los nobles y militares descontentos con la gestión del conde de Floridablanca, logró que Carlos IV lo destituyera en febrero de 1792 para nombrarle a él como Ministro de Estado. Los diversos objetos representados son atributos que aluden a sus múltiples facetas: militar, diplomática, política, industrial, científica. En la parte inferior del lienzo una cartela recoge varios elogios hacia su persona. Obra de Ramón Bayeu Subián, realizada en 1769.*

Museo Provincial de Huesca.



Era cierto que cuando Francia cedió a España la Luisiana, España permitió que tanto Francia como Gran Bretaña pudieran navegar por el Misisipi. Pero, una vez reconocida la independencia de sus colonias, Gran Bretaña no podía sostener derechos de navegación sobre un territorio cuya soberanía era de otro estado. Se trataba de una pretensión sin precedentes: por ejemplo, cuando España reconoció la independencia de Portugal en 1668, no conservó el derecho de navegación sobre el Tajo o el Duero en suelo portugués.

Mientras, aunque los Estados Unidos se encontraban en plena discusión acerca de su destino nacional, su Constitución, o el propio modelo de organización política que iban a desarrollar, con especial énfasis en la delimitación

del sentido y significado de su opción federal, lo que sí tenían muy claro era la dirección que iba a tomar su organización económica. Era evidente que las nuevas autoridades, por muchas discrepancias que tuvieran o cualquiera que fuera su estructura, compartirían un ideario muy comprometido con el libre mercado y la expansión de la actividad mercantil en el espacio sometido a su influencia. Ni que decir tiene que en una época en que el comercio utilizaba el barco como principal sistema de transporte, la libertad de navegación era un cauce esencial para su consecución, y el Misisipi básico para su desarrollo. Todo obstáculo de las potencias europeas a esa voluntad, originaría la abierta hostilidad de la República recién emancipada.

Uno de los primeros que vieron el peligro fue el experimentado Aranda, que ese mismo año le transmitió a Carlos III sus preocupaciones sobre los nuevos vecinos con los que ahora se iba a tener que mantener relaciones: «Esta Nueva República —le decía—, nació como un pigmeo, necesitando de la ayuda de España y de Francia para alcanzar su independencia. Vendrá un día muy cercano en el que crecerá como un gigante. En ese momento se olvidará de los beneficios recibidos de ambos países y pensará solo en su propio engrandecimiento. El primer paso de este nuevo país, una vez obtenida su independencia, será el de apoderarse de las dos Floridas. Más tarde aspirará a conquistar toda La Nueva España». La profecía del conde de Aranda no tardaría ni un siglo en cumplirse.

Por supuesto, todo eso no fue algo que ocurriera de un día para otro. A pesar del pesimismo de Aranda, la corte de Madrid era perfectamente consciente del más que previsible devenir de la acción exterior estadounidense, y por eso envió otra vez a Nueva York, capital provisional del nuevo estado, a Diego de Gardoqui, que se instaló como embajador en la ya bulliciosa urbe a orillas del Hudson. Había sido un gran amigo de Jay, además del puente imprescindible entre España y las fuerzas rebeldes durante la Guerra, y conocía muy bien la mentalidad de los colonos recién emancipados. Muy especialmente de sus dirigentes.

Gardoqui sabía que la inevitable confusión en que se encontraban en ese momento los estadounidenses ofrecía grandes posibilidades al sostenimiento de la estrategia española. Según sus despachos reservados, en las antiguas Trece Colonias no solo existía un sólido grupo partidario de la monarquía, sino también varias tramas que pugnaban por encabezar esa alternativa política. Al mismo tiempo, se detectaba también un creciente separatismo en regiones como Kentucky, tierra tradicionalmente de indómitos colonos, donde un movimiento bajo el liderazgo de James Wilkinson, pretendía la independencia del territorio para situarlo bajo el protectorado de España. Mantener todas esas divisiones era esencial para conseguir llevar a delante el encargo especial que le había asignado Floridablanca: cerrar el Misisipi a la navegación de las

potencias extranjeras a cambio de reconocer los 31 grados de latitud Sur como frontera entre los Estados Unidos y La Florida.

De esa época —el año 1784—, son las cartas que le envió a su amigo y antiguo colaborador Bernardo de Gálvez. En ellas le exponía claramente su opinión sobre una situación tan delicada: que debía recordarle a Estados Unidos que «el único derecho que ellos tenían sobre el río Misisipí era el de gratitud a España, no el de usurpación. Si el nuevo país —le sugería Gálvez a Gardoki—, contra toda razón y sentido común, decidiera amenazarnos, habrá que ignorarlos». Más adelante, se reafirmaba en su opinión: «nosotros no les temeremos, sabiendo que tenemos suficientes tropas y la amistad de muchas tribus indias que odian a los norteamericanos y que tienen suficiente conocimiento en la guerra de guerrillas». Quizá era un juicio demasiado optimista, pero al menos se mantenía acorde con las ideas que había defendido desde el primer momento de avanzar hacia el Norte.

Las posibilidades de actuación que se abrían ante el astuto diplomático vasco eran enormes, pero todos los proyectos acabarían frustrándose con la muerte de Carlos III en diciembre de 1788, la elección de George Washington como presidente de los Estados Unidos el 30 de abril de 1789, y el regreso de Gardoki a España ese mismo año.

Lo cierto es que la fortaleza de la posición diplomática española, y su estatus como gran potencia, se enfrentaba a un agudo contraste con la realidad de sus posibilidades estratégicas. Aunque hubiese tropas en Nueva España y Cuba dispuestas a actuar, las guarniciones en Luisiana, Natchez o San Agustín, que debían servir como escaparate del vigor de la monarquía además de defender las fronteras norteamericanas, eran mínimas.

La crisis producida entre 1789 y 1791 con la isla de Nootka —frente a Vancouver, en Canadá—, ocupada por la fragata *Princesa* y el transporte *San Carlos*, a las órdenes ambos del alférez de navío Esteban José Martínez, que se incorporó al virreinato de Nueva España, demostró la pujanza militar de la monarquía española, pero también la imposibilidad de sostener unas fronteras que se extendían desde allí hasta el límite Sur de las Carolinas. Detalles como ese le permitieron al por entonces secretario de Estado estadounidense, Thomas Jefferson, futuro presidente, tener la certeza de que España no era un aliado o un posible adversario temible, sino la potencia europea hegemónica en todo el continente americano y un rival hostil. Un enemigo que, eso sí, era vulnerable.

Solo la Revolución Francesa y sus consecuencias impulsaron una brusca transformación en la relación de fuerzas que aseguró a España una posición hegemónica en Norteamérica. Frágil, es cierto, pero todavía hegemónica. También la inversión de un sistema casi secular de alianzas. El estallido de la guerra entre Gran Bretaña y la Francia republicana, a la que siguió la decla-



ración de guerra de Francia a España, el 7 de marzo de 1793, determinó el establecimiento de una alianza entre España y el Reino Unido, suscrita el 25 de mayo siguiente que, con la Francia revolucionaria envuelta en su propia y laboriosa subsistencia, y las dos grandes potencias navales atlánticas unidas, aislaba a los Estados Unidos diplomáticamente.



*Josef de Jáudenes y Nebot, nacido en Valencia en 1764. Hijo de Antonio de Jáudenes y Amat y Emilia Nebot, fue nombrado representante diplomático español en los Estados Unidos en 1791. Se casó con Luisa Carolina Matilde Stoughton, hija del cónsul español en Boston, y se estableció en Filadelfia. Fue reemplazado en 1796 y regresó a España con su esposa. Más tarde ocuparía el cargo de intendente de los ejércitos reales. Obra de Gilbert Stuart realizada en Nueva York en 1794. Museo de Arte Metropolitano, Nueva York.*

Casi por primera vez desde la conversión de la monarquía española en un auténtico sistema imperial, su posición internacional y, sobre todo, sus intereses en el continente americano, disfrutaban de la alianza con la gran potencia británica. Se diría que esa sólida posición geoestratégica favorecería a España, pero los años sucesivos demostrarían hasta qué punto podía llegar la necesidad de sus gobernantes.